A J RAVEN

LA MUÑECA DE TRAPO



La muñeca de trapo

La muñeca de trapo
©AJ Raven.
Diseño de portada: Imagine Desings
Corrección: María Martha Arce

A.J Raven | Facebook
A.J Raven (@AJRaven2) / Twitter
Visita mi web:
AJRaven

ÍNDICE

Introducción

Una tarde de sábado, un padre y su hijo que retornaban a casa de hacer una ruta en bicicleta por el monte de Becerril de la Sierra, en la entrada del embalse de Navacerrada, divisaron en el agua el cuerpo de una persona. Fue el pequeño de doce años quien se paró y dio el aviso a su padre. El chico, que iba distraído observando la maleza y escuchando el canto de los pájaros, se percató de que, en aquella agua gélida, flotaba un cuerpo a la deriva. Dejó de pedalear para pegarle un grito a su padre: «¡Papá, mira, una persona flotando en el agua!».

Este se paró y se giró para observar hacia dónde señalaba su hijo. Dejaron las bicicletas en el sendero y, entre matorrales, anduvieron setecientos metros hasta el embalse. Sin pensarlo dos veces, se quitó la mochila, se lanzó al agua bajo la mirada asustadiza de su hijo, y nadó sin respiro hasta llegar al cuerpo. Sin embargo, para su sorpresa, no se trataba del cuerpo de una persona, sino ropa de mujer enganchada en las ramas, que el tiempo devoraba con lentitud y sin piedad. Aquella ropa, que constaba de un top color rojo, una falda corta y una chaqueta fina, no estaba rajada ni manchada de sangre. Al parecer, esta se encontraba limpia. Condujo el tronco hasta la orilla y, con la ayuda de su hijo, lo sacó a tierra. A la vez que el padre observaba y pensaba qué podía hacer esa ropa enganchada, sacaba el móvil de su mochila para dar el aviso. No le dio tiempo por el jaleo de los vecinos, los perros y el helicóptero de la guardia civil que, bajo los últimos coletazos del sol de las ocho de la tarde, continuaba en busca de la desparecida Lara Rodríguez.

Aquella ropa coincidía con la que llevaba Lara cuando la vieron por última vez.

Ropa limpia y sin rastro de aquella muchacha de diecinueve años…

Primera Parte

Capítulo 1

Domingo 15 de agosto de 2015

La guardia civil pasó el caso a la Brigada de Homicidios y Desaparecidos de la Policía Nacional. En aquella brigada, se hallaba la inspectora de cuarenta años Carla Ruiz y su compañero, el subinspector Federico *Fede* Celada, diez años mayor que Carla. Un hombre alto, grueso y con la raya del pelo que, a cada segundo, se le iba desplazando más hacia el sur. Lo mismo pasaba con su tripa; no obstante, esta cada vez miraba más hacia el norte. A comparación con él, Carla podía decir que ella llevaba mejor su edad. Poseía un cabello rubio que, al hacer su trabajo, recogía en una coleta; unos ojos negros; y un cuerpo donde se alojaban unas sinuosas curvas. Llevaba quince años en el cuerpo. Por presión de su padre, un hombre antiguo, recto y profesor de Geografía y de Historia con alta reputación en la Universidad complutense de la capital, había estudiado la misma carrera que su progenitor. Sin embargo, Carla no se veía dando clases ni hablando de gente fallecida hacía cien años a chicos de universidad. Y Fede… lo único que anhelaba el subinspector era poder jubilarse, e irse a su casita de Ciudad Real, montar un huerto y ver crecer los tomates, al igual que vería crecer una vida aburrida. Una vida monótona.

A las once de una mañana en que el calor se reflejaba en las ondulaciones de la calle y en el sudor de la frente de los transeúntes, Carla y su compañero se dirigieron al cuartel de la Guardia Civil de Becerril. Hablaron con el sargento, quien les mostró la ropa hallada en el embalse.

—La ropa pertenece a Lara Rodríguez; los padres pusieron la denuncia de la desaparición el sábado a las once y media de la mañana. Por lo que nos pudo contar, su hija se fue de fiesta el viernes por la noche a Madrid.

Carla observó la ropa a través de la bolsa de pruebas.

—No parece que tenga rastros ni manchas de sangre de sangre.

—A simple vista, no.

—¿La habéis analizado? —cuestionó Fede.

—Esperaba que lo hicierais vosotros —replicó el sargento.

—¿Quién la encontró? —preguntó Carla.

—Un ciclista y su hijo, que volvían de hacer una ruta con las bicicletas. Fue el hijo quien la vio enredada en las ramas de un tronco el embalse de Navacerrada, en la parte de la carretera M-861. El padre se pensó que era un cuerpo y se lanzó al agua. Seguido lo llevó hasta

tierra.

—¿Tocó la ropa? —inquirió Fede.

—Él asegura que no.

—Eso ya no importa —continuó Carla—; la ropa se habrá mojado y, por ende, cualquier pista se ha disipado. Pero, para asegurarnos, hazlo venir y tómalo las huellas. ¿Algún rastro más?

—No, estamos buscándola en un radio de cinco kilómetros. La unidad de buzos, al igual que la UME, está examinando el embalse cuadrícula a cuadrícula. No hay rastros de ella.

—Muy bien, manda la ropa y las huellas a la brigada. ¿Se lo han comunicado a la familia?

—No.

—Entonces, lo haremos nosotros.

—Una patrulla los acompañará al domicilio.

Hicieron ademán de irse; sin embargo, el sargento les pidió que aguardaran. El teléfono había sonado; el agente que atendió la llamada comunicó a su sargento que la unidad de buzos acaba de encontrar las botas de Lara encalladas en la zona baja del embalse.

Serían alrededor de las once y media pasadas cuando llegaron al domicilio de la familia Rodríguez, ubicado en la calle Maliciosa, una calle larga y estrecha, poco transitada y con un carril de un solo sentido. En la acera de enfrente al chalet, oculto entre las sombras que hacían los árboles, un canal de televisión se preparaba para informar al país de la desaparición de Lara Rodríguez. Antes de continuar, Carla se acercó a la reportera y le pidió que no encendiera la cámara hasta que se marchasen; sino, incurriría en un delito contra el derecho a la intimidad. La reportera afirmó que solo quería sacar la imagen de la fachada y que en ningún momento grabaría a los familiares. No tenía inconveniente en realizarlo más tarde. Carla aparcó el coche subido en la acera, al lado del coche de la familia: un Audi A4 tipo ranchera. El chalet, de una sola planta, se encontraba rodeado por un muro de piedra bajo, arbustos y árboles. Enfrente del chalet, kilómetros de campo abierto se perdían en las montañas de la sierra madrileña.

Un guardia civil llamó al telefonillo.

—Todo vuestro, compañeros.

—Gracias —expresó Carla—. Buen servicio.

—Buen servicio —comentó Fede.

Era el turno de hacer algo que a Carla no le habían enseñado en la academia: dar la mala noticia a una familia. Después de tantos años en el cuerpo, Carla no podía evitar sentir empatía con las familias. No sabía si era una bendición o una maldición que aquellos sentimientos afloresen tanto en su trabajo como en la vida, pero así era ella. Y, por mucho que lo había intentado, no iba a cambiar. Estuvieron esperando un par de minutos con el sol de las doce de la mañana en sus hombros

y el calor que empezaba a ser asfixiante, hasta que el padre abrió la puerta del domicilio. Salió a recibirlos Miguel Rodríguez, un señor de cincuenta años, delgado, que vestía una camiseta blanca, unos vaqueros cortos, unas fuertes ojeras marcadas en una cara caída y con un sentimiento de desolación en un alma divida en dos; un trozo consigo y un trozo con su pequeña.

—Buenos días, ¿el señor Rodríguez? —preguntó Carla.

—Sí, ustedes deben de ser policías.

—Inspectora Carla Ruiz, de la Policía Judicial; mi compañero, el subinspector Celada. —Fede mostró la placa—.¿Le importa si pasamos? —continuó Carla.

—Adelante.

Miguel Rodríguez descendió los tres peldaños que separaban la puerta de la casa con la verja oxidada de la entrada. Atravesaron el patio, esquivando macetas, utensilios de barbacoa y una pequeña piscina hinchable, y accedieron al interior del domicilio.

Aquel padre desolado los condujo por un pasillo hasta el salón y los invitó a sentarse en el sofá. No se habían sentado, y el hombre, con una voz a falta de aliento, con una voz que se resquebrajaba cual frágil cristal al ser rozado por las yemas de unos ásperos dedos, se armó de valor para que sus palabras formulasen la pregunta:

—¿Han encontrado a mi hija?

—Me temo que no, señor Rodríguez. Los compañeros solo han encontrado la ropa que llevaba puesta la noche en que desapareció.—Sus piernas comenzaron a flaquear; encorvó la espalda, apoyó su mano izquierda en el reposa cabezas del sofá, y se llevó la mano derecha al corazón. Aquella ácida noticia (y, sobre todo, la indecisión de saber si su pequeña estaba viva o muerta o, lo que era peor, que su hija estuviera viva en manos de un sádico) corroía su cuerpo y su mente con la rapidez con la que el óxido corroía la verja de la entrada—.¿Se encuentra bien? —le preguntó Carla.

—Sí, solo tengo que sentarme un rato. —Se sentó, pero las piernas continuaban temblando. A continuación, los nervios no lo dejaron permanecer quieto; volvió a ponerse de pie, andando de un lado a otro de su amplio salón, agitando las manos y maldiciendo a la persona que hubiera hecho daño a su ojito derecho—. Tengo que salir a buscarla —indicó cogiendo la chaqueta.

—Señor Rodríguez, pare por favor; ya están los compañeros buscándola.

—Me da igual que estén sus compañeros. —Elevó el tono de voz. Ya no le faltaba el aliento: ahora le sobraba—. Es mi hija, y debería de estar buscándola.

—Si me permite decírselo, ahora no está en condiciones de hacerlo. Está afectado, y no sabemos cómo puede usted reaccionar a

las condiciones en las que se encuentre su hija, y si usted puede llegar hacer una locura.

—¿Y qué quiere que haga?, ¿que me quede de brazos cruzados mientras mi hija está vaya a saber dónde?

—Es mejor que se quede y se relaje y, si es posible, nos conteste unas preguntas. ¿Puede relajarse y hablar con nosotros? Será de más ayuda para su hija si se queda y nos cuenta todo lo que sepa. Sé que son momentos de mucha dureza y comprendo lo que están pasando.

—¿Tiene usted hijos?

—No.

—Entonces, no puede saber lo que estamos pasando.

Sin embargo, Carla sí podía llegar a entenderlo. Miguel Rodríguez tocó la tecla de la nota más amarga que pudo tener Carla en su vida. La nota de una hermosa melodía que había dejado de entonar para siempre. A los veintiocho años, había quedado embarazada. Su pequeño, el hombrecito de mamá, al que le había puesto el nombre Daniel, murió al cabo de un año de haber nacido a causa de una enfermedad del corazón. Fue un veintidós de febrero, una fecha que la inspectora llevaba marcada con un fuego candente en el lugar donde laten los sueños: el corazón. Fue en una noche de frío y lluvia, de café y manta cuando la voz de su pequeño se apagó, como se apaga la vela de una llama por una ráfaga de viento, rápido y sin hacer ruido. Cinco meses más tarde, a raíz de aquel episodio amargo, rompió con su novio por las constantes peleas. Cualquier palabra, gesto o sonido que hiciera uno, el otro se lo echaba en cara. Su pareja comenzó con maltrato psicológico. En vez de apoyarla, de abrazarla y de decirle al oído que todo iría bien, le echaba la culpa de que hubieran perdido a Daniel, y de que, si ella hubiera estado sana (que lo estaba), no hubieran tenido que darle sepultura.

Una vez que abandonó a su maltratador y este la dejó sola y frente a la vida, Carla también cayó en una depresión. Estuvo un año de baja. Salía de casa lo justo para comprar; sus únicos amigos eran la cama y sofá de una casa fría, en la que se escuchaban solo llanto y pisadas de alguien que no llega nunca. Carla estuvo un tiempo mirando al abismo, y cuando llevas tanto tiempo mirándolo, el abismo te devuelve la mirada. Un día, ya no aguantó más. Decidió, por el bien de su familia y por ella misma, que había que salir el pozo en el que había caído. A pesar de la ayuda de su familia, psicólogos y el tiempo, esa fuerza inerte, esa energía que nace de lo más oscuro del universo, a pesar de todo eso, no se llegó a curar. Sin embargo, aunque las personas puedan pensar e incluso afirmar que el tiempo lo cura todo, es mentira: no lo cura. Solo te ayuda a vivir con ello. Y, gracias a esa ayuda y a esa rueda llamada «vida» (que gira sin darte cuenta), tuvo la fuerza necesaria para agarrar las riendas de la suya. Por eso, Carla

entendía lo que aquella familia estaba pasando.
A veces, Carla paseaba en soledad por el parque cerca de su casa en Rivas Vaciamadrid. Se sentaba en un banco cerca de la fuente, contemplando a esas madres que jugaban con sus hijos, o le soplaban la herida en la rodilla porque el pequeño se había raspado al bajar del tobogán, o se sentaban, al igual que ella, en un banco para darles la merienda. Carla no escucharía aquellas frases que toda madre ha escuchado: «Mami, la merienda», o «Mami, pupa…» Acciones y palabras que la inspectora hubiera deseado decir y hacer con su hijo, acciones que de la noche a la mañana le fueron arrancadas de su vida como las hojas de los árboles al ser arrancadas por un golpe de viento en una fuerte ventisca. Así era la antigua vida de Carla: una fuerte ventisca. Gracias a la terapia, a sus padres y a sus amigas, no lo consiguió superar, pero aprendió a vivir con ello si quería que su vida tuviera sentido. Su vida se hallaba en una encrucijada entre morir a causa de la pena o vivir por su hijo. Eligió vivir por él.
De la misma manera, el subinspector también lo entendía. En un partido de fútbol, en el equipo que jugaba su hijo Manuel cuando tenía quince años, este se desmayó. Fue llevado al hospital donde la doctora, tras haberle realizado varias pruebas, le diagnosticó esclerosis múltiple.
—Míreme a los ojos.—Miguel clavó sus ojos marrones en los negros de Carla—.Hágame caso, o si no me lo quiere hacer, hágalo por su mujer y por su hija. Quédese con nosotros.
—Tiene razón; lo siento… no sé qué me ha pasado.
Hizo caso a la inspectora y se sentó.
—Si no está en condiciones de hablar, podemos volver más tarde.
—No, mejor ahora.
—¿Podría decirnos dónde fue Lara el viernes por la noche, y con quién?
—Nos dijo que había quedado con unos amigos en Madrid. La verdad que ni yo ni su madre sabemos mucho.
—¿No les dijo con qué amigos saldría? —inquirió Fede.
—No, tampoco sabemos quiénes son. Verán, Lara ha tenido unos años bastante duros.
—¿A qué se refiere, señor Rodríguez? —continuó Carla.
—Depresión.
—Entiendo. ¿Le importa si hablamos con usted y con su mujer?
—Mi mujer está hecha polvo; todavía no concebimos que nuestra pequeña no esté.
—Lo entendemos, pero necesitamos hablar con los dos.
—Está en la habitación de Lara; por aquí.—Se levantaron y anduvieron por un pasillo ancho, adornado con plantas y fotos de una familia alegre que, tras la desaparición, se había convertido en una

rota por el dolor. Al final del pasillo, se hallaba la habitación de Lara. La puerta se encontraba entreabierta. Carla y Fede echaron un vistazo al interior.

Sentada en la cama, agarrando un muñeca de trapo, con la mirada perdida en el techo y en cuyos ojos no quedaban lágrimas por brotar, se encontraba Belén Martínez. Miguel llamó con los nudillos; su mujer ni se inmutó. Continuó con la mirada en el techo. Para ella no era de color blanco, no; el techo era una pantalla en el que pasaban mil imágenes de su pequeña, imágenes alegres de cuando era una niña y paseaban juntas por el mercado medieval del pueblo. Al igual que le venían esas imágenes, también le venían otras de Lara, escenas que la madre, por mucho que no quisiera hacerlo, no podía evitar pensarlas. No sabía si estaba viva o muerta—. Cariño, estas personas son policías; están investigando la desaparición de Lara. —Belén se aferró con todas sus fuerzas a la muñeca de trapo. Su boca no emitió ni el más mínimo susurro—. Entren, pero creo que no pueda hablar mucho. Ya les dije que, desde la desaparición, ni come ni habla.

—Haremos lo que podamos —pronunció Fede.

Carla se sentó en la cama junto a la madre. Fede se quedó de pie, observando la habitación. La inspectora no mencionó palabra; esperó a que fuera ella la que diera el primer paso. De no ser así, Carla se hubiera quedado un rato con ella: a veces el silencio y la compañía son la mejor terapia. Y eso era lo que necesitaba una madre muerta en vida: compañía.

—Saben… esta muñeca se la regalé a Lara cuando cumplió cuatro añitos; es su muñeca preferida.

Belén no aguantó más el dolor, y rompió a llorar. Carla la rodeó con sus brazos.

—Desahóguese.

—Disculpe, señor Rodríguez—mencionó Fede—. ¿Podemos echar un vistazo a las cosas de su hija?

—Por favor, ningún problema.

—Gracias, señor Rodríguez.

Miguel se acercó a su mujer.

—Ven, cariño, vamos a la cocina a beber un poco de agua. Tienes que comer algo; llevas un día sin probar bocado. El doctor dijo que necesitas vitaminas. Los esperamos en el salón.

La habitación de Lara era como la habitación de cualquier chica de su edad. Las paredes se embellecían con *posters* de los actores, cantantes y famosos del momento. Un escritorio frente a la cama. Encima, una lámpara, libros apilados para cursar estudios sobre veterinaria y una solicitud para poder cursarlo. Carla contempló la estantería, en cuyas primeras baldas había libros de toda clase de géneros. La última la tenía dedicada a libros sobre animales, menos un

libro fino, de no más de cuarenta hojas que trataba sobre la autoayuda, en especial, la autoestima. Se fijó en los libros de animales. Se encontraban recubiertos por una fina capa de polvo, salvo el de autoayuda. Carla interpretó que el libro lo había leído hace poco y que no quería que sus padres lo supieran. Sin embargo, no le dio la más mínima importancia. A continuación, continúo observando. Se extrañó de que no tuviera un ordenador. A la derecha, cerca de la esquina, un tocador con maquillaje y un espejo redondo, donde tenía puestas varias fotografías. En estas aparecía Lara junto a un chico y a una chica. Carla las observó con detenimiento. La cara de la chica estaba tachada con bolígrafo rojo y con una palabra escrita: «Falsa.»

Comenzó a examinar los cajones de la mesilla de noche, y Fede, el armario. Carla encontró, debajo de la ropa interior, el diario de Lara. De color negro, más que un diario, parecía una agenda. Lo abrió y dirigió su mirada a las páginas de los últimos días previos a su desaparición. Empezó a leer a partir del día nueve de agosto:

Qué bien me siento. Hacía tanto tiempo que no tenía esa sensación. Gracias a mi ángel guardián, sé que puedo hacer cualquier cosa. Estar a su lado me ha devuelto la alegría de vivir. Antes no era nadie; todo en mi vida era una puta mierda. Si no es por su ayuda, me volvería a cortar las venas y esta vez, sería para siempre.

Carla permaneció pensativa. Su psique empezó a rotar como la rueda de un hámster. ¿Quién sería ese ángel de la guarda? ¿Sería el chico que salía en la fotografía? La chica no podía ser, puesto que su cara se hallaba tachada. ¿Era una persona real o estaba solo en su mente? A continuación, se centró en la frase, en esas seis palabras que hacían mención de que volvería a cortarse las venas. ¿Qué le habría pasado para llegar a ese extremo?

Saltó a la página del jueves día doce de agosto, puesto que, los días anteriores, solo hablaba de ese ángel, sin aportar información, salvo que la continuaba protegiendo.

Mañana es el gran día. Llevo esperando mucho tiempo; mi ángel me dará lo que me prometió.

¿Qué le habían prometido a Lara Rodríguez?

La lectura de Carla fue interrumpida por Fede.

—¿Tienes algo?

—Sí, su diario. Habla de un ángel guardián, y de que el viernes era su gran día, y de que ese ángel le iba a dar lo que le había prometido, pero no dice qué es. ¿Tú tienes algo?

—Una cámara de video que había en el armario, debajo de toda la ropa.

—¿Has reproducido el video?

—No.

—Veámoslo.

Carla cerró el diario y se lo quedó con ella. Fede accionó el *play* y vieron la última grabación realizada. Había sido grabada por Lara. Tan solo duraba diez segundos. En esta, se observaba un precioso paisaje de la sierra, el sonido de un río y la voz de Lara, quien expresaba que no había mejor lugar que en el que estaba. Fede manipuló las herramientas del menú por si encontraba otra grabación.

—Hay dos más —observó.

—Lo dejaremos para más tarde. Nos llevaremos la tarjeta de memoria y que lo analicen en Científica. Mira los detalles de la última grabación, a ver qué día y hora pone.

—Es del jueves a las diez de la mañana.

—Volvamos con los padres, que nos cuenten acerca de su hija. No los hagamos esperar.

Fede sacó la tarjeta; la guardó en el bolsillo y dejó la cámara encima del escritorio de Lara. En el salón, Miguel Rodríguez se mantenía de pie al lado de su mujer, quien continuaba aferrada a la muñeca de trapo. Carla se sentó junto a la madre.

—Sé que son momentos muy duros —aseguró Carla—. Pero tenemos que hablar con ustedes.

—Haga lo que tenga que hacer —espetó Miguel Rodríguez.

—Primero, háblanos del viernes. ¿Qué hizo en el día?

—Se levantó sobre las diez. Estaba feliz; hacía tiempo que no la veíamos de esa manera. En la mañana, no hizo gran cosa; ayudó a su madre a preparar la comida. Después se echó una buena siesta. Decía que esa noche tenía que tener energía.

—¿Para qué?

—No lo sé; no nos lo dijo. Lo que nos importaba era que por fin, estaba feliz.

—¿Les comentó dónde iba?

—No, eso es algo que nos mosqueó. Siempre nos decía dónde iba y con quién.

—¿No intentaron sonsacárselo? —inquirió Fede.

—No, como les dije antes, lo que nos importaba era que estaba feliz. Nuestra hija lo ha pasado muy mal y se encerraba en sí misma; ya no nos contaba sus cosas, pero nos alegraba que volviera a salir de casa y hacer su vida. Dijo que había quedado con unos amigos en Madrid. Pensamos que sería con Fidel.

—¿A usted le dio más información? —preguntó Carla a la madre.

—No, sé lo mismo que mi marido.

—¿Llamaron a Fidel para preguntar si estaba con ella?

—Fue lo primero que hicimos, al igual que con María. Fidel se

quedó de piedra, puesto que no había estado con ella aquella noche. Es más: según nos dijo, estuvo toda la noche en su casa. Del mismo modo llamamos a María; ella está de vacaciones con sus padres. Nuestra hija nos mintió, y ahora no sabemos dónde se encuentra.

—¿Sabe si su hija tiene redes sociales? He observado que tampoco tiene ordenador.

—No lo quería, ni tampoco tenía redes sociales; mi hija se aisló totalmente del mundo.

—¿Cuándo se dieron cuenta de que había desaparecido? —inquirió Fede.

—Su madre y yo nos levantamos a las nueve; fuimos a su habitación y no estaba. La llamamos al teléfono móvil para saber dónde estaba y escuchamos el tono que venía de la cómoda de la entrada. Encima, encontramos su móvil y las llaves de casa.

—Pero, al irse, ¿no llevaba bolso?

—Sí, uno pequeño.

—¿No pensaron que pudiera estar durmiendo con algún chico que hubiera conocido? —consultó Fede.

—¡Cómo se atreve! —exclamó el padre en un tono serio—.está hablando de mi hija, ella no es ninguna de *esas*.

—No quise ofender; solo son preguntas de rutina. Puede ser que también haya quedado con las amigas, y continuado la marcha en casa de alguna de ellas.

—Mi hija no tiene muchas amigas, por no decir ninguna; solo su amiga María, y hace tiempo que dejaron de serlo. Solo tiene a Fidel.

—¿Son los que salen con ella en las fotos que tiene en su habitación?—preguntó Carla.

—Sí.

—¿A qué hora se marchó de casa? —solicitó el subinspector.

—Sobre las ocho y media.

—¿Cómo fue hasta Madrid? ¿La llevó usted?

—No, suele coger el autobús: la línea 691 hasta Moncloa.

—¿Y para la vuelta?

—Igual: o en autobús, o en taxi. Siempre le dábamos suficiente dinero para esos gastos. También, como pensábamos que estaría con Fidel, él la traería de vuelta. Además, el autobús está a cinco minutos de aquí, en la avenida Calvo Sotelo.

—El Audi de la puerta, ¿es suyo?

—Así es.

—¿Lara conduce?

—Tiene carné, pero solo lo ha cogido una o dos veces. Estábamos pensando en regalarle uno más pequeño.

—Permítame que le haga una pregunta, señor Rodríguez —intervino Carla—. Cuando fueron a la habitación, ¿la cama estaba

hecha?

—Sí.

—¿Se la hace ella?

—A veces; otras, la hace su madre. ¿Tiene algo que ver?

—Bastante. Con esa información podemos saber dos cosas: la primera es que, si ella se hizo la cama, es porque regresó a casa de su salida nocturna, se acostó, se levantó a alguna hora en la que ustedes seguían durmiendo, y se marchó sin llevarse el móvil ni las llaves. La segunda es… que no regresó a casa.

—No sé qué decirles, inspectora.

—Lo averiguaremos. Ustedes, ¿a qué hora suelen levantarse?

—Los fines de semana, sobre las diez.

—Háblenos de porqué lo ha pasado tan mal, ¿sufrió depresión?

—Sí, y de las peores. Lo recuerdo como si fuera ayer. Sucedió el siete de octubre del año pasado. Tuvo un novio en el instituto, en el último curso de bachiller. Estuvieron juntos medio año. Mientras estaba con él, una chica un año mayor que mi hija empezó a acosarla en el instituto. Aquella tarde, mi hija fue al centro comercial y se encontró con la agresora y sus amigas. La metieron en los baños y, sin mediar palabra, la chica se abalanzó contra mi hija. Le dio una paliza; estuvo ingresada diez días en el hospital, y cinco de estos en coma. La dejó con algunas secuelas. A raíz de eso, entró en depresión, que tuvo que ser tratada por una psiquiatra. Todavía desconocemos el motivo por el cual lo hizo.

—Celos, señor Rodríguez.

—No comprendo.

—A mi entender, es que la agresora sentía celos porque su hija salía con ese chico. ¿Sabe si, antes de estar con él, la acosaban?

—Que sepamos nosotros, no.

—Ese es el motivo. ¿Pusisteis denuncia?

—Sí, fue un juicio rápido; solo tuvo que pagar una indemnización y una orden de alejamiento por un año, una miseria, comparando con lo que mi hija sufrió. La que de verdad lo pagó fue mi hija con tratamiento. Sin comer, sin dormir, sin vivir.

—¿Qué sabe sobre su agresora? —cuestionó Fede.

—Como les dije, era una chica de su clase, una repetidora llamada «Marina». No tenía padres y se crió con su abuelo, hasta que este falleció. Pasó a familias de acogida hasta que cumplió la mayoría de edad. Ahí empezó a irse con mala gente, con macarras. Después del juicio en el que se declaró culpable, abandonó el pueblo y se fue a vivir a una casa ocupa en Madrid.

—¿Sabe su apellido?

—Heredia, Marina Heredia.

—¿De qué murieron sus padres?

—La droga.

—¿Lleva mucho visitando al psiquiatra?—preguntó Carla.

—Desde primeros de enero; en mayo parecía que se estaba recuperando. Dejó de fumar, volvió a comer y a salir alguna vez por la noche.

—Una pregunta: ¿por qué la llevaron tan tarde al psiquiatra?

—Pensamos que, con el tiempo, se iría recuperando, pero no fue así. Empezó a dejar de comer, a padecer de insomnio. Tenía fuertes pesadillas sobre ese día. El médico de cabecera nos aconsejó que la llevásemos. Mi mujer estuvo durmiendo con ella porque a Lara, la daba miedo dormir sola, y si lo hacía, tenía que ser con la lámpara encendida, como si fuera una niña pequeña a la que la da miedo la oscuridad, pero para nuestra hija, la oscuridad era lo que menos miedo le daba.

—¿Y a qué tenía miedo?

—A estar sola.

—Volviendo a lo de antes —continuó Fede—, si usted dice que no tenía amigas, ¿con quién se iba?

—Ya le digo que no lo sabemos.

—¿Tenía otros amigos que usted no conocían?—inquirió Carla.

—Puede ser. Lara nos mencionaba que se iba y que no volvería tarde. Eso es verdad; venía pronto o, por lo menos, al levantarnos, ya estaba ella. Por eso es imposible que se haya quedado con algún chico, o eso es lo que quiero pensar.

—Háblenos de Fidel —pidió Fede.

—Es un vecino y amigo de la familia. Su padre y yo fundamos una inmobiliaria hace muchos años. Fidel trabaja conmigo desde hace mucho. Conoce a nuestra hija desde pequeña. Siempre se han llevado muy bien.

—¿Qué edad tiene?

—Unos treinta.

—¿Nos podría facilitar el domicilio?

—Vive en esta calle, al final, en el último chalet.

—¿Podríamos decir que es como un ángel guardián? ¿Un protector para ella? —consultó Carla.

—Podríamos llamarlo así.

—Ustedes, ¿qué relación mantenían con su hija?

—Siempre ha sido buena; nunca nos dio ningún tipo de problemas. Lara es una chica estudiosa. Ayudaba en casa, colaboraba en un refugio de animales y se ocupó de su abuela hasta que esta falleció. Lara era la hija que todo el mundo quería tener. Nunca nos dio motivos para desconfiar de ella, a pesar de que últimamente llevaba un tiempo en una fase rebelde, supusimos que como todas las chicas de su edad.

—¿Le gustaba la noche? —indagó Fede.
—¿A qué se refiere?
—A salir de marcha.
—No; sí salía, pero poco. La mayoría de las noches se las pasaba estudiando.
—Quitando que dejó de fumar —prosiguió Carla—, ¿había cambiado algún otro hábito?
—La ropa. Desde esa fase rebelde, se vestía más llamativa. Decía que no quería ser la niña vergonzosa y recatada que era.
—Y antes, ¿cómo vestía?
—Normal, a ver, entiéndeme: quiero decir que las chicas de hoy se visten más ligeras, pero Lara no: ella no era de vestir así. Solo se ha puesto falda cuando iba al colegio, y era por el uniforme. Y de maquillaje, nunca. El verano pasado, sin ir más lejos, en la piscina, mientras las chicas iban en bikini, Lara iba en bañador y, al salir del agua, se ponía rápidamente la camiseta.
—¿Se avergonzaba de su cuerpo?
—No, mi hija no está delgada ni tiene sobrepeso; pesa cincuenta kilos, como mucho. Es porque fue muy vergonzosa hasta que llegó esa fase de rebeldía.
—¿Hace cuánto de esa fase? —inquirió Fede.
—En abril, cuando parecía que estaba mejorando. La psiquiatra nos dijo que podía ser normal.
—¿Sabe si su hija tomaba drogas?
—No, jamás la he visto consumiendo nada, ni en estado de haberlo hecho.
—¿Cómo puede estar tan seguro?
—Porque confío plenamente en mi hija; por ella pongo la mano en el fuego y no me quemo.
—A veces los padres no nos damos cuenta de lo que hacen los hijos.
—No se dará cuenta usted, pero yo sí.
—Venga, Miguel, por favor —interrumpió su mujer—. Tú sueles estar todas las tardes en el bar. ¿Qué vas a saber tú de nuestra hija?
Carla y Fede intercambiaron miradas.
—Cariño, este no es ni lugar, ni el momento,
—Siempre dejas todo para más tarde. ¿A qué no sabes que una vez vino apestando a marihuana?
—No, no sabía.
—Claro… qué vas a saber…
—Señora, su marido tiene razón: no es el momento. Tengo en mi mano el diario de su hija —comentó Carla.
—No sabíamos que tenía ese diario, por lo menos yo —continuó Miguel Rodríguez.

—Como le dijo mi compañero, hay cosas que los padres no suelen saber. ¿Usted lo sabía? —preguntó Carla a la madre.

—No, tampoco; no soy de registrar las cosas de mi hija.

—Hay bastantes cosas interesantes. ¿Le suena si su hija hablaba de ángeles o de algo similar?

—No, que yo recuerde —siguió Miguel Rodríguez—. Sé que empezó a leer la biblia. Nosotros no somos creyentes, pero teníamos la biblia de nuestra boda y comenzó a leerla.

—En su habitación no hemos encontrado ninguna biblia.

—De eso hace tiempo.

—¿Le dijo el motivo por el cual lo leía?

—Decía que la reconfortaba.

—Tengo que hacerle una pregunta bastante dura, pero tengo que hacerla. ¿Sabe que su hija intentó cortarse las venas?

La madre empezó a llorar y a hundirse como un barco torpedeado en un mar de lágrimas, en un intenso llanto para, a continuación, aferrarse a una histeria que se apoderó de ella y que la llevó a respirar con dificultad.

—¡¡Mi niña!!¡¡Qué te han hecho!!

—Tranquila. —El marido la rodeó con los brazos—. Todo saldrá bien; la encontraremos.

—Conteste a la pregunta, por favor —continuó Carla.

—Lo sabemos. Dos semanas después de haberla llevado a terapia, su madre la encontró tirada en el suelo de su habitación.

—También hemos encontrado una cámara de video, donde se ve a su hija por el monte. ¿Tenían constancia de esto?

—No, no sabíamos ni del diario ni de esa grabación.

—La grabación es del jueves por la mañana. ¿Qué saben de ese día? —preguntó Fede.

—Nos dijo que se iba a dar una vuelta, y que volvería a la hora de comer.

—Al margen de su amiga María, ¿tiene amigas?

—No lo sé, quizá; estamos agotados. Hablen con Fidel; él les contará más de ella que nosotros. Se lo contaban todo.

—Los dejaremos descansar. ¿Le importa si nos llevamos el diario, la tarjeta de memoria de la cámara y su teléfono móvil? —pidió Carla.

—Llévense lo que necesiten.

—Por ahora, con lo que he pedido es suficiente.

—De acuerdo. El teléfono lo tengo en el bolsillo por si llama. Tenga.

Lo sacó y se lo entregó.

—Si no es molestia, antes de irnos, necesitaríamos la dirección de la psiquiatra.

—No es molestia; tengo una tarjeta en algún cajón.

Miguel dejó de abrazar a su mujer y anduvo hasta los cajones del mueble del televisor. Abrió el primero y rebuscó sin encontrar la tarjeta.

Hizo lo mismo con el segundo cajón. «¿Dónde lo habré puesto?» se preguntó para, acto seguido, observar todos los muebles del salón.

—Está en la vitrina —aclaró su mujer, quien todavía continuaba con una voz ahogada.

Abrió la puerta de la vitrina y encontró la tarjeta dentro de un juego de tazas de porcelana.

—Tenga.

Carla la cogió y la guardó en el bolsillo derecho del pantalón.

—Y, si puede dejarnos una fotografía de Lara, sería de gran ayuda.

Miguel se ladeó hasta la estantería. Quitó del marco la foto de Lara, donde se la veía en una piscina de verano.

—Esta es del verano pasado en la piscina municipal, antes de la agresión.

Carla miró la fotografía. Contempló a una chica sonriente, morena de pelo largo hasta los hombros, con una nariz fina al igual que los labios, y tres pequeños lunares que formaban un triángulo en su mejilla derecha.

—Esto es suficiente. No los molestaremos más. Sentimos mucho lo de su hija. La encontraremos.

—Pero ¿cómo?, ¿viva o muerta? —cuestionó Miguel Rodríguez.

Carla se lo quedó mirando. Unos segundos bastaron para contestarle.

—Ojalá sea viva, señor Rodríguez, ojalá.

Capítulo 2

A eso de la una de la tarde, dejaron atrás a la familia Rodríguez. Caminaron cobijándose a la sombra de los árboles, hasta el final de la calle, para conversar con Fidel. En aquella caminata de ochocientos metros, Carla iba ojeando el móvil de Lara, un Huawei P8 Lite. Entre tanto, Fede gastaba saliva formulando preguntas a Carla acerca de si tenía alguna hipótesis, o cuál era su opinión respecto de todo lo que acaban de escuchar. De todas maneras, Carla se hallada tan concentrada examinando el móvil que no hizo caso a nada de lo que exponía su compañero.

—¿Me estás escuchando? —inquirió Fede frunciendo el ceño.

—Perdona; dime. Estaba con esto.

—Cada vez que te sumerges en algo, se te olvida el resto del mundo. ¿Has encontrado algo?

—No tiene videos, peros sí fotografías, con Fidel, y otra con una chica, que será María. He revisado las llamadas entrantes: solo hay de Fidel, María, y de los padres de Lara.

—¿Y las salientes?

—A Fidel, a sus padres.

—Mira a ver las últimas llamadas.

—María la llamó hace unas dos semanas. Interesante… aquí tenemos una llamada de Lara a Fidel a las diez de la noche del lunes, y a las once del viernes.

—¿Algún wasap?

—Sí, de Fidel y de María.

—¿Qué pone?

—Le queda poca batería; espero que no se apague. Veamos el de Lara a Fidel. —El mensaje, enviado el martes a las diez de la mañana, decía: «¿Estás enfadado? Siento lo de ayer. Espero que no me guardes rencor»—. Este es el último mensaje enviado.

—¿Le contestó?

—No.

—¿Y con María?

Carla lo fue a leer. No le dio tiempo: el móvil se quedó sin batería.

—Se lo entregaremos a los chicos de informática junto con la tarjeta de memoria.

—¿Por qué no le preguntaste si se podía haber marchado por su propia voluntad? A lo mejor conoció a un chico y se han fugado juntos. Estas cosas pasan.

—No es plausible; en ese caso, no se hubiera encontrado la ropa de Lara, ¿se va de casa y tira la ropa al embalse? ¿Quién haría eso?

—Alguien que se va a suicidar, por ejemplo.

—Eso no lo digas ni en broma. Además, según sus padres, Lara había mejorado, ¿Por qué suicidarse? Sin embargo, hay algo que me chirría.

—Cuéntame.

—El móvil, ¿se fue el viernes por la noche sin este? Es confuso, hoy en día, se te pueden olvidar las llaves, pero no el móvil. Que los chicos miren la geolocalización desde el lunes, hasta el sábado. Eso nos dirá dónde pudo estar Lara, quiero saber qué pasos ha dado en la semana. ¡Ah! también hay que buscar a su agresora; luego ponte a ello.

—Lo haré.

—Hemos llegado, debe de ser aquí.

Encontraron a Fidel regando las plantas del patio y otorgándoles frescor a paredes y suelo. Se hallaba sin camiseta, sudando la gota gorda, en bañador, en chancletas y con un cigarro entre sus labios. Una vez que pararon en la puerta de la entrada, Fidel se los quedó mirando.

—¿Quieren algo? —preguntó expulsando el humo.

—¿Es usted Fidel?

—Lo soy.

Carla enseñó la placa.

—Soy la inspectora Carla Ruiz. Mi compañero, el subinspector Federico Celada.

Fidel paró de regar; cerró la llave de paso y caminó hasta la verja.

—Vienen por lo de Lara.

—Así es —expresó Fede.

—¿La han encontrado?

—No —prosiguió Carla—.¿Podemos hablar?

—Adelante.

Accedieron al patio y acto seguido, Fidel apagó el cigarro en un cenicero que tenía apoyado en el poyete de la ventana del salón que daba al patio. Abrió la puerta de casa y entraron. Al igual que Miguel Rodríguez, Fidel los invitó a sentarse en el sofá.

—Ustedes dirán.

—Tenemos entendido que eres muy amigo de Lara y de la familia —comentó Fede.

—Nos conocemos desde que Lara iba a gatas.

—Se podía decir que eres su ángel protector —continuó Carla.

—Yo diría un gran amigo, como un hermano. Aunque últimamente estábamos distanciados.

—¿Por qué motivo?

—Tengo a mi chica embarazada. Ya no puedo estar todo el tiempo con ella.

—Enhorabuena por el embarazo.

—Gracias.

—Quiero que nos contestes a unas preguntas; no te robaremos mucho tiempo.

—Pregunte lo que quiera.

—El jueves por la mañana, ¿estuviste con ella haciendo senderismo?

—No, el jueves estuve en el ginecólogo con mi chica.

—¿A qué hora? —cuestionó Fede.

—A las ocho teníamos la cita.

—¿Y saliste a las...? —siguió Carla.

—Nueve. Después, nos fuimos a desayunar y de compras para el bebé. Estamos esperando un chico.

—Tenemos constancia de que el martes te envió un wasap a las diez de la mañana, preguntándote si estabas enfadado por lo del día anterior. ¿Qué ocurrió el lunes?

Sacó del bolsillo de su bañador el paquete de tabaco, dio un par de golpes en la parte trasera y se llevó uno a la boca.

—¿Quieren uno?

—No, gracias, no fumo —aclaró Carla.

—Yo sí le cogeré uno —expresó Fede alargando el brazo y llevándose uno consigo.

Fidel encendió ambos. Carla se retiró un poco para que la nube de nicotina no entrara en sus pulmones vírgenes. No le importaba que fumasen, mientras que no le echaran el humo en la cara. Solo había probado el tabaco una vez, a los catorce años con una compañera del colegio. Del fuerte mareo y de la intensa tos que le entró, no volvió agarrar un cigarro en su vida. El tabaco no; sin embargo, la ginebra con tónica con sus amigas los viernes por la noche era un ritual que no podía faltar.

—Me llamó a las diez de la noche —indicó expulsando el humo de su boca—. Estaba en el bar Carlones, borracha, sentada en la acera y sola. Quería que la fuera a buscar.

—¿Lo hiciste? —siguió Carla.

—A ver; no la iba a dejar tirada y borracha en la calle. Me costó un disgusto con mi pareja, pero lo hice.

—Continúa.

—No fue nada del otro mundo. La fui a buscar en coche y la traje a su casa.

—¿De qué hablasteis?

Dio otra calada.

—De nada. Se puso un poco cariñosa; ustedes ya me entienden. Le dije que se estuviera quieta. Me contestó que si no le gustaba, que ya no era una niña y que me llevaría al séptimo cielo o qué se yo. Me intentó tocar; le volví a decir que parase. Me dijo que era un aburrido

y se quedó dormida en el asiento.

—¿Seguro que no la tocaste? —dudó Fede.

—¡Eh! No le consiento que vaya por ahí, Lara es como mi hermana pequeña; jamás se me ocurriría.

—¿Esto lo saben sus padres?—indagó Carla.

—No que yo sepa, puesto que no han hablado conmigo de ese tema. No creo que ella se lo hubiera contado. Lara llevaba un tiempo que no era la misma; antes era una chica dulce, cariñosa, y algo tímida. Sin embargo, este tiempo atrás, se había vuelto un poco rebelde.

—Eso es lo que nos han contado. Una pregunta: ¿la dejaste sola en la puerta?

—No, ¿cómo voy a hacer eso? Yo mismo no me lo hubiera perdonado. Le cogí las llaves del bolso y entramos con cuidado; la acosté en su cama y luego me marché. Sus padres estaban dormidos, y menos mal que no se despertaron y nos vieran así. Si no, ¿qué iban a pensar de mí? Tengo una buena relación con esa familia, y no lo iba a joder. Además de que tengo a mi novia. Me enfadé mucho con ella y ahora me arrepiento.

—¿No os habéis vuelto a ver desde esa noche?

—Por la calle pero, de estar con ella, no. El miércoles pasé con el coche y la vi en su portal: parecía estar esperando a alguien.

—¿No le dijiste nada?

—Qué va; iba con mi novia. Paso de que me monte un numerito.

—Te entiendo —acordó Fede.

Carla lo miró. Su mirada era fría y matadora.

—¿Dónde estuviste el viernes a partir de las diez? —cuestionó la inspectora.

—En casa, viendo una peli con mi chica.

—No la dejas sola ni un momento.

—No, y menos estando embarazada.

Fidel dio la última calada al cigarro y lo apagó en el cenicero. Fede hizo lo mismo

—Pero el viernes te llamó a las once de la noche. ¿Qué te dijo?

—Me llamó para decirme que bajara para estar con ella, que estaba en Leganés, en un garito de la cubierta. Eso ya se lo dije a la guardia civil.

—¿Te dijo cómo se llamaba? —interrogó Fede.

—El Santa María o el Santa no sé qué…

—Eso no nos dice mucho.

—¡El Santa Fe! —exclamó haciendo sobresaltar a Carla y a Fede.

—¿Podemos hablar con tu mujer? —preguntó Carla.

—Está en Madrid en casa de su hermana. Hoy se queda a comer allí; no sé cuándo volverá.

—¿Conoces a una chica que se llama «María»?

—Supongo que pregunta por la amiga de Lara. Iban a clase juntas; era su mejor amiga.

—¿Era?

—Sí, es lo que les dije antes. Lara comenzó a distanciarse de todo el mundo y a desconfiar de todos.

—¿A raíz de la agresión que sufrió?

—Eso ya no lo sé.

—¿Dónde vive María?

—Si tiene para apuntar, le doy la dirección.

Fede sacó un bolígrafo y un cuaderno de notas.

—También queremos la dirección del bar Carlones.

Fidel cantó las direcciones, y Fede las apuntó.

—Con esto hemos terminado. Gracias por hablar con nosotros.

—Si necesitan algo más, aquí me tienen.

—Ahora que lo dices, sí, una cosa más. Si tan amigo eres de ella y de la familia, ¿por qué no has salido a buscarla con los demás vecinos?

—Bueno, ya, yo tengo a mi mujer embarazada.

—Lo sé, pero no creo que se moleste si sales a buscarla una hora, o tal vez no quieres que tu mujer te monte un numerito… No sé, piensa en ello.

Antes de la hora de comer, con una calle melancólica y sin belleza dado que los termómetros de la marquesina de autobuses manifestaban treinta y cinco grados, Carla y Fede encaminaron a la estación. Se montaron en el coche. Fede bajó la ventanilla e hizo ademán de encender otro cigarro.

—Ni se te ocurra encender eso: hace casi cuarenta grados. Voy a poner el aire. Localicemos al conductor.

De casa de Fidel, recorrieron los tres kilómetros que los separaban de la estación de autobús. A mitad del trayecto, Carla detuvo el coche para bajar y entrar en una tienda de alimentación. No soportaba más el sofoco que los casi cuarenta grados le estaban produciendo; compró la botella de agua más fría de la tienda. Si el aire acondicionado del coche mantenía frío el exterior de su cuerpo, la inspectora necesitaba con urgencia refrescar el interior. No quería que un golpe de calor la mandase a casa y le fastidiase el caso. Ya le había dado un golpe de calor una vez. No había sido trabajando, sino en la feria de San Antonio en Chiclana de la Frontera, en la despedida de casada de su amiga Elena. Aquella bajada de tensión la inspectora la atribuyó al espeluznante calor que se forjaba en tierras andaluzas; sin embargo, lo más seguro era que los vinos y los rebujitos que había tomado tenían algo que decir en su contra.

Tan pronto como le ofreció agua a su compañero y este lo rechazó, reanudaron la marcha. Se hallaba cerca del centro cultural de Becerril,

en la avenida Calvo Sotelo, una avenida de sentido único. No obstante, al llegar, la inspectora y su compañero no encontraron una estación grande, con autobús dispuesto en hilera a la espera de los viajantes. Lo que encontraron fue una parada corriente. Pararon delante y contemplaron a dos personas que aguardaban con paciencia la llegada del autobús.

—Esto complica un poco las cosas —comentó Fede—. Deberíamos llamar y que nos pongan en contacto con el conductor que realizó la ruta.

—Ponte a ello.

Aparcaron en una calle adyacente para no quedarse estacionados en medio y entorpecer la circulación, que no era mucha. Fede sacó el móvil y se puso en contacto con la compañía de autobuses Larrea. Una señorita contestó al otro lado de la línea.

—Hola, buenos días, soy el subinspector Celada, de la brigada provincial de la policía judicial. La llamo para ver si me pueden facilitar el nombre del conductor que realizó la ruta a nocturna el viernes día catorce de Becerril a Madrid. Espero. —Le pusieron un hilo musical mientras, al otro lado, la señorita buscaba la información en su base de datos. Luego de un par de minutos, la conversación continuó—:Sí, sigo aquí. Espere; saco para apuntar.—Con el móvil apoyado en la oreja y en el hombro, sacó el bloc de notas y el bolígrafo—. Cuando quiera.—Comenzó a escribir a su vez que Carla lo miraba con impaciencia—.Vale, lo tengo; gracias por su colaboración.

Fede colgó.

—¿Y bien? —inquirió Carla.

—Se llama «Miguel Vázquez». Vive en la calle Atardecer. Tengo su número de teléfono.

—Llámalo y pregunta si podemos vernos con él en el cuartel de la guardia civil, o en su casa.

Fede realizó la llamada. Lo habían pillado comiendo, dado que el hombre entraba a trabajar en el turno las siete de la tarde. Y, que si querían hablar con él, que se acercaran a su casa en el pueblo de Navacerrada. Carla y Fede accedieron a ir después de hacer una visita a la casa de María.

—¿No dijeron los padres de Lara que estaba de vacaciones?

—Sí, pero hay que corroborarlo. A lo mejor ya están en casa. Ya sabes que no me puedo ir sin confirmarlo. Y, si no está ella, hablaremos con algún vecino.

Veinte minutos tardaron el llegar a la calle San Carlos, ubicada al otro lado del embalse de Navacerrada, al otro lado de donde se habían encontrado las ropas de Lara Rodríguez. Subieron el coche a la acera y, una vez en el portal, llamaron al telefonillo. En la acera, los árboles hacían sombra, pero no podían hacer que a Carla y a su compañero se

les cayera el sudor por la frente. Nadie contestó en el chalet de una sola planta parecido al de la familia Rodríguez. Quien sí contestó fue el vecino de al lado, un hombre de mediana edad, con la camisa abierta, gafas de sol y un sombrero para protegerse del sol. Disfrutaba de un tinto de verano junto a su mujer.

—Buenos días, pareja, ¿buscan a alguien? —inquirió alzando el vaso.

—Somos policías. —Carla mostró la placa—. ¿Saben cuándo volverán los dueños de vacaciones?

—Se marcharon hace un par de semanas; creo que hasta septiembre no regresan. Vienen por lo de la chiquilla desaparecida.

—¿La conocían?

—De vista, cuando venía a visitar a la hija de Marisol y de Quique.

—¿Sabría decirme cuánto hace que no viene de visita?

—¿Cuánto hace, Lola? —preguntó a su mujer.

—Unos tres meses.

—¿Qué tal se llevaban?

—Como todas las chiquillas de esas edad: bien, mal…

—La última vez que se vieron, ¿recuerda qué hacían? Hablaban, reían, discutían…

—Si la memoria no me falla y este calor me deja recordar, creo que discutieron.

—¿Se pelearon?

—No de llegar a las manos.

—¿Debido a…? —consultó Fede.

—La chica que ha desaparecido, cómo se llama… no lo recuerdo…

—Lara —afirmó su mujer.

—Eso, Lara, es el calor…

—Y los tintitos —refutó su mujer.

A Carla se le escapó una sonrisa.

—Pues esta recriminaba a María que no la había ayudado cuando más la necesitaba, que la había abandonado.

—¿Qué dijo María? —preguntó Carla.

—¡Puff! Pobrecita la chica… no mencionó palabra. Estaba asustada, como un conejo al que le han deslumbrado las largas. Se quedó llorando en la acera mientras Lara se iba. He de decir que fue bastante cruel en las formas en que se lo dijo.

—Cuando venía a visitarla, ¿lo hacía sola o con alguien?

—¿Se refiere a si venía con un chico?

—O chica.

—No, siempre la he visto sola.

—Gracias por su tiempo.

—A ustedes. Antes de irse, ¿les apetece tomar algo?—preguntó el hombre alzando el vaso—. Tenemos tinto de verano fresquito.

—No, gracias, estamos de servicio; tal vez en otra ocasión. Gracias por su amabilidad.

—Espero que la encuentren —deseó la mujer.

Carla y Fede retornaron al coche.

—¿Cómo lo ves? —preguntó Fede mientras encendía un cigarro Red Apple; a continuación, bajó la ventanilla y lo sacó por la ventana.

—Es pronto para sacar conclusiones. Está claro que la agresión que sufrió la dejó traumatizada. Es normal que se alejara del mundo y recluido en ella misma. A mí me pasó, ya sabes.

—Lo sé…

—Hay que averiguar quién es ese ángel guardián.

—¿Crees qué se unió a una secta?

—No lo descarto. Esa gente tiene el poder de atraer a las personas como Lara. Hoy en día no podemos descartar nada.

—¿Y dónde pudo conocerlos?

—A saber, en cualquier lado.

Carla giró la llave del contacto.

—Ahora vayamos a comer; estoy hambrienta. Después iremos al bar donde Lara estuvo el lunes. —Carla miró a su compañero—.Te he dicho mil veces que no me fumes aquí dentro; luego me apesta toda la ropa.

—No seas tiquismiquis; vayámonos, que se hace tarde.

Capítulo 3

A las cuatro, Carla estaba pagando la cuenta del menú del día que acaban de comer. El gazpacho y el filete con ensalada, le sentó a la inspectora a las mil maravillas. Eso sí: tuvo que tomar un par de cafés para que no le entrara la habitual somnolencia de después de una comida. Salieron del bar llamado «El Recreo», situado en el paseo de San Sebastián, y pusieron destino al otro bar, el llamado «Carlones». Se trataba de un bar corriente, uno de los cientos que tiene la capital. Por las mañanas, era un bar tranquilo que repartía desayunos y comidas; en cambio, al nacer el crepúsculo, cuando el sol está agotado y lo único que quiere es retirarse a descansar para dar paso a la negrura del ocaso y la ciudad duerme, aquellos desayunos y comidas se convertían en combinados y gente a la que la noche atrapaba hasta el amanecer. Entraron y se dirigieron al camarero. Era un joven de unos treinta y pico, con pelo rapado, una barba larga y espesa, que vestía unos vaqueros y una camisa de estilo hawaiano. No le agradó la visita de la inspectora y su compañero.

—Buenas tardes —saludó Carla.

—¿Qué te pongo, guapa?

—Nada, queremos información. —Mostró la placa—. Inspectora Carla Ruiz.

—¿Qué quieres?

—Ya te lo he dicho: información. ¿Está el encargado?

—Soy yo.

—Conocerás a Lara Rodríguez, la chica que ha desaparecido.

—Sí, lo he visto en las noticias.

—Sabemos que estuvo aquí el lunes por la noche.

—Estuvo en esa mesa de ahí. —Levantó el brazo y señaló a una del fondo, donde ahora se encontraban una pareja disfrutando de un café y una copa de crema de orujo.

—¿A qué hora llegó? —interrogó Fede.

—No sé si serían cerca de las ocho.

—¿Estuvo acompañada por alguien?

—No, estuvo sola todo el tiempo.

—¿No se movió de la mesa? —consultó Carla.

—Solo una vez se levantó y me dijo que iba a la calle a fumar; diez minutos después, volvió a entrar y pidió otra copa.

—Para un momento. Cuando volvió a entrar de fumar, ¿viste su cara? ¿Regresó contenta, triste, enfadada?

—Parecía más contenta, pero no sabría decirles si era porque se había encontrado con alguien o por las copas que había tomado.

—¿Cuántas copas tomó? —prosiguió Fede.

—Diría que unas cinco o seis. A las nueve y media me pagó, y se marchó.

—¿Seguro que no habló con nadie?

—En el tiempo que estuvo sentada, con nadie; bueno, hablaba ella sola, pero quién no lo ha hecho alguna vez…

—¿No habló con otro camarero? —indagó Carla.

—Ya les digo que no habló con nadie.

—Y contigo, ¿habló?

—No mucho. Cuando le llevaba una copa, solo repetía que el viernes era su gran día. Nada más.

—¿Recuerdas cómo vestía aquella noche?

—Unas botas negras, una falda vaquera bastante corta, y un top de color negro con letras en blanco que decía: Bésame.

—Es todo; gracias por su tiempo.

—A ustedes.

En la calle, Carla consultó su reloj. Faltaban veinte minutos para que dieran las seis de una tarde que permanecía calurosa.

—¿Piensas que nos miente? —cuestionó Fede.

—¿Quién?, ¿el camarero?

—Sí.

—¿Y por qué iba hacerlo? No tendría sentido. Fidel la recogió del bar; otra cosa es que hubiera desaparecido como el viernes.

—Y Lara, ¿no había dejado de fumar? Es lo que nos dijo el padre.

—Y le mintió, de la misma manera que hizo el viernes diciendo que había quedado con Fidel.

—¿Qué hora tenemos?

—Las seis menos veinte.

—Vayamos a ver al conductor.

—Me parece bien.

La vivienda del conductor, el hombre que podía aportar algún dato de con quién había podido subir Lara al autobús, si es que subió con alguien, se ubicaba en la calle del Halcón, al norte de Navacerrada, cerca del antiguo sanatorio de La Barraca. Condujeron por la M607 bordeando toda la hermosa sierra de Madrid, uno de los lugares favoritos de Carla, dado que le encantaba subir, sobretodo, en invierno para contemplar la belleza de las montañas nevadas, el contraste del verde convertido en blanco, y sentir con el tacto el manto de hielo que envuelve la corteza de los árboles.

Hicieron lo habitual: aparcar el coche, y llamar al telefonillo. La mujer de Miguel Vázquez abrió.

—Deben de ser los policías que llamaron a mi marido.

—Los mismos; inspectora Carla Ruiz —mencionó mostrando la placa—. Mi compañero, el subinspector Celada.

—Ahora mismo sale.
—Gracias.
Estuvieron esperando menos de un minuto; pasado ese intervalo, Miguel Vázquez salió a recibirlos.
—¿Qué puedo hacer por ustedes?
—Antes de nada, gracias por atendernos—expresó Carla—. ¿Recuerda si esta chica se subió en la parada de Becerril? —inquirió mostrando la foto de Lara Rodríguez.
El hombre observó la fotografía.
—Sí, la recuerdo. Una tragedia lo que le ha pasado.
—Tenemos que hacerle unas preguntas.
—Ahora tengo un rato libre; pregunten.
—¿Estaba sola cuando la recogió, o había más personas con ella?
—Sola. Estaba apoyada en la parada.
—¿Podría decirme si iba contenta, triste, enfadada…?
—Normal; me pagó el billete y se sentó en la parte de atrás. Todo muy correcto.
—¿Llevó a mucha gente? —preguntó Fede.
—No demasiada; en su mayoría son personas que regresan a Madrid de trabajar.
—¿Recuerda si habló con alguien? —continuó Carla.
—Eso ya no sé decirles. Solo recuerdo que se subió sola y se bajó sola en Moncloa.
—¿La esperaba alguien afuera? —indagó Fede.
—No. Siempre que termino en Moncloa, bajo afumar un cigarro y a mirar el interior del autobús para ver si alguien se ha dejado alguna pertenencia. Creo que se fue hacia la parada de taxis, pero no me haga mucho caso.
—¿El último viaje en autobús de vuelta lo hizo usted? —inquirió Carla.
—Sí.
—¿Subió a ese autobús?
—No, y lo recuerdo bien, a esa hora y, siendo un fin de semana de agosto, poca gente sube.
—Eso es todo; gracias por su colaboración.
En el pueblo, de momento, ya no tenían nada más que hacer. Regresaron a Madrid. Antes de ir a la cubierta de Leganés, pasaron por la brigada. En la unidad de Científica, haciendo su trabajo, se encontraba, el inspector jefe Ramiro Priego, un hombre de sesenta años y con más de treinta de experiencia dentro del Cuerpo. Se hallaba sentado en la silla de su mesa, con aquellos ojos marrones puestos en la pantalla del ordenador. Con anterioridad, a la vez que Carla y Fede hablaban con la familia y con el amigo de Lara, el equipo del inspector jefe se trasladó hasta el lugar donde se había encontrado

la ropa. Estuvieron examinando el terreno y el tronco donde se había encontrado enredada la ropa de Lara, sin hallar nada relevante que los condujera hasta el paradero de aquella chica de diecinueve años.

—Buenas, Ramiro.

—¿Qué hay, Carla?

—Venimos a que nos cuentes acerca de la ropa. Antes de nada, ¿se confirma que es la ropa de Lara Rodríguez?

—Sí. El ADN lo confirma.

—Pues cuéntanos.

—No hay nada de sangre, ni de fluidos ni nada. Solo astillas y resina de la corteza. El agua ha debido de borrar cualquier rastro.

—Me pregunto qué hacía la ropa ahí, y, sobre todo, si Lara Rodríguez está dentro del embalse.

—Los buzos siguen rastreando la zona; se han unido expertos con georradares.

—Se me viene una hipótesis a la mente. Lara conoce a un chico y se lo lleva al monte para mantener relaciones. Lara se quitó la ropa ella misma pero, en un momento dado, se negó a mantenerlas. Es lo único que se me ocurre.

—O el mismo chico le arrancó la ropa —sugirió Fede.

—No; de ser así, se notaría en la ropa, habría señales de lucha; las tiras del top estarían arrancadas—afirmó el forense.

—¿Y cómo acabo enredada encima de un tronco?—cuestionó Carla.

—Puede ser que el agresor haya lanzado la ropa al embalse para borrar los restos.

—O no había ningún resto —refutó Fede.

—Es posible. ¿Examinasteis alrededor del embalse? —preguntó Carla al forense.

—No hemos localizado nada. La tierra no parece haber sido removida para que esté un cuerpo enterrado allí.

—El embalse es enorme; puede estar en cualquier zona. Hay que continuar buscando hasta debajo de las piedras.

—Vosotros, ¿qué vais hacer?

—Ir al último lugar en el que estuvo Lara.

—A ver si dais con alguien.

—Antes de irme, toma. —Carla le entregó la tarjeta de memoria del teléfono y de la cámara de video—. Averigua qué hay en estas tarjetas y comprueba la geolocalización del lunes al sábado.

—Pondré a los chicos a trabajar en ello enseguida.

Capítulo 4

A las nueve de una noche cerrada, sin luna y algo gélida, Carla y Fede estaban cogiendo la salida veinticuatro de la carretera de Toledo hacia Leganés. Llegaron a la plaza de toros. Las luces de los bares ya estaban pidiendo clientela, atrayendo a las personas como un animal atrae a su presa para devorarla. A los chicos y chicas que no se habían marchado de vacaciones o habían vuelto se los observaba en el parque de enfrente de la cubierta haciendo botellón antes de seguir bebiendo en el local. Unos se hallaban tumbados en el césped; a otros se los veía andando con una bolsa de hielo, refrescos y alcohol, para olvidarse de la monotonía y de los problemas de una vida que, al día siguiente, estaría acompañada de una buena resaca.

Dejaron el coche estacionado dos calles más arriba de la zona de bares. Fede sacó su tabaco Red Apple y le dio fuego a uno. Entraron al pub de que les había hablado Fidel. Al ser una hora prudente, tan solo había cuatro gatos, algo que a Carla le agradó, dado que no era amante de las grandes aglomeraciones. Contemplaron al camarero colocando unas cajas de botellas. Anduvieron hasta él y, al mostrar la placa, este apartó a un lado las botellas.

—Disculpe —expresó Carla—. ¿Podemos hablar con usted?

—Ando muy ocupado. Si quiere poner alguna reclamación, voy a tardar un poco.

—Soy la inspectora Carla Ruiz; mi compañero, el subinspector Federico Celada. Será solo un momento.

—Sean rápidos, por favor.

—Estamos investigando una desaparición; nos tomaremos el tiempo que haga falta. Me parece que mover las cajas puede esperar, ¿no crees?

—Haga las preguntas.

—¿Conoce a esta chica? —inquirió Fede mostrando la foto de Lara Rodríguez.

El camarero la observó con determinación.

—No sabría decirles; por aquí pasa mucha gente.

—Mírela bien —continuó Carla—. ¿Seguro qué no la conoce?

—No, lo siento.

—Gracias por su ayuda.

Estaban a punto de irse.

—¡Esperen! Mejor que pregunten al portero; tal vez él recuerde algo más.

—En la puerta no había nadie.

—Está en la sala de descanso. Voy a avisarle.

—Esperamos fuera.

Se plantaron en la acera, al lado de la puerta. La gente ya comenzaba a entrar; unos iban serenos, y otros ya iban con la chispa encendida, esperando a que la noche de Leganés, al igual que la de Madrid, ciudades que piensan, sienten y padecen, ciudades cambiantes como un simbionte capaz de adaptarse a cualquier forma de vida, les diera el calambrazo final. Entre el humo del cigarro de Fede y la impaciencia de Carla, el portero se dejó ver. Era un hombre grande, fuerte, con la cabeza rapada y con un tatuaje en la parte trasera de la cabeza.

—¿Son los polis que me buscan?

—No somos polis: somos policías. Soy la inspectora Carla Ruiz; mi compañero, el subinspector Celada. ¿Recuerdas si esta chica estuvo el viernes?

Fede le mostró la fotografía de Lara. Este la observó.

—Sí, estuvo aquí.

—¿Sola? —inquirió Carla.

—Sí, por lo menos entró sola.

—¿Sabes qué hora era?

—Alrededor de las once.

—¿No habló con nadie? —indagó Fede.

—La vi apoyada en un coche cuando salió a fumarse un cigarro. Hablaba con un chico en el parquin, a eso de las once y media.

—¿Cómo era? —continuó Carla.

—No me fijé bien: tengo que estar atento la puerta y al interior. Además, el chico estaba dentro del coche.

—¿Luego volvió a entrar?

—No.

—Gracias por la información.

No se quisieron marchar de la zona de ocio sin antes preguntar a distintos grupos de chicos por si saltaba la liebre y recordaban haberla visto. La liebre saltó en uno de los corrillos. En una de las esquinas, apoyando sus cuerpos de veinteañeros en la pared cubierta de pintadas con espray, Carla se presentó.

—Hola, chicos.

Dejaron de hablar. Uno de ellos, el que parecía el más chulito, con una copa en la mano y en la otra, un porro de hachís que apestaba toda la calle, se dirigió a ella.

—Vaya culito lindo, ¿quieres qué te dé candela? Deja al abuelete y vente conmigo.

Fede hizo ademán de ir a por él, pero Carla frenó sus pasos poniendo la mano en su pecho. Si hubiera sido tiempo atrás, el «abuelete» le hubiera enseñado buenos modales.

«El tiempo cambia, los tontos no»: era una frase que el

subinspector solía repetir a Carla.

De la misma manera, Carla tuvo que frenarlos pasos de aquel chulito. Le hubiera cruzado la cara con la mano por haberla llamado con semejante apelativo; sin embargo, las tenía atadas si no quería tener un expediente por parte de su superior.

—No te pases ni un pelo. Soy la inspectora Ruiz.

Fede mostró la placa.

El chulito se encogió.

—Eres un bocazas, José —expresó una de las chicas, una morena que parecía la más sensata. El chulito se dio la vuelta, dejó la copa en el suelo, tiró el porro que fumaba y, agachando la cabeza, se volvió apoyar contra la pared—. Si es por el botellón, luego lo recogeremos todo —continuó la morena.

—No venimos por eso —mencionó Carla— . ¿Venís con frecuencia por aquí?

—Todos los fines de semana.

—¿Estuvisteis el viernes?

—Sí.

Fede sacó la foto de Lara.

—¿Sabías decirme si esta chica estuvo el viernes?—inquirió Fede.

—¿Puedo ver más de cerca la foto? —pidió la morena.

—Claro.

Fede se la entregó. La morena comenzó a observarla.

—Sí, la recuerdo. Iba con un gran escote y muy de «diva» hablando con unos y con otros. Después, se subió a un coche con un chico.

—¿Viste al chico? —preguntó Carla.

—Ya lo he visto un par de veces; no sé su nombre, pero es alto, moreno y delgado.

—El coche, ¿cuál era?

—Un Seat Ibiza color rojo.

—¿Segura?

—Sí, es como el coche de mi novio.

—¿Te quedaste con la matrícula?

—No, hasta ese punto no llegué.

—Gracias por vuestra ayuda. Y tú, chulito de la playa, la próxima vez, cuida tus palabras con las personas, sobre todo con las mujeres. No somos culito lindo, ni trozos de carne: somos personas.

Aquel chico, aquel gallo que iba sacando pecho dejó de cacarear; ni la miró.

Antes de regresar al coche, dieron una vuelta por la zona y los alrededores en busca de algún sitio con cámaras. Hallaron dos que podían servir para conocer la matrícula del Seat Ibiza y, con suerte, ponerle cara al chico con el que se había subido Lara. La primera cámara estaba en un poste de la luz en el parquin, y la segunda, en

una sucursal del banco Sabadell, dos calles cerca de la cubierta. Una vez que terminaron, abandonaron Leganés.

Carla entró por la puerta de su casa a las once de la noche. Compartía piso con otra chica llamada «Leire». Era un año mayor que ella y un poco, según palabras de Carla, cabra loca, pero una gran amiga. Se había cogido unos meses sabáticos antes de entrar a trabajar en una empresa importante como consultora de márquetin y ahora andaba sin rumbo fijo, tan solo con una mochila a la espalda y con una sonrisa en su rostro. Se conocían desde niñas, pero sus caminos se habían separado por diversos motivos, hasta que, cinco años atrás, se volvieron a encontrar en la boda de una amiga en común. Respecto a su compañera, al igual que ocurría con Carla, el amor no llamaba a su puerta. Aquel dios llamado «Cupido» había fallado lanzando y clavando en una pared las flechas que tenía guardadas para las dos. Su novia la había abandonado por otra chica más joven; por eso, una tarde, entre cafés, risas, penas y cotilleos, se lanzaron a compartir piso. El último mensaje que recibió Carla de ella, antes de ponerse con la desaparición de Lara, decía que se encontraba en una fiesta en la playa de las islas Maldivas. La mayoría de las veces, por no decir todas, ambas tenían que escuchar los cotilleos y murmullos de las vecinas, que las señalaban y las juzgaban con el dedo porque dos mujeres en la edad de los cuarenta no estaban casadas y vivían juntas. ¿Acaso dos mujeres no podían convivir sin ser pareja? ¿Y si lo fueran? ¿Molestaban a alguien? Eso era algo que a Carla le hervía la sangre: que en pleno siglo veintiuno las señalara y las juzgasen como si estuvieran haciendo algo grave para ella y para la sociedad. Parecía que la Santa Inquisición había llegado al rellano del número cuatro de la calle Diana. Sin embargo, por mucho que le hervía la sangre, hacía oídos sordos.

Lo primero que hizo tras haber cerrado la puerta y echado la llave fue quitarse el sujetador.«¡Qué alivio!,» exclamó en voz alta a su vez que lanzaba el sujetador al sofá. A continuación, se quitó la coleta y dejó caer su pelo rubio ondulado. No dio ni dos pasos cuando la gata ya estaba restregando su lomo contra la pierna de Carla.«¡Qué pasa cosita! ¡¡¡Uyy qué te como!!!», volvió a exclamar en voz alta pero esta vez, acariciando su cabecita.

Nala, llamada así por la leona de la película *El Rey león*, era de su compañera de piso pero, de igual manera, Carla la quería como si fuera suya. Era la mejor compañía cuando Leire estaba fuera. Para Carla, estar sola no era de su agrado, aunque veces la soledad es la mejor compañía, la única amiga en la que puedes confiar. Luego de cinco minutos de haber estado rascándola y jugando con ella, anduvo hasta la cocina, abrió la nevera y agarró la botella de agua.

Desenroscó el tapón y de una sentada dejó la botella a la mitad. Una vez que el agua calmó su tremenda sed, fue al bolso, sacó el diario de Lara Rodríguez y lo dejó en la mesa del salón. Estando en el cuarto de baño preparada para ducharse, su madre la llamó al teléfono móvil.

—Dime, mamá.

—¡Hija! ¿Cómo estás?

—Bien, mamá, apunto de ducharme. ¿Cómo estáis vosotros?

—Todo bien.

—Y papá, ¿qué hace?

—Preparando la mesa; vamos a cenar. Y Leire, ¿ha vuelto ya de sus vacaciones?

—Qué va, ya sabes cómo es: una trotamundos.

—¿Estás comiendo bien? La última vez que te vi, estabas que parecías un fideo.

—Sí, mamá, como bien; no te preocupes. Y papá, ¿cómo está?

—Lleva toda la santa tarde encerrado en el estudio, escribiendo la novela.

—¿Todavía sigue escribiendo sobre la Segunda Guerra Mundial?

—Sí, hija, sí; el otro día me llevó a una exposición para, según él, inspirarse como los grandes. Tres horas estuvimos. Como si tu padre no conociese de sobra la historia…

—Déjalo; por lo menos así está entretenido.

—Tengo una idea, ¿por qué no te vienes a casa hasta que vuelva Leire?

—Volverá pronto; de verdad, no te preocupes: estoy bien.

—Vale, hija, te dejo, que tu padre ya está loco, con ganas de cenar, habrá terminado capítulo. Qué hartura de hombre… parece que no ha probado bocado en años. Qué martirio, de verdad.

Carla rio.

—¿Qué tienes de cenar?

—He preparado unas judías verdes con ajito y perejil, como a ti te gustan. Después unos filetes de pollo que descongelé esta mañana. ¿Y tú?

—Pues no sé, ahora no tengo mucha hambre, pero supongo que una tortilla francesa.

—Eso no es comida.

—Mamá, no empieces…

—Vale, hija, te dejo ducharte. Un beso.

—Un beso, y dale otro a papá.

—Se lo daré; te quiero.

—Y yo.

Ambas colgaron.

Terminada la conversación, se dio una ducha de agua helada para quitarse todo el calor del día; se secó el pelo con el secador y lo cepilló

para que no se le rizara. Se puso una camiseta vieja y rota, ropa interior limpia y volvió a la cocina, no sin antes llevarse consigo el diario.

Lo apartó en la mesa y se preparó una tortilla francesa de dos huevos. La mayoría de las veces estaba a régimen, y más en la época del año en que se encontraba. Aunque su cuerpo era normal, y amaba su piel de naranja, cada curva y cada estría, Carla siempre se veía más gruesa. Al mismo tiempo que la tortilla se hacía, Carla puso agua limpia y algo más de comida a la gata. Se dejó caer en la silla y apoyó el plato encima de la mesa. Con el tenedor en la mano y con un trozo de tortilla en la punta, comenzó a leer el diario por el principio.

Lara Rodríguez comenzó a escribir a raíz de la agresión. Los primeros meses, escribía sobre esta, sobre cómo la había afectado y de sus sentimientos para con el mundo y para con ella misma. De la misma manera que escribía respecto a la agresión, lo hacía en torno a María; culpaba a su amiga por no haber estado a su lado cuando más la necesitaba. Para Lara, aquella traición de su amiga le dolió más que cualquier hueso roto. Carla continuó leyendo, buscando alguna pista relacionada con el ángel guardián.

Y la encontró.

2 de abril de 2015

Estoy volviéndome más fuerte desde que perdí mi dignidad, mi autoestima, mi vida. Caí enferma pero, gracias a Silvia, cada vez estoy mejor. Gracias por estar en mis momentos más duros y salvarme.

Carla levantó la vista. ¿Quién era esa tal Silvia? ¿Por qué nadie la había mencionado? ¿A lo mejor se trataba de una nueva amiga que ni Fidel, ni los padres de Lara conocían? Volvió a fijar su vista para centrarse en la fecha, no en el día, sino en el mes. Abril. Recordó que, ese mes, Lara había entrado en la fase de rebeldía. ¿Sería Silvia la inductora de que accediera a esa fase?

La cena se le estaba enfriando. Carla no estaba dispuesta a cerrar el diario puesto que aquella lectura la alimentaba más que cualquier tortilla. Era una ávida lectora de cualquier género; no obstante, el género romántico era su predilecto. De entre todos sus libros, había uno que era su favorito: *La tregua*, de Mario Benedetti. Se trataba de una novela que era un compendio de tristeza, soledad y muerte; una novela que a la inspectora la hacía estremecer, agitar todas sus emociones como un barman agita la coctelera y vuelca la bebida en el vaso. Carla lo volcaba en un pañuelo de papel. Al principio, después de haberlo dejado con su pareja, lo comenzó a leer, pero aquella novela del escritor uruguayo era tan melancólica que no podía pasar de la página diez sin que sus ojos se hinchasen, se entornaran en rojo y derramasen lágrimas mientras su corazón se partiera en mil pedazos.

No fue hasta pasado un tiempo cuando le echó valor y lo leyó entero para, seguido, pasar a ser, según sus palabras, el mejor libro escrito en lengua española.

Terminó la ya fría tortilla de dos o tres pinchadas para poder irse a su habitación y tumbarse en la cama. Encendió la lámpara de noche; se colocó el aparato en los dientes para corregir su bruxismo, las gafas para leer mejor, y volvió a la lectura mientras la gata se lamía sus patas y se acurrucaba en sus pies. El reloj de la mesilla dio la medianoche. Carla encontró información interesante en el día cinco de abril:

Hoy Silvia se ha enfadado conmigo. Me ha gritado y yo he llorado. Odio que se enfade conmigo y me grite. No quiero hacer lo que me pide, pero al final lo haré para contentarla. Quiero que seamos amigas siempre; ella es mi guía, mi ángel de la guarda. Si ella me abandona, mi vida ya sí no tiene sentido.

¿Qué era lo que le había pedido? ¿Y quién era Silvia? Carla siguió pasando páginas buscando la respuesta:

12 de mayo de 2015

He sentido liberación al hacerlo; me siento muy feliz y más viva que nunca. No he sentido esta sensación jamás. Silvia está contenta; ya no me gritará más.

No había referencia a lo que había hecho. ¿Lara había matado a Silvia? ¿O Silvia había matado a Lara? Ninguna de esas cuestiones tenían sentido. Continuó pasando páginas; sin embargo, se topó con que estas estaban en blanco; después del suceso, Lara dejó de escribir. Carla no podía dejar de cuestionarse; en su mente saltaban galimatías a los que tenía que ponerles solución. A la primera pregunta, podía ser que ambas se pelearan y a Lara se le fuera de las manos pero ¿dónde estaba ella? ¿Por qué su ropa navegaba a la deriva por el agua dulce de la sierra? En ese caso, sería la ropa de Silvia la que se hubiera encontrado. Sin embargo, Carla volvió a releer el párrafo del diario para contestar a la segunda pregunta: «Silvia obligó a Lara hacer algo y, una vez hecho, se deshizo de ella».

Era tarde y a Carla le pesaban los párpados. Se encontraba cansada como para que su mente pensase con claridad. Cerró el diario, apagó la luz de la lámpara, dejó las gafas en la mesilla, y se embarcó en un sueño hasta el día siguiente.«Buenas noches, Nala».

Capítulo 5

Lunes 16 de agosto de 2015

Carla durmió apenas cinco horas. A las tres de la mañana se despertó sobresaltada y empapada de sudor. No era un sudor debido a las temperaturas de agosto; este era interno. Tuvo una pesadilla en la que se ahogaba en una jaula de metacrilato, pesadilla que Carla no supo interpretar, dado que nunca había tenido ningún trauma con el agua, y menos con una jaula. En ese mal sueño, quitando la angustiosa sensación de morir ahogada, una cara se manifestaba frente a ella, una sombra que había emergido en las negras páginas de un diario, una cara que no podía distinguir, pero de la cual sí podía decir su nombre: Silvia. Se dio una ducha rápida; se vistió con lo primero que había encontrado en los cajones. Guardó el diario en el bolso, rascó a la gata que aguardaba en la puerta con impaciencia, y salió por esta a las nueve y cuarto. Llegó media hora tarde, una situación que lamentaba, dado que ella siempre era puntual, y más en el trabajo. Estando en la brigada, se dirigió a la máquina de café y sacó el más largo que tenían para, a continuación, acercarse a la mesa de Fede, quien llevaba una hora esperando a que apareciera.

Dejó el café encima y se hizo una coleta.

—Buenos días, siento llegar tarde. ¿Tenemos algo?

—He mandado a Lorena y a Emilio a recoger las grabaciones de las cámaras de la cubierta y del Sabadell.

—Bien, a ver si damos con la matrícula del coche. ¿Tienes la geolocalización? Quiero saber donde estuvo el teléfono.

—Sí, el lunes, como sabemos, estuvo en el bar, martes y miércoles en casa, jueves, hay un tramo de tiempo sin señal.

—Eso es porque estuvo en el monte sin cobertura. Sigue, quiero saber el viernes, se lo llevó a la cubierta.

—No, no estuvo. Lara no regresó a casa. Hay más. Ramiro ha examinado el contenido de ambas tarjetas. Tengo el último mensaje que mandó María a Lara.

—Léemelo —le pidió Carla a su vez que daba un sorbo al café.

—Dice así: «Tía, ¿qué te pasa? Llamo a tu casa y ni te pones al teléfono, ni me contestas. Desde que viniste a mi casa, estoy fatal; te prometo que estaré más tiempo contigo. Quiero que volvamos a estar como antes; no quiero acabar de esta manera. Llámame, porfi; estoy preocupada por ti. Te quiero». Con fecha de hace un mes.

—¿Lara contestó?

—No, y ya no hay más mensajes entre ellas. María ya no le volvió

a escribir.

—Se cansaría de que la ignorase. ¿Qué sabemos de las tarjetas de memoria?

—¿Por cuál quieres empezar?

—Por el video, por ejemplo.

—Esa la dejaremos para el final; hay cosas interesantes.

—Fede, empieza por la que te salga de las narices; no he pegado ojo: ve al grano.

—Qué borde desde por la mañana…

—Lo siento; continúa.

—En la tarjeta del teléfono solo hay fotos con su amigo Fidel y con su amiga María. He mirado las fechas y son antes de la agresión. A partir de entonces, nada. Un teléfono fantasma.

—¿Y de algún chico?

—Ninguno.

—¿Y las llamadas?

—Las entrantes son de sus padres, Fidel, María y unos números que, lo he comprobado, pertenecen a distintas compañías de teléfono. Supongo que de publicidad.

—Y ella, ¿a quién llamó?

—A Fidel y a sus padres.

—¿No le devolvió la llamada a María?

—No.

—Ahora, ¿puedes decirme qué hay tan interesante en el video, que lo reservas para final?

—Mejor que lo veas. Esta grabación es del día diez de enero.

Abrió el portátil y pulsó el *Enter*. La duración de la primera grabación era de un minuto y medio. En el primer minuto, Lara se hallaba con la luz apagada. Se escuchaba su débil y ahogado llanto, y su voz despotricando contra la sociedad, la vida y lo cruel que puede llegar a ser esta. Lanzaba preguntas al aire del tipo: «¿Por qué yo? ¿Qué hice para que me diera una paliza?».

Luego de ese minuto, Lara encendió la luz. Sentada en la silla enfrente de su cama, se levantó y arrimó la cara al objetivo. Una cara cuyos ojos entonaban un penetrante color rojo y no era debido al llanto. Era debido a la rabia que minuto a minuto consumía su joven vida.

Veis en lo que me he convertido; llevo días sin dormir. Sé que me queréis muerta, pues así haré: me quitaré de en medio, y así podré dormir para siempre…

Apagó la luz.

Carla quedó desconcertada. Dio un sorbo al café.

—Aquí tienes la primera —añadió Fede.

—¿La primera? ¿Hay más?
—Sí.
—Ponla.
—Es un poco fuerte.
—No me trates como una niña: peores cosas hemos visto.
Puso la segunda grabación con fecha de dieciséis de enero. Si la primera era turbia, esta era brutal. Se observaba a Lara en la misma silla, con la misma luz tenue, y con los mismos ojos llenos de sangre y traición. Sin medir palabra y con una respiración suave, agarró, de encima de la mesa, una cuchilla de afeitar. La llevó hasta su muñeca derecha y, con lentitud, frialdad y sin mostrar titubeo alguno, se fue haciendo un corte. Hizo lo mismo con la izquierda. Terminado esto, levantó los brazos y enseñó a la cámara aquel sufrimiento que exhibían sus delgados brazos:

¡Esto es lo que queríais! Al final lo habéis conseguido…

Cayendo las gotas de sangre y golpeando contra el suelo, Lara estiró el brazo derecho y apagó la cámara. Si la primera grabación hizo que Carla se desconcertara, esta segunda la dejó petrificada. Había visto cadáveres, torturas, puñaladas; sin embargo, contemplar a una inocente niña de diecinueve años, a quien le habían destrozado la vida cuando debería de estar viviéndola, cortarse las venas sin pestañear y, más aún, mostrarlo a la cámara la impactó tanto que su mano derecha comenzó agitar un templado café.
—¿Qué te ha parecido?
—No sé qué decir. Ha debido de sufrir demasiado para llevarla a tan extremo.
Para dejar a un lado el tema, Carla sacó el diario del bolso, lo abrió por las páginas y se lo dio a Fede.
—Toma, lee. Habla acerca de una muchacha llamada «Silvia».
Fede leyó mientras Carla terminaba el café.
—¿Quién es esa chica? —cuestionó Fede—. Nadie nos habló de ella.
—No tengo ni idea, pero es raro que no lo hayan hecho.
—Se les pasaría, con todo esto de su hija… O no la conocían.
—El lunes pasado, estuvo ella sola en el bar, y el viernes en Leganés. ¿Por qué ella no fue?
—Lo mismo; a la chica no le gusta salir por las noches.
—Es una posibilidad. Luego habla acerca de que Lara hizo una cosa que la liberó y que, al hacerlo, Silvia se puso contenta. Pero no dice qué. Hay que dar con ella. Mientras los compañeros nos consiguen las grabaciones, vamos a ir a ver la psiquiatra. Quiero saber todo acerca de Lara.
Fede continuó hojeando el diario. A su vez que lo hacía, se percató

de que había páginas arrancadas.

—¿Has visto esto? —cuestionó mostrándoselo a Carla.

—No, ¿qué? —inquirió la inspectora frunciendo el ceño.

—Hay páginas arrancadas.

—No me digas… mierda, se me pasó por alto.

—Estarías tan concentrada en su lectura que no te diste ni cuenta.

—¿Cuántas hay arrancadas?

—Dos; una entre el día diecinueve y veintiuno de abril, y la otra entre el diez y el doce de mayo.

—Qué estúpida soy… cómo lo pude pasar por alto… Esas páginas son importantes, por lo menos la del once de mayo. En la página del día doce, escribió que había sentido liberación al hacerlo. Si encontramos la página del día once, encontraremos lo que hizo.

—¿Cómo? Esas páginas pueden estar ya en cualquier sitio, en la basura, quemadas…

—Lo sé pero, aun así, hay que encontrarlas. Por ahora, vamos a ver a la psiquiatra.

Sin ser mediodía, el calor empezaba, como era de esperar, a ser agobiante y asfixiante. El hombre del tiempo mencionó que venía una ola de calor, habitual en el mes de agosto, pero con más intensidad que la de los años anteriores. Llegaría para quedarse una o dos semanas. En veinte minutos, se apersonaron en la consulta, ubicada en la calle Diego de León esquina con la de Goya. Era propiedad de la doctora Elena Palomo, una doctora de sesenta años, cuya especialidad era la conducta humana. Se había graduado en la Universidad Complutense de Madrid y cursado un máster en la universidad de Boston. Al volver a España, con el dinero ganado mientras había trabajado en aquella ciudad estadounidense, y ayudada por sus padres, la doctora pudo cumplir su sueño de montar una consulta.

Les fue imposible dejar bien aparcado el coche en cualquiera de las dos calles y en las adyacentes. Incluso siendo agosto, estuvieron buscando aparcamiento cinco minutos. En las calles del barrio de Salamanca se agolpaban dos clases de personas: aquellas a las que no les quedaba otra remedio que trabajar, y los turistas y madrileños de vacaciones dispuestos a pasar el día entre terrazas y compras. No les quedó otra opción que dejar el coche con el luminoso puesto en el esquinazo.

Subieron hasta el segundo piso; Carla llamó a la puerta. Unos pasos se acercaron haciendo crujir la madera natural del suelo. Un hombre de cuarenta años, vestido con unos vaqueros, una camisa y una americana, abrió.

—¿En qué puedo ayudarlos? —preguntó con una sonrisa en su rostro.

—Venimos a hablar con la doctora Palomo.

—Soy Rodrigo, su secretario; la doctora está reunida con un paciente. ¿Traen ustedes cita?

Carla mostró la placa.

—Soy la inspectora Carla Ruiz; mi compañero, el subinspector Federico Celada. Necesitamos hablar con la doctora acerca de una paciente.

—Tendrán que esperar, sino tienen inconveniente.

—Ninguno.

El secretario los invitó a pasar y los condujo a la sala de espera. Fede se sentó en una silla, y Carla permaneció de pie cerca de la mesa. El secretario llamó a la puerta de la consulta y accedió; a los pocos minutos, salió. Hasta que el secretario volvió con ellos, Carla había cogido una revista de la mesa para hacer la espera más agradable. La hojeó por encima, leyendo solo el titular de los artículos, en donde algunos de estos llevaban la firma de la doctora Palomo. Estos hablaban del poder de la mente, de la complejidad del cerebro humano y de los traumas que pueden causar a corto y a largo plazo.

Tras una espera de diez minutos, una chica salió de la consulta. Era joven, de la misma edad que la desaparecida Lara Rodríguez o tal vez un par de años más. Su cara era un libro abierto cuyas páginas se rellenaban con diversos traumas. ¿Sería así el libro de Lara?

La doctora salió a recibirlos.

—¿Son ustedes los policías?

—Sí —expresó Fede mostrando la placa.

—Pasen, por favor.

Ambos entraron.

La doctora cerró la puerta y se sentó en la silla de su mesa. Carla y Fede hicieron lo mismo en las sillas de enfrente.

—Buenos días, doctora. Soy la inspectora Carla Ruiz, de la brigada provincial de la policía judicial. Mi compañero, el subinspector Federico Celada.

—Un placer conocerles. ¿Qué puedo hacer por ustedes? Rodrigo me ha comentado que quieren hablar de una paciente. Antes de continuar, he de advertirles que, de ser así, no puedo darles información. Secreto profesional; para poder revelarlo, necesitarán una orden.

—Doctora —continuó Carla—. Esta paciente está desaparecida y, poniéndonos en el peor de los casos, quizás sin vida. Necesitamos toda la información que pueda darnos.

La doctora quedó con cara de estupor.

—En ese caso, por favor, pregunten lo que necesiten. ¿De qué paciente estamos hablando?

—De Lara Rodríguez. ¿No ha visto las noticias?

—Estuve de vacaciones, desconectada del mundo; vine hace un par

de días. Lara Rodríguez… una buena chica. Sus padres la trajeron con un fuerte shock postraumático. Recuerdo el primer día que la trajeron. Se hallaba asustada y desorientada. Aquella agresión que sufrió le dejó bastantes secuelas, y no hablo de físicas.

—¿De qué hablaban?

—Las primeras semanas, de nada. Ella se sentaba y se mantenía en silencio. Intentaba hablar con ella, que me contara cómo se sentía, ganarme su confianza, pero nada. Lara se mantenía con la cabeza agachada. Pasado el primer mes, comenzó a abrirse. Me contaba las pesadillas que tenía: algo lógico en estos casos. Mostraba todos los síntomas de un trauma por agresión física. Sentía vergüenza por lo que le había ocurrido y se sentía culpable.

—Doctora —interrumpió Carla—. ¿Por qué sienten vergüenza y culpabilidad?

—El cerebro se inculpa así mismo. En ocasiones, justifican a su agresor, por lo que piensan que ellos son los culpables. Otras veces, se culpan a sí mismos por no haberlo podido evitar, y se avergüenzan por haberse sentido débiles e indefensos. Todo eso hace incrementar las secuelas emocionales. Afecta de manera decisiva a nuestro diálogo interno.

—¿Cómo la describiría?

—Antes de la agresión, no puedo hacer una evaluación, puesto que no la conocía. Solo puedo decir que es una chica asustadiza, vergonzosa y poco habladora. Si hablamos de las secuelas, les diré que mostraba estrés, depresión, insomnio y baja autoestima; apatía, incapacidad para disfrutar, limitación con el contacto social y resistencia a salir de casa. Dificultad para controlar la ira… Sin embargo, el mayor problema de Lara fue que todos esos síntomas estaban elevados a la máxima potencia.

—¿Qué quiere decir, doctora?

—Que aquella agresión que sufrió la hicieron tener unas emociones pronunciadas. En algunos pacientes son menos pronunciadas, depende de muchos factores y por supuesto de cada persona; en el caso de Lara, no lo eran. Verá, inspectora, cada cerebro es un mundo complejo; hay personas más fuertes que otras, hablando emocionalmente. Unos lo superan mejor que otros. Para que lo entiendan, es como si un tsunami se llevara por delante el cerebro de Lara a diario. Puede incluso llegar a la autolesión y al suicidio.

—Sabemos que llegó a lesionarse, a cortarse las venas —aclaró Fede.

—Lo sé; también estuvimos trabajando sobre eso.

—¿Cómo se puede llegar a curar ese trauma?—interrogó Carla.

—Con sinceridad, es muy difícil. ¿Sabe usted algo del cerebro humano?

—No mucho. Hice la carrera de Geografía y de Historia. De ríos lo que quiera, del cerebro humano… Lo que estudié en el colegio y lo que he visto en documentales.

—Después de un acontecimiento traumático, el cerebro no vuelve a ser el mismo. Hay un noventa y nueve por ciento de que no se cure. Siempre quedará alojada en la amígdala. Nosotros los psiquiatras, a base de distintos tratamientos, podemos llegar a dormirle. Pero repito que el cerebro es el órgano de mayor complejidad.

—¿Qué terapia llevó a cabo con Lara?

—EMDR. Es una técnica que se utiliza para desestabilizar y reprocesar el trauma de manera natural.

—¿Le suministró algún fármaco?

—Antidepresivos y pastillas para controlar el insomnio. No me gusta este tipo de fármacos por los efectos secundarios que producen, pero son efectivos.

—¿Qué tipo de efectos? —cuestionó Fede.

—Paranoia, diarrea, náuseas, vómitos… la lista es interminable.

—Doctora —prosiguió Carla—. ¿Le hablaba de sus amigos?

—Solo de un chico llamado «Fidel» y de una chica llamada «María».

—¿Qué dijo de Fidel?

—Que ya no era su mejor amigo, que la había abandonado como todos, al igual que su amiga María; se sentía traicionada por ella. Según ella, ahora estaba muy feliz sola; no necesitaba a nadie.

—¿No le habló acerca de una chica llamada «Silvia»?

—No, en ningún momento habló de ella.

—Doctora, la última vez que vieron a Lara, fue en la zona de bares de Leganés, subiendo al coche de un chico. Con lo que nos ha contado, ¿cree qué pudo subir por propia voluntad?

—Había mejorado pero, en mi opinión profesional y personal, no era una mejoría para subirse con un desconocido, hubiera sentido pánico. Si se subió a ese coche, fue porque ya conocía al chico con anterioridad.

—Gracias por su tiempo, doctora.

—Si la encuentran, por favor, háganmelo saber.

—Lo haremos.

—Hay algo más, ¿le importa si le hago una consulta personal?

—Para nada; pregunte.

—Verá: la otra noche, tuve una pesadilla en la que me ahogo en una jaula de cristal; hacía muchos años que no me ocurría. ¿Qué puede decir de eso?

Fede la miró asombrado.

—Inspectora, esos típicos sueños se derivan por un estado emocional.

—¿Significa qué estoy loca?

—No, por Dios, no diga eso. Son estados emocionales causados por digamos… algo que te sobrepasa, o con lo que estás muy involucrada emocionalmente, aunque tú no lo percibas.

—Gracias, doctora.

—A ustedes.

Circulando por la calle Goya, y pensando en las palabras de la doctora, Carla recibió una llamada al móvil. Se trataba de los chicos de laboratorio; ya tenían las grabaciones de las cámaras.

Capítulo 6

Entraron al laboratorio, saludaron a los presentes y se dirigieron a la compañera que las analizaba.

—¿Qué tal, Vane?, ¿has encontrado algo?

—No las he mirado; os estaba esperando. ¿Cuál quieres que te ponga?

—Empecemos por la del Sabadell.

Esta se las mostró.

El ángulo de la cámara enfocaba a diez metros del banco. Al ser una calle de escasa iluminación, con una farola de pared cuya bombilla daba una iluminación que solo albergaba un cuarto de calle, aquella grabación no aportó ni la cara ni la matrícula. Lo que sí pudo aportar fue que, a las once de la noche del viernes, el coche pasó por esa deprimente calle, camino de la cubierta. La grabación del parquin fue la que pudo hacer que el caso avanzase. Se observaba a Lara apoyada en un coche, mirando en derredor, nerviosa e impaciente, como si estuviera esperando a alguien. Ese alguien llegó pasados dos minutos para estacionar junto a ella. El semblante de Lara cambió al contemplar al conductor. Adoptó una actitud cariñosa, confiada, una actitud que daba lugar a que ambos se conocían… una actitud que no cuadraba con la personalidad de Lara Rodríguez. Del mismo modo que observó a Lara, hizo lo mismo con la del conductor. No pudo distinguirlo bien debido a que la luz de la farola hacía sombra; sin embargo, Carla solo pudo observar que se trataba de un hombre joven y perteneciente a algún rincón de América del Sur. Luego de un minuto, y después de que Lara metió la cabeza por la ventanilla para saludarlo, se subió al coche a las once y media para, a continuación, alejarse de la zona de bares. ¿Se conocían o se habían conocido aquella noche?... una pregunta a la cual Carla, no le encontraban respuesta.

Al marcharse el coche, observó la matrícula. La anotó en un papel y la introdujo en la base de datos. En menos de un minuto, el ordenador le otorgó el nombre y dirección del sospechoso. Se trataba de Edgar Vargas, colombiano de veintiocho años y con residencia en Navacerrada. Poseía antecedentes por tráfico de drogas y constaba un informe psiquiátrico que informaba de enajenación mental a causa de los opiáceos.

Lara Rodríguez vivía en Becerril. Edgar, en Navacerrada. ¿Coincidencia?

Carla recordó las palabras de la doctora Elena Palomo. Aquellas palabras que decían que, si Lara había subido al coche, era porque se

conocían. Continuó meditando sobre el lugar donde habían podido conocerse. Lo primero que se le ocurrió a Carla fue que, quizás, lo habían hecho en las fiestas de ambos pueblos.

Serían las cinco de la tarde cuando Carla y Fede se dirigieron al pueblo de Navacerrada. El domicilio de Edgar se encontraba en las afueras. Era una parcela antigua, con un patio y con un pozo en la parte trasera. Llamaron a la puerta. Abrió una señora de unos ochenta años con aspecto afable

—Buenas tardes, ¿quiénes son? —preguntó con fuerte acento colombiano.

—Buenas tardes, señora —expresó Carla mostrando la placa—. Perdone por las molestias, ¿vive aquí Edgar Vargas?

—Sí, pero ahora no está. Soy su abuela, ¿ha hecho algo? —cuestionó poniéndose nerviosa.

—No, señora; solo queremos hacerle unas preguntas, nada más; no tiene de qué preocuparse —la calmó Carla—. ¿Dónde podemos encontrarlo?

—Ahora está trabajando en el bar.

—¿Nos puede facilitar la dirección? —inquirió Fede.

—En el bar Trecho, cerca de la carretera.

—Gracias, señora.

Carla encontró la conexión. Debieron de haberse conocido en una de las salidas nocturnas de Lara. En una de esas, había ido a Navacerrada y lo había conocido en el bar. Había que averiguar el tipo de relación que mantenían.

Se alejaron del lugar en dirección al bar Trecho. Era un local frecuentado en su mayoría por gente latina. Una puerta pequeña arqueada daba acceso al interior. Las paredes lucían con neones que cambiaban de color cuanto más se adentraba la noche. En el centro, una barra en forma de cuadrado administraba las bebidas desde cualquier rincón del bar. En una esquina, colgada de la pared, una pantalla emitía videos de cantantes latinos para dar ambientación al local.

Pararon el coche en doble fila y, con el motor todavía encendido, debatieron cómo podían llevar a cabo el procedimiento.

—Ahí está su coche —indicó Fede señalándolo—. ¿Piensas qué el tipo la puede tener secuestrada?

—No lo sé. Lo único que sabemos es que él fue la última persona que estuvo con ella. Aparca el coche en ese hueco; avisaremos por radio para que venga un coche de la guardia civil.

En cinco minutos, se apersonaron dos patrullas. Carla y Fede descendieron del coche, al igual que los agentes. Carla se acercó a hablar con ellos, y les dio las órdenes.

—Ya sabéis qué hacer: ojos abiertos y que no se marche nadie del

local. Vosotros dos os quedáis fuera, y vosotros nos acompañáis.

Dadas las órdenes, Carla se colgó la placa al cuello y accedieron al interior. Había poco movimiento: diez personas para dos camareros. Al ver los uniformes de la guardia civil, las personas dejaron de hacer lo que estaban haciendo para girar sus cuellos y quedarse petrificados ante aquellos uniformes verdes. Los dos agentes se posicionaron a cada lado. Carla y Fede quedaron enfrente de la barra.

—Mira, ese tiene que ser Edgar Vargas —indicó Carla a Fede—. Coincide con la descripción que nos hizo la morena en la zona de pubs: alto, moreno y delgado.

Acompañado por uno de los agentes, Fede accedió al interior de la barra. El otro se situó en la puerta por si Edgar quería huir. Carla encaminó hacia el sospechoso.

—¿Edgar Vargas? —preguntó Carla.

—Sí. Soy yo, ¿pasa algo? —refutó en actitud chulesca.

—Soy la inspectora Carla Ruiz. Quedas detenido por la desaparición de Lara Rodríguez.

Carla le leyó sus derechos y Fede le puso las esposas.

—¡Eh! ¿Qué coño haces? ¡Suéltame mierda de *tombo*! ¡Yo no he hecho nada!

—Eso nos lo cuentas en la comisaría.

Bajo la atónita mirada de los presentes, sacaron a Edgar a la calle. Lo metieron en el coche patrulla y lo trasladaron al cuartelillo de la guardia civil. Carla habló con el sargento de guardia para que pasara la noche en una celda a fin de, a la mañana siguiente, llevarlo a la brigada provincial. Por otro lado, pidió una grúa para que desplazasen su vehículo.

Capítulo 7

Martes17 de agosto de 2015

El furgón transportó a Edgar a las seis de la mañana. Los muchachos de Científica se hallaban metiendo mano, desde primera hora, al vehículo de Edgar. Carla se despertó a las ocho y media. Tomó un café para recargar las pilas y puso destino hacia la brigada. A las nueve y media empezó el interrogatorio. Fede la esperaba fuera de la sala con un portátil bajo el brazo.

—Buenos días, ¿ha dicho algo? —preguntó Carla.

—Lo típico, que por qué está aquí. Se lo ve bastante calmado.

—Su abogado, ¿ha llegado ya?

—Qué va.

—Pues comencemos; no quiero perder el tiempo.

—Deberíamos de esperar al abogado.

—No va a ser un interrogatorio, digamos que solo es una charla amistosa. Entremos.

Ambos pasaron y se sentaron.

—¿Por qué estoy aquí? Me han sacado de mi trabajo, avergonzándome delante de mi compañero y de los clientes, como si fuera un vulgar delincuente. ¿Esa es manera de tratarnos?

—¿Tratar a quién? —cuestionó Carla.

—A los colombianos.

Carla esbozó una sonrisa.

—Edgar, deberías de saber el motivo por el que estás aquí.

—Yo no sé nada de la desaparición de esa *mami*; solo lo que dice el noticiero. Me queréis cargar a mí el muerto.

—Tenemos constancia de que, el viernes, estuviste con ella en la zona de pubs en Leganés.

—¡¡Mentira!! Yo no estuve en ese lugar.

—Primero, baja el tono, que no estás con tus colegas; segundo, ¿estás seguro de lo que dices? —inquirió Fede.

—Pues, claro, ¿por quién me toma?, ¿por un mentiroso?

—¿Sabes? —siguió Carla—, hay una cosa que odio y es que me mientan en la cara. Subinspector, cuando quiera.

Fede abrió el portátil y presionó la tecla *Enter*.

—Observa con atención.

Edgar miró las imágenes. Su cuerpo se sacudió al observar cómo Lara subía a su coche.

—¿No la conoces y se está subiendo contigo? Vuélveme a decir a la cara que no la conoces, y serás tú el culpable de su desaparición.

Antes de que contestase a esa pregunta, llamaron tres veces a la puerta.

—Adelante.

Una mujer con un traje de dos piezas de color beige. Era la abogada de oficio, una mujer de la misma edad que la inspectora, con el pelo corto moreno, con un estilo parecido al de Cleopatra. Algo regordeta y con unas gafas que cubrían unos ojos grandes y verdes.

—Buenos días, soy Marta Gandía, la abogada del señor Edgar. ¿De qué se lo acusa a mi cliente?

—De la desaparición de Lara Rodríguez. Antes de su visita, le estábamos poniendo unas imágenes. Ha llegado en buen momento; puede verlas con nosotros. Tome asiento. Subinspector…

Fede las inició de nuevo. Abogado y cliente contemplaron los tres minutos de duración.

—Como decía, según tú, no la conoces, y Lara, como se puede apreciar con claridad, se está subiendo a tu coche, ¿puedes explicarlo?

—Es una chica que conocí esa noche. No sabía ni su nombre.

—¿No te lo dijo? —consultó Fede.

—No y, si me lo dijo, no lo recuerdo.

—¿Qué hicisteis?

—Llegué al parquin; aparqué y ella ya me estaba esperando. Se me acercó a la ventanilla y me preguntó si quería *parchar* con ella.

—Un momento —interrumpió Carla—. ¿Qué es *parchar*?

—Pasar el rato con ella; le contesté que sí. La monté en el coche y nos fuimos hasta Becerril.

—Y nunca la habías visto.

—No.

—No la conoces; sin embargo, te estaba esperando. Interesante. ¿Sueles ir los viernes a los pubs?

—Sí, me gusta el ambiente; hay muchos bares latinos.

—¿A qué hora te vas del bar? —consultó Fede.

—Los viernes, a las nueve.

—¿Un bar que cierra a las nueve? Qué raro…

—El bar cierra a las cinco de la mañana. Me voy a esa hora porque entra a trabajar Elisa. El jefe dice que una camarera que esté linda trae más ambiente que yo. Le da mambo al local.

—Tú vives en Navacerrada, ¿no? —se informó Carla.

—Sí. ¿Eso qué tiene que ver?

—Eso está… —Carla quedó meditando—…¿a cuánto?, ¿diez kilómetros?

—No sé, puede ser.

—¿Y de verdad dices que no la conocías de antes?

—Se lo juro. Era la primera vez que la veía.

—No te creo; vosotros os conocías de antes. Seguro que ella ha

estado en el bar en que trabajas. Creo, con toda certeza, que tú le dijiste de quedar el viernes por la noche. Por eso te estaba esperando, y por eso no le dijo a su familia con quién iba. Seguro que tú eres conocido en ambos pueblos y con una reputación dudosa.

—Puedes creer lo que quieras, *mamita*.

—¡Eh! ¿Qué es eso de *mamita*?, ¿qué te piensas?, ¿qué estás en el parque con tus amigos? Para ti, *inspectora Ruiz*. Otra falta de respeto, y doy por zanjado el interrogatorio. ¿Entendido?

—Lo que usted diga.

—Dime la verdad, y no quiero más mentiras; ¿os conocías de antes sí o no? Es una pregunta fácil de responder.

—Sí.

—¿De dónde? —preguntó Fede.

—Lo que usted dijo: del bar. Ella ha venido varias veces.

—¿Con quién iba? —continuó Carla.

—Sola.

—¿Y qué solía hacer?

—Beber, bailar… lo normal que se hace cuando se sale de noche.

—¿Se juntaba con alguien? —cuestionó Fede.

—No sé, supongo; tampoco estaba atento a ella.

—¿Contigo hablaba?

—Alguna vez.

—¿De qué te solía hablar? —inquirió Carla.

—Me preguntaba de dónde era; si tenía novia.

—¿Le dijiste de quedar el viernes?

—No, eso no; cuando llegué, ya estaba; se lo juro por Dios. Yo solo la vi, y me acerqué a ella.

—¿Y cómo podía saber que tú estarías?

—No les voy a mentir; algún viernes sí le dije que se viniera conmigo.

—Y ella lo rechazó.

—Sí.

—¿Y tú con quién quedaste?

—Con nadie; yo voy y allí y veo a mi gente.

—Continuemos, ¿qué pasó después de que se subió al coche?

—Dijo que la llevara al monte, que en ese lugar estaríamos más íntimos. Conduje por un camino de tierra, entre árboles que tuve que ir esquivando, hasta llegar a un sitio cortado por el tronco de un árbol caído.

—¿Conocías ese sitio? —consultó Fede.

—No.

—¿No recuerdas nada del lugar? —preguntó Carla.

—Estaba oscuro; lo único que se escuchaba era el agua de un río.

—Y allí fue donde la violaste —supuso Fede.

—Subinspector —interfirió la abogada—. Esa es una acusación sin pruebas contra mi cliente.

—Yo no he violado a nadie —continuó Edgar.

—Yo creo que sí; ella no quiso hacer nada, y tú no aceptaste un no por respuesta. ¿Dónde la tienes retenida? ¿En casa de tu abuela?

—Le digo que no sé nada de ella.

—Entonces, ¿la chica se ha evaporado? No me creo nada de tu historia.

Un agente interrumpió el interrogatorio llamando a la puerta.

—Pase —añadió Carla.

—Tenga, inspectora.

—Gracias, Manu.

El agente le entregó varias carpetas de color marrón. Carla abrió la primera, y comenzó a leer para sí misma. Una vez terminado, se lo pasó a su compañero.

—¿Qué pasó en el monte? —preguntó Carla.

—Nada, se lo juro; a los cinco minutos de haber estado allí, me dijo que se iba. Se bajó y se fue.

—No me tomes por estúpida, ¿estás diciendo que no hiciste nada?

—Se lo juro por Dios.

—¿Sabes qué es esto? —le preguntó mostrando la carpeta marrón.

—No.

—Ya te lo digo yo. Lo que tengo en mi mano es el informe del examen de tu coche. Han encontrado sangre y semen. ¿Puedes explicarlo?

—El semen…Tuve relaciones, pero no con ella; yo no la toqué.

—¿Con quién tuviste relaciones? —inquirió Fede.

—No lo puedo decir.

—¿Por qué no? —indagó Carla.

—Pues porque no.

—¿Y la sangre?

—De ella; se hizo un corte en la palma de la mano.

—Edgar, me estás mintiendo otra vez, y estoy empezando a perder la paciencia. Si fuera tú, diría la verdad. Dices que la llevaste al monte, se cortó y luego, se bajó del coche y se perdió sola y a oscuras, ¿campo a través? Venga, por favor, eso no te lo crees ni tú.

—Que sí, que es la pura verdad; esa chica está loca.

—¿Qué ocurrió en el coche?

—Estábamos juntos…

—Espera, ¿cerca de qué hora era? —intervino Carla.

—Serían las doce y media.

—Continúa.

—Puse la radio para crear ambiente, y nos metimos en faena. Empezamos a besarnos y, en un momento dado, en menos de dos

minutos, me dio un empujón y empezó a comportarse de manera extraña.

—Define eso.

—A menearse, a hablar sola; empujaba al aire… todo muy extraño. Cuando la iba a tocar para decirle qué le ocurría, se ponía hecha una furia: «¡No me toques! ¡Ni se te ocurra tocarme!». Por supuesto, no lo hice.

—¿Qué más decía?

—Que no quería hacerlo, y que la dejase. A continuación se volvió más loca; de repente, sin verlo, me sacó un cuchillo del bolso la muy perra.

—Te he dicho que respetes.

—¿Qué respete? Esa chica me puso un cuchillo en el cuello.

—Dices que lo sacó del bolso; no hemos encontrado ni lo uno, ni lo otro.

—El cuchillo lo llevaba cuando se bajó.

—¿Puedes decirme qué tipo de cuchillo era?

—No me fijo en los detalles cuando están a punto de clavártelo en la garganta.

—Haz memoria —expresó Fede—. ¿Era de cocina o de caza?

—De caza no era; diría que era de cocina.

—¿Medidas? —cuestionó Carla.

—¿Está de broma? —inquirió Edgar al subinspector en referencia a Carla.

—No, no lo está. Contesta.

—Pues no sé, unos quince centímetros, algo más.

—¿Color del mango? —cuestionó Carla.

—Ni idea, estaba oscuro.

—¿Qué clase de bolso era?

—Yo qué sé; uno de esos que llevan las chicas de hoy: uno pequeño en el que no entra nada.

—Salvo el cuchillo. ¿Lo puedes describir? ¿O el bolso también estaba en tu garganta?

—¿Le dan el sarcasmo con la placa? Sería de unos veinte centímetros de ancho, gris, y con piedrecitas que brillaban.

—¿De asa o de mano?

—Asa; lo llevaba colgando al hombro.

—Continúa.

—Antes de bajarse, le dije que se esperase un momento, que yo la llevaría a casa. «No, no quiero, tengo que salir de aquí», contestó. Le di unos pañuelos de papel que guardo en la bandeja de la puerta trasera del piloto; se las puso en la mano, y se fue. Eso es todo lo que ocurrió.

—¿Qué hora sería cuando te fuiste?

—La una.

—Te diré una cosa: es lo más estúpido que he oído en mi vida. Dinos la verdad; será mejor para todos: la violaste y te deshiciste del cuerpo arrojándola al embalse, ¿o lo enterraste?¡Qué coño has hecho!

—Le digo la verdad.

—¿Y el bolso? Porque en tu coche no ha sido encontrado…

—Lo tiré a una basura.

—Lo tiraste… ¿qué le parece, subinspector? Mira, Edgar, creo que la mataste y tiraste la ropa al embalse; puede ser que lo hayas hecho para esconder el cuerpo en otro sitio, y que nosotros buscásemos a Lara dentro del embalse cuando, en realidad, el cuerpo está en otro sitio.

—Inspectora —añadió la abogada—. Sigue acusando a mi cliente.

—Su cliente lo tiene bastante negro, abogada. Tenemos una grabación donde se lo ve irse con la víctima. Tenemos sangre en su coche, una descripción de su cliente que nos hizo una testigo y, con los antecedentes por tráfico de drogas de su cliente, dudo mucho de que el juez lo deje libre. Solo es cuestión de tiempo que analicemos el ADN de la sangre con el de Lara Rodríguez.

—Voy a romper una lanza a favor de su cliente—añadió el subinspector—. Si dices que no la tocaste y que se marchó sola, ¿por qué no fuiste a la guardia civil a denunciarlo?

—Por los antecedentes; sabía que me señalarían el primero.

—Y lo más importante, si es verdad lo que nos estás contando, ¿la dejaste irse sola? ¿Qué miserable hace eso?

Se mantuvo en silencio.

—¿A qué hora llegaste a casa?

—Serían casi las dos.

—¿Alguien que pueda corroborarlo?

—Mi abuela.

—Tu abuela no nos vale; alguien que no sea un familiar.

—Eché combustible en la gasolinera.

—¿A qué hora?

—A la una y media.

—¿En cuál?

—En una Cempsa, en la carretera M-601. En la basura de esa gasolinera tiré el bolso.

—¿Cómo pagaste?

—Efectivo.

—¿Tienes el resguardo?

—No, lo tiré, ¿para qué lo quiero?

—Pues mira, en esta ocasión, sería para salvarte el culo. Lo comprobaremos.

—También tienes antecedentes psiquiátricos—prosiguió Carla—:

brotes psicóticos a causa de los opiáceos. Seguro que aquella noche, con Lara, te dio uno.

—No, me estoy medicando para que no ocurra; llevo meses con la medicación.

—Hasta que todo se aclare, pasarás a disposición judicial. Agente, puede llevárselo.

Antes de que el agente lo levantara de la silla, a Carla se le ocurrió otra pregunta.

—¿Reconocerías el lugar donde te llevó?

—A lo mejor.

—Subinspector, ponle la grabación de Lara en la montaña.

—A la orden, inspectora.

Fede así lo hizo. Buscó en la archivo en la carpeta del ordenador, y le enseñó las imágenes. Edgar observó con atención.

—Ahí está el río, y ese parece ser el sendero de tierra. A ver… sí, ahí está el árbol caído al final del sendero. Ese es lugar al que me llevó.

—¿Estás seguro? —cuestionó Carla.

—Seguro, no, pero se le parece un *huevo*.

—Da igual; dime cómo llego hasta ahí.

Se recostó en la silla.

—¿Y qué gano yo con todo esto?

—Puedo hablar con el juez a tu favor si resultas culpable.

—Ya le dije que no lo soy.

—Entonces, no tienes nada que temer. Solo te pido que me ayudes a encontrar a Lara.

—¿Está pidiendo mi ayuda?

—Si con ello la localizo, sí, estoy pidiendo que me ayudes. Y tal vez tú dejes de tener remordimientos, si los tienes. ¿Los tienes?

Edgar quedó mirando a Carla. Se inclinó hacia la mesa, y puso los brazos en esta.

—¿Conoce el restaurante El Zaguán?

—No, pero lo encuentro.

—Desde ahí, agarre la M-861. Siga recto, pase el Hogar Mambre, haga las dos curvas cerradas, vaya despacio y a la derecha, según termine la curva, verá el puente que cruza el embalse, y un letrero que dice: «Presa de pescadores». Justo en ese lugar, hay un pequeño sendero de tierra. Una vez que esté en el sendero, continúe unos quince kilómetros hasta que el sendero corte con otro. Es un camino para senderistas.

—¿Algo más que añadir, inspectora? —preguntó Fede.

—Sí, una cosa. Antes dijiste que, para meteros en faena, pusiste la radio.

—Así hice.

—¿Qué emisora?
—Súper latina.
—¿Recuerdas la canción que sonaba?
—«Limbo», de Daddy Yankee.
—Eso es todo, agente; puedes llevártelo.

Luego de que el agente se lo llevó y ambos hablaron con la abogada, Carla y su compañero salieron a la calle para que Fede pudiera fumar un cigarro.

—¿Qué te parece? —inquirió Fede dando una calada.

—Puede ser que nos diga la verdad y que Lara se haya comportado de esa manera. Puede ser que Edgar se haya asustado o no haya querido saber nada, y por eso se marchó. Es todo bastante confuso.

—Tengo una duda.

—Dime.

—¿Por qué le has preguntado por la canción?

—Dijo que empezó a la doce y media a entrar en faena. Si llamamos a la radio y confirman que a esa hora pusieron la canción, sabremos que dice la verdad en cuanto a la hora en la que estuvieron juntos. Después, dijo que echó gasolina a la una y media, y que llegó a su casa a las dos; tenemos, vamos a ponerle, quitando el tiempo en que echó la gasolina, cuarenta minutos. En ese intervalo, no creo que haya hecho daño a Lara, se haya deshecho de ella, recorrido los quince kilómetros que separan el lugar de donde estaban con la entrada del sendero, llegar a la gasolinera, y regresar a su casa. Solo recorrer los quince kilómetros le llevaría…¿cuánto?, ¿veinte minutos? Eso dependiendo de cómo estuviera el camino. Llama a la radio y que te lo confirmen.

—¿Estás segura de que Lara está en ese sitio?

—A ver… no lo puedo asegurar, pero hay que comprobarlo. Si en el embalse no está, debe de estar en algún sitio.

Con Edgar tras los barrotes, Carla pidió una orden al juez para inspeccionar la finca de su abuela en busca de la desaparecida Lara Rodríguez, al igual que pidió otra orden para conseguir las grabaciones de la gasolinera. No se fiaba de las palabras de Edgar hasta que lo comprobara por ella misma. Además, había que verificar todo lo relacionado con Edgar Vargas. Quien se la concedió fue la jueza María Ángeles Montero. Con las pruebas que Carla aportó, la jueza aceptó firmar la orden sin ningún inconveniente.

Carla mandó a un equipo especial para inspeccionar la finca, a fin de que ella no perdiera ni un minuto en ir al lugar que había mencionado Edgar. El equipo examinó con minuciosidad cada rincón, cada palmo y cada trozo de tierra propiedad de la abuela, al igual que en el interior de la casa. Muy a su pesar, para la frustración de ambos, el equipo no dio con Lara. Además, como había escrito el experto en

su informe, la tierra de la finca no era apta para enterrar a nadie, al tratarse de una tierra dura y compacta.

Aquella misma tarde, antes de que la inspectora y su compañero se pusieran en marcha, y entretanto examinaban las grabaciones de la gasolinera, en las cuales se confirmaba que, a la una y media, Edgar echaba gasolina, entró, por la puerta de la brigada provincial, un chico en busca de los inspectores que llevaban el caso. El chico en cuestión era un español de veinte años, que buscó a los inspectores para decirles que el semen hallado en el coche de Edgar era el suyo. Aquel testigo supuso un desconcierto para la inspectora y para el subinspector.

El chico, que se presentó como «Víctor», vio en la televisión que Edgar estaba detenido, acusado de la desaparición de Lara. Algún agente de la brigada lo había filtrado a la prensa. Según relató, se habían conocido hacía un mes a través de un chat y, dos días antes a la desaparición, habían mantenido relaciones en el coche. «Quizás Edgar no la tocó y está diciendo la verdad», caviló el cerebro de Carla.

Después de aquella declaración del testigo, se dirigieron al lugar donde Lara había llevado a Edgar. Antes de partir, los análisis de ADN llegaron a la brigada provincial. El resultado fue positivo: la sangre hallada en el coche de Edgar pertenecía a Lara Rodríguez. Carla se hallaba en una encrucijada. Decidió agotar las setenta y dos horas que otorga la ley para que Edgar permaneciera entre los muros del calabozo.

Siguieron punto por punto las indicaciones que les había otorgado el sospechoso. Localizaron el restaurante y circularon por la carretera M-861, la carretera comarcal que daba acceso a la estación de Valdesquí, una carretera estrecha, de asfalto levantado y de doble sentido. Una vez que dejaron atrás los chalets y continuaron rodeando las montañas, pasaron las dos curvas y, nada más hacerlo, estacionaron el coche a la derecha. La entrada al camino se encontraba al principio de la presa del embalse Navacerrada. Carla se bajó del coche para observar el camino. Debido a que la noche anterior había caído una ligera lluvia en la montaña de no más de veinte minutos de alguna nube que se había perdido de sus homogéneos, el camino se encontraba un poco embarrado. Antes, había estado vallado con una reja y con un acceso para los servicios de emergencia; ahora, no quedaba ni puerta ni valla: estas habían sido desplazadas por algún vehículo que, sin ser de emergencias, había querido entrar por la fuerza. Se hallaba adentrado en el bosque, y, como bien dijo Edgar, a unos quince kilómetros de donde se había encontrado la ropa de Lara. El lugar no había sido inspeccionado puesto que los efectivos desplazados para la desaparición no habían tenido motivo para hacer la búsqueda a tantos kilómetros. De la

misma manera creyeron que, si la ropa de Lara estaba en el embalse, su cuerpo también tenía que estar ahí.

Era un camino de difícil acceso para entrar con un coche que no fuera el todoterreno de la Guardia Civil. Carla solo tuvo que ir con cuidado para que una roca de las miles que inundaban el camino no le reventara la tapa del cárter. A mitad de la senda, como si de una película de terror se tratase, se encontraron con una estaca clavada y con un letrero que decía: «Aviso a senderistas y ciclistas: prohibido salir del sendero».

Al llegar al final, cortado por otro sendero, detuvieron el coche entre dos árboles y varios arbustos. Al rozarlo con su parachoques, una mariposa emergió, agitando sus alas para perderse en la inmensa naturaleza. Carla contempló el cielo, despejado y con pocas nubes, que se desplazaban rápidas. Aunque estaba a punto de caer la negrura de la noche, la poca claridad que dejaba los rayos al penetrar entre aquellos maderos milenarios les permitió examinar la zona. Buscaban cualquier indicio, sobre todo muestras de sangre, dado que la sangre encontrada en el coche de Edgar pertenecía a Lara. Tuvo que dejar algún rastro cuando, según las palabras del detenido, «se bajó y se fue corriendo.» Lo que sí encontró la inspectora fueron las marcas de las ruedas del coche de Edgar.

Sin embargo, al haber transcurrido cuatro días de su desaparición y dado que cualquier rastro de sangre pudo haber desaparecido con la fina lluvia del día anterior, Carla no persistió, al igual que Fede; ambos cogieron las luces negras y se dividieron. Carla se dirigió a la derecha mientras su compañero se ocupaba de la izquierda.

Con el sonido del río que acompañaba sus pasos, anduvo entre hojarasca con la luz negra enfocando en suelo y en los árboles. Dejando de lado la naturaleza, tenía que ir sorteando preservativos usados. «Qué guarra es la gente», pensaba. A seiscientos metros del sendero, halló un rastro que se dirigía justo desde donde ella se encontraba, en dirección contraria, hacia la entrada. Carla lo siguió hasta que detuvo sus pasos, al igual que se detenía el rastro de sangre. Observó en derredor y, con la luz, encontró un segundo rastro que volvía a adentrarse en el bosque en dirección oeste.

—¿Has encontrado algo? —inquirió su compañero desde el otro lado.

—Sí, ven.

Fede regresó con ella para saber qué había encontrado.

—Dos rastros: uno hacia la presa, y otro se vuelve adentrar en el bosque. ¿Cómo es posible? —preguntó Carla.

—A saber.

—Pensemos. Lara se baja aturdida del coche, se va corriendo, huyendo de él hacia la entrada, pero se para y, a continuación,

retrocede sus pasos para adentrarse en el bosque. ¿Por qué? Sabemos que Edgar regresó a casa. Entonces, ¿de quién huía Lara?

—De algún animal salvaje.

—Quédate aquí y continúa analizando los alrededores.

—¿Tú qué vas a hacer?

—Seguir el rastro.

Carla agarró una linterna y se metió en lo profundo del bosque. Poseía la corazonada de que Lara se hallaba en aquella intensa naturaleza, o tal vez no quería perder la esperanza de encontrarla. Pese a todo, sí tenía la certeza de hallarla en aquel paraje. Al astro rey le quedaban pocas horas para ocultar sus rayos y dar paso al crepúsculo. Anduvo entre árboles, arbustos y matorrales que le llegaban por la cintura y con espinas que arañaban sus brazos. El rastro de sangre se perdió entre aquella maleza. Los ojos de Carla solo vislumbraban árboles, cientos de árboles que no le dejaban ver el horizonte. Comenzó a escuchar un ligero susurro, parecido al que hace la brisa del mar agitando las olas; no obstante, aquel aliento nacido en las fauces de aquella jungla, a su vez que agitaba las ramas de los árboles le decía: *«Lara está aquí…»*. Ladeó su cabeza en busca de aquella voz perturbadora. *«Aquí estoy…»*

Corrió y corrió, buscando ese suspiro que quería llevarla hasta ella. «¡¡¡Dónde estás Lara!!!», exclamó en voz alta. El susurro continuaba: *«¡Ayúdame! ¡Ayúdame!»*.Aquel grito hizo que una bandada de pájaros saliera desde la maleza como el disparo de un cazador, batiendo sus alas con frenesí hasta perderse en el cielo. Carla se arrodilló jadeante y puso sus manos en la tierra. Poco a poco, perdía toda la expectación de encontrarla; aun así, el susurro que estaba solo en su mente, unido a las ganas que tenía de dar con ella, no la iba a dejar arrodillada y lamentándose en medio de ninguna parte. Se levantó, se sacudió la tierra de las manos y continuó su búsqueda antes de que cayera la noche y, con ello, cualquier esperanza se disiparía, como el sol hace desvanecer la niebla.

En su caminata, siguiendo una bifurcación del río hacia la derecha (que pasó a convertirse en un riachuelo donde las rocas predominaban sobre el agua), divisó a lo lejos cómo las ramas de los árboles abrazaban a un trozo de madera que no era la corteza de un árbol. Se acercó para observarlo con más claridad y se topó con un molino hidráulico, o lo que quedaba de este. Aparte de la rueda hidráulica adosada a este, se hallaba una caseta, donde el musgo y la vegetación se habían adueñado de su agrietada y carcomida fachada. Se paró, desenfundó la reglamentaria, y volvió a caminar. Sus pasos eran lentos y con tensión. Ante cada ruido que escuchaba, observaba en derredor. Si el débil viento sacudía una rama, la inspectora alzaba su reglamentaria y apuntaba a cualquier sombra que estuviera en su

cabeza. Llegó a la caseta, amurallada por un riachuelo de agua estancada. Acto seguido, observó que la puerta se hallaba entreabierta. Encendió la linterna, y se tapó la nariz con la mano debido al olor a animales muertos que se encontraban en cada rincón. Empujó la puerta, cuyas bisagras oxidadas chirriaban como el llanto de un demonio, y accedió al infierno. «Lara, ¿estás aquí? He venido ayudarte, soy policía».

Echó un vistazo al interior con la linterna, vislumbrando cajas cuyo contenido se trataba de piezas de recambio para el molino. Al mismo tiempo que andaba despacio y extremaba la precaución, escuchó el suelo crujir, lo cual no era debido a la madera. Alumbró este y lo que contemplaron sus ojos negros la hizo sobresaltar hacia atrás, tropezando y cayendo entre varias cajas. Sus pies habían pisado decenas de salamandras, escarabajos, cucarachas y gusanos que entraban y salían de las cuencas de los diminutos ojos de los cráneos de ratas que yacían en todo el interior. Como si la vida le fuera en aquello, se puso de pie. Sintió el dulce cosquilleo de unas patitas andar por su antebrazo izquierdo. Dio luz y contempló cómo dos cucarachas grandes y negras jugaban y se acariciaban en el fino y rubio vello de su extremidad. No reaccionó. Tuvo que sentir cinco segundos de temor y desagrado hasta que su mente reaccionó y las pudo arrojar de un golpe de linterna de vuelta a su lugar de origen: el suelo.

Si antes Carla odiaba los bichos, a partir de ese instante, les tendría pánico. Con el susto en el cuerpo y todavía con la sensación de las cucarachas que recorrían su cuerpo, alzó la linterna para iluminar la esquina derecha, donde una telaraña colgaba desde el techo hasta el suelo. Hizo lo mismo con la pared, advirtiendo símbolos satánicos dibujados por una persona que quiso invocar a esa deidad. Escuchó el siseo de algo que reptaba en la esquina izquierda. Iluminó la zona y contempló, para su sorpresa y asombro, una culebra que se deslizaba por los pies de Lara Rodríguez. «¡Te encontré!», exclamó en voz alta.

Lara se hallaba sentada, cubierta por una manta sucia y pestilente, envuelta en su propia suciedad, debajo de una ventana tapiada con cuatro tablones de madera en horizontal, con la espalda apoyada en la pared, los ojos cerrados y un cuerpo frágil e inerte que apenas mantenía. El pelo lo tenía arrancado por varias zonas. Enfundó el arma y apartó con el pie a la culebra que ahora se arrastraba por el muslo. La tocó en el cuello para ver si mantenía el pulso. Era débil. Bastante débil.

Carla la movió para que despertara. En un par de suaves movimientos para que no se sobresaltara, los ojos azules de Lara comenzaron a abrirse como el capullo de una flor. Una vez abiertos, intentó articular palabra. Su rota garganta no se lo permitió. «No

intentes hablar; soy policía. Es un milagro que estés viva. Te ayudaré; iré a buscar a mi compañero. Aguanta».

Carla la ayudó a incorporarse, pero no consiguió que se sostuviera de pie. Sus piernas flaqueaban debido a tanto tiempo en esa posición y, sobre todo, por el tobillo hinchado, y quizás roto, de su pie derecho. La volvió a sentar con cuidado. A continuación, se quitó la camiseta para ponérselo a Lara, y se quedó en sujetador. Lara se quedó mirando a la inspectora con una cara caída y con unos ojos azules que iban perdiendo el color. Carla observó su móvil. «Mierda, puta cobertura. Voy a buscar ayuda, aguanta cariño».

Lara asintió como pudo. Intentó levantar el brazo para agarrar a la inspectora; quería coger cualquier parte de su cuerpo para sentirse segura, para sentir que no la abandonaba en ese lugar donde la humedad se hacía más pegajosa. «Te prometo que estoy de vuelta; aguanta, Lara». Salió de la caseta lo más rápido que sus piernas la dejaron y corrió hasta Fede entre los arbustos, que ahora ya no arañaban sus brazos, sino su torso, a su vez que vociferaba: «¡La encontré! ¡Está viva!».

Se encontraba eufórica por haber dado con su paradero. En cambio, Fede no tenía buena cara.

—Avisa por radio, ¡la he encontrado!

—¿Qué haces de esa guisa? —inquirió al verla en sujetador.

—Luego te cuento.

—Yo tengo que contarte: he encontrado algo.

—¿Qué? —cuestionó Carla jadeando y con cierta confusión.

—Ven.

—No, eso para después; quédate aquí y avisa por radio que venga el helicóptero. Voy a por ella.

Carla dio a su compañero las indicaciones del viejo molino. Seguido, abrió el maletero, sacó el chaleco fluorescente de la policía, se lo puso y retornó rauda al viejo molino. Esperó con ella hasta la llegada del helicóptero. No tardó ni veinte minutos en sobrevolar la zona indicada por el subinspector. Al escuchar el sonido de las hélices acercarse, salió de la caseta cargándola a la espalda para buscar una explanada libre de árboles en donde los agentes del helicóptero pudieran descender sin inconveniente alguno. Carla hizo señales con la luz de su teléfono móvil. El helicóptero se posó en tierra y descendieron dos agentes portando una camilla. «Tened cuidado; está demasiado débil y creo que tiene el tobillo roto», alertó.

Un agente abrió el botiquín que llevaba consigo, y sacó una botella de oxígeno y una manta térmica. Los agentes quitaron la ropa que Carla le había puesto para mantener el poco calor corporal que desprendía, y la taparon con la térmica. Carla se quitó el chaleco y volvió a ponerse su camiseta. «Te pondrás bien», le aseguró Carla a

Lara, agarrando su mano.

Tan rápido como se encontraba Lara en el interior del helicóptero, Carla volvió sobre sus pasos para saber lo que había encontrado su compañero. Estando con él, el subinspector la acompañó a medio kilómetro a la izquierda del sendero. Fede alumbró el sitio. A Carla se le cortó la respiración tras lo que vieron sus ojos: una mano semienterrada les brindaba un saludo…

Segunda parte

Capítulo 8

El helicóptero de salvamento de la Guardia Civil trasladó a Lara al hospital de Navacerrada. Avanzando la noche a pasos de gigante, ambos decidieron que lo mejor era esperar hasta la claridad del día siguiente para averiguar de quién era aquella mano. En cuanto amaneció, la comitiva se puso en marcha. Los primeros en apersonarse fueron efectivos del cuerpo de la benemérita, procedentes de Becerril y de Navacerrada (entre ellos, el sargento con el que Carla había hablado el primer día que había pisado el pueblo). Cincuenta minutos más tarde, comenzaron a llegar más efectivos, guardias civiles, policía nacional, científica, el médico forense de guardia, un antropólogo y una arqueóloga forense. Carla llegó acompañada de su compañero cerca de las ocho. Debido a que el tiempo había cambiado drásticamente, y la ola de calor había llegado a su final, la mañana se había levantado con un manto de neblina que ocultaban las montañas. Pasaron de un calor infernal salido del mismo séptimo círculo de Dante a una mañana donde el calor era soportable. Aquella situación atmosférica no era impedimento para que Carla hiciera su trabajo.

Con los presentes reunidos en la escena del crimen, Carla se apartó para dar la batuta al médico forense, el doctor José maría Ferrer. Este coordinó todos los detalles y a todos los agentes, como un director de orquesta coordina con su batuta a los músicos. Agentes y técnicos especiales acordaron y señalizaron el lugar. El forense, el antropólogo y la arqueóloga se juntaron para conversar entre ellos. En primer lugar, la arqueóloga, la doctora Victoria Acosta Fernández, quiso trazar una cuadrícula con el objetivo de intentar reconstruir, en tres dimensiones, la posición del cuerpo. Al estar en una zona frondosa del bosque, no pudo hacerlo. Lo que hizo fue delimitar la zona con una cinta de seguridad.

Antes de comenzar con la exhumación del cuerpo, el forense y el antropólogo examinaron aquella mano que había saludado a Carla y a Fede. A pesar de que eran unos expertos en su campo, no pudieron datar la mano debido al estado en que se hallaba. Carla no podía estar con los brazos cruzados: le pidió al forense reiteradas veces que la dejara ayudar. Por más que el doctor le repetía una y otra vez que no, que para eso ya estaban los especialistas, ante la insistencia de la inspectora y al no aceptar un no por respuesta, el forense se lo permitió.

—Ponte mascarilla, guantes y ve con la arqueóloga. Haz todo lo que ella te diga.

—Entendido.

Seguidamente, fue hasta Fede.

—Voy a ayudar, ¿vienes?

—No, me iré a casa. Felisa me ha llamado; se ha puesto enfermo.

—¿Qué le ocurre?

—Dice que se ha levantado con fiebre y malestar en el cuerpo. Voy a ver cómo se encuentra y, si todo marcha bien, nos vemos esta tarde, ¿te parece?

—No hay problema, Fede; me ocupo. Tú ve a ver cómo está tu hijo.

—¿Qué opinas? ¿Qué crees que le ha podido suceder?

—Entre los dos, no sé qué decirte. Lo único que tenemos de momento es la declaración de Edgar. Según él, los dos estaban solos. Las grabaciones de la cubierta y del banco muestran que se subió sola. Y la observada en la gasolinera muestra que Edgar echó gasolina solo.

—Ya pero, en el trayecto, pudieron recoger a una persona y venir aquí.

—Puede ser pero, si hubiesen sido dos, hubieran perpetrado horrendos crímenes en Lara. No, los dos estaban solos, Edgar se acojonó del comportamiento de Lara y, al bajarse esta, no quiso saber nada y se marchó solo. Ahora bien, ¿por qué se comportó Lara de esa manera? Es lo que hay que averiguar. Aunque tampoco hay que descartar que haya sido atacada en el bosque.

—Supongo que esta tarde iremos a ver a Lara.

—Así es.

—Si ves que no puedes, me acerco yo.

—No, lo más seguro es que solo sea un refriado pero, como tú, me quiero cerciorar.

Carla esbozó una sonrisa.

—Haces bien; luego te cuento.

—Entonces, después te veo.

—Dales un beso de mi parte a los dos.

Fede montó en el coche y se marchó. Carla fue hasta donde estaba la arqueóloga; se colgó la placa al cuello y se presentó.

—Pide unas hojas a un técnico, y apunta todo lo que te diga —sentenció la doctora.

El equipo de especialistas comenzó a excavar, ayudados por picos y palas, cada centímetro que la doctora hacía mención. Entretanto, Carla apuntaba, sobre todo, la fauna cadavérica y la viva.

Tras varias horas de minuciosa excavación, a una profundidad de un metro, contemplaron el cuerpo. Se encontraba con síntomas de haber sido carbonizado. El forense realizó un examen preliminar. Según los datos recabados y sus ojos entrenados, afirmó que se trataba de una mujer caucásica, delgada y de alrededor de unos diecinueve a

veinte años. ¿De quién serían aquellos restos?, ¿de una mujer que había corrido peor suerte que Lara? ¿Sería Silvia? ¿Qué había ocurrido en ese lugar? A estas preguntas, como era habitual, Carla necesitaba hallarles respuesta. Se dispusieron a recogerlos y a guardarlos para su posterior traslado al Instituto Antropológico de Madrid.

Sobre las tres de la tarde, después de haber examinado la escena primaria, pasaron a hacer lo mismo con la secundaria: la caseta donde había sido encontrada Lara. Carla acompañó al forense y a su equipo. Antes de comenzar, y a continuación de que el fotógrafo tomó las fotos necesarias, el forense analizó el rastro de sangre dejado por Lara. Llegó a la conjetura de que Lara no había sido arrastrada por nadie, sino que ella misma había entrado en la caseta. Lo que no pudo deducir fue si había huido de alguien o no. Examinaron el interior. El forense realizó la inspección ocular en forma de espiral, desde la parte más alejada del centro hasta este. Donde más actividad encontró fue debajo de la pared donde Carla había observado el dibujo satánico. ¿Iba a ser Lara parte de un ritual? El forense recogió unas muestras; aparte de sangre, pelo y tejido epitelial. En la cuadrícula de Lara solo encontró el cerco de lo que había sido una mancha hemática en el lago, una acumulación de cierta cantidad de sangre en forma circular formada por el goteo de su mano derecha, lo que indicó al forense que, una vez sentada, no se había movido. Y era verdad. Lara solo esperó sentada a que fuera alguna persona a buscarla, o a que fuera la muerte a por ella. Cualquiera de las dos opciones le valía. A continuación, el forense, ayudado por el antropólogo y guiado por la luz negra, pasaron a buscar huellas dactilares y plantares. Con las dactilares, el forense hizo más hincapié en la ventana. Esparció, tablón a tablón, el polvo blanco, que mostró que las manos de Lara habían tocado aquellos tablones. Hubo dos hipótesis: la primera fue que Lara había intentado quitar los tablones; dado su estado anímico y su pie torcido, no hubiera tenido fuerzas ni para tirar de ellos y, si lo hubiera logrado, no habría llegado muy lejos: el bosque se hubiera encargado de ella.

La segunda hipótesis fue que se había apoyado para pedir ayuda, a fin de que su voz recorriera las montañas y los árboles, en busca de algún buen samaritano. A la vista estuvo que ninguna de las dos opciones que pudo realizar le había dado resultados. Al igual que el polvo le mostró las huellas, la luz le mostró al forense tejido procedente de las yemas de los dedos, y sangre, con lo que pudo deducir que había ejercido presión hasta que las yemas habían quedado en carne viva. De las plantares había varias repartidas por todo el interior. El antropólogo se centró en las de Lara. Recabaron las más frescas. Supo distinguir que se trataba de estas debido a la presión ejercida por el tobillo de derecho de Lara; al estar dañado, la presión

era débil. Otro dato importante fue que Lara había entrado descalza. Sus huellas plantares se desviaban en varias direcciones. Por otro lado, la inspectora buscaba, con la ayuda de la linterna, cualquier indicio que revelara qué personas habían pisado aquel lugar. Halló tejidos de ropa. Habiendo terminado sus investigaciones, el forense, el antropólogo y Carla comenzaron a reconstruir sus pasos.

—Lara entra y camina hacia la izquierda. Los pasos en círculo indican que estuvo rebuscando entre las cajas; al no encontrar nada, se dirigió hacia la derecha y fue ahí— señaló una zona— donde Lara encuentra la manta, como se puede apreciar por el cerco dejado. Luego, vuelve hacia la izquierda, y se queda en la esquina, seguro, asustada —expuso el forense.

—¿Solo hay pisadas de Lara? —preguntó Carla.

El forense repasó la zona con la luz.

—En su cuadrícula, sí; solo de ella.

—Descartamos que la hayan perseguido.

—Si el agresor hubiera interactuado con ella, habría huellas suyas alrededor, y no las hay. Lara Rodríguez entró sola al refugio. Ahora, porqué entró no puedo decirlo.

—Tiene un tobillo roto; le ha sido más fácil resguardarse en este sitio que ir hasta la carretera, y no digamos volver a su casa.

—Es una posibilidad. Bueno, nosotros aquí hemos acabado —concluyó el forense—. Recogeremos, y nos vamos. Inspectora, aquí y no hay nada más que hacer.

—Si no les importa, yo me quedo.

—Como quiera; la mantendremos informada.

—Antes de irse, ¿le importa si me da una bolsa de pruebas?

—No hay problema. Tome.

Se la dio.

—Pero de plástico; no de papel.

El forense quedó confuso.

—¿Qué está buscando? ¿Un cuchillo?

—No quiero buscar, sino encontrar.

Atónitos ante la respuesta de la inspectora, la dejaron sola en el interior de la caseta, puesto que todavía le quedaba una cuestión más, una cuestión que se le había olvidado, o no había querido decir a sus compañeros: ¿dónde estaba el cuchillo que portaba Lara? Si Edgar había afirmado que se había bajado con este en la mano, ¿dónde podía estar? En el interior, imposible, dado que había sido examinado con minuciosidad. Dejó atrás la caseta para centrarse en el bosque. Con el poco sol sobre sus hombros, estuvo media hora dando vueltas en círculo alrededor del viejo molino, buscando, como se suele decir, hasta debajo de las piedras. En todas las que levantó, encontró un hueco vacío. Retornó al interior de la caseta: Carla pensaba mejor si

estaba en el lugar de los hechos. Se quedó contemplando la esquina de Lara. Se la imaginaba sola, aterrada, sin ninguna lágrima más que derramar y chillando a pleno pulmón hasta quedar afónica sin que ningún oído amigo escuchase la agonía de una chica de diecinueve años. Sin embargo, para Lara (a quien la vida le había dado una fuerte bofetada en la cara), sus oídos sí podían escuchar la débil voz de los senderistas, el débil susurro de su habla, de su risa, e incluso podía sentir su aliento en su nuca. Nadie sintió nada de eso acerca de ella.

Acto seguido, la inspectora hizo lo que no había hecho junto al forense y al antropólogo: rebuscar en el interior de las cajas. No le fue para nada agradable meter la mano, puesto que tenía conocimiento de que el interior estaría lleno de insectos, y para nada quería volver a pasar por semejante situación. Para no tener que recordarlo ni introducir la mano, decidió volcar las cajas en el suelo. Las primeras, aparte de tener insectos (que, al verlos, le provocaron un repelús en su espina dorsal), contenían piezas de recambio para el molino, sobre todo, engranajes y tornillos. Dela última que volcó (la que estaba junto a Lara), cayeron dos piezas más y un objeto, que hizo un ruido distinto al chocar contra el suelo. Carla lo observó: el acero inoxidable la deslumbró al momento. Se trataba de un cuchillo con el que trinchar el asado en Navidad. De la marca Arcos. Poseía una hoja de diecinueve centímetros y un filo con el que se podía cortar una hoja de papel al vuelo. Un cuchillo de diecinueve centímetros, para un bolso de veinte. Lo guardó en la bolsa de pruebas; miró el reloj y, viendo la hora que era, se marchó a comer.

Capítulo 9

Miércoles 18 de agosto de 2015

Carla y su compañero condujeron al hospital de Navacerrada las cinco de una tarde que se mantenía nublada. La doctora Palomo aguardaba a la entrada del hospital. Carla le telefoneó antes de salir de casa por si había que hacer una evaluación psiquiátrica, puesto que no había nadie mejor para hacerlo que su propia psiquiatra. Subieron a la tercera planta y caminaron por el pasillo hasta la mesa de recepción. Preguntaron a la enfermera, una mujer de treinta años, con pelo moreno y con los ojos puestos en unos informes, por el doctor que trataba a Lara.

—Está reunido; voy a buscarlo.

—Muchas gracias —expresó Carla.

Luego de cinco minutos de espera, contemplando el vaivén de enfermos que esperaban su cura, la enfermera regresó con el doctor.

—Buenos días, soy el doctor Rubén Arias Belchín, jefe de planta.

—Inspectora Carla Ruiz; mi compañero, el subinspector Federico Celada, y la psiquiatra de Lara, la doctora Elena Palomo. ¿Cómo se encuentra Lara?

—Ahora la tengo sedada.

—¿Podría darnos en el diagnóstico?

—Esta mañana, a las ocho, vino el doctor Narciso Vila, médico forense de guardia mandado por el juzgado. Él realizó la exploración. Pensaba que vendrían ustedes.

—Tuvimos asuntos que requirieron toda nuestra atención.

—No importa. Tenga. —Le entregó la carpeta—. Es un informe preliminar.

Carla lo abrió, y comenzó a hojearlo.

—¿Puede resumirlo, doctor, para la doctora y para mí? —le pidió Fede.

—La paciente presenta amnesia a causa de una conmoción debido a un traumatismo craneoencefálico severo. Cuando la trajeron, lo primero que hizo fue preguntar en qué día estábamos. Se hallaba con cierto grado de desnutrición, algo de hipotermia y ansiedad. Tiene el tobillo derecho roto y heridas cutáneas en pecho espalda, costado y piernas, hechas con seguridad por la flora de la sierra. Esas heridas cutáneas, llamadas vulgarmente «raspones», sumadas al traumatismo severo, indican que debió de haber tropezado, haber rodado por algún montículo, y haberse dado en la cabeza con una piedra, y luego quedó inconsciente un tiempo.

—¿Agresión sexual? —inquirió Fede mientras Carla continuaba leyendo.

—No presenta desgarro ni en las paredes vaginales, ni en las anales. Ha recogido muestras de la boca, la vagina y el ano. Tampoco presenta signos físicos que bien pudieran ser hematomas, mordeduras o cualquier signo de pelea. No tiene tejido cutáneo en las uñas. El forense mandó las muestras, la ropa interior, varios informes y varias fotografías al forense encargado de la instrucción.

—¿Y usted qué nos puede decir? —preguntó Carla cerrando la carpeta.

—Primero, le hicimos un examen toxicológico superficial y ha dado negativo, tanto en drogas como en alcohol. Después, un examen para buscar escopolamina, con resultado igualmente negativo.

—¿Cómo pudo sobrevivir?

—Analizamos la sangre, la orina y las heces. En esta última, hallamos larvas de gusano, tierra y vegetación. Debió de haberse alimentado a base de insectos, y bebido agua estancada. He realizado un lavado de estómago y suministrado antibióticos para deshacernos de esas larvas. El estar resguardada en ese lugar y tapada con una manta fueron factores clave para mantenerse con vida. Si llega a ser en invierno, en media hora estaría en fase de congelación. Ha tenido mucha suerte.

—¿No recuerda nada? —preguntó Fede.

—Solo recuerda haberse despertado en la cama.

—¿Podemos hablar con ella? —continuó Carla.

—Sufre amnesia; no creo que pueda ser de mucha ayuda.

—¿Va a durar mucho esa amnesia?

—Esa pregunta, inspectora, es difícil de contestar. Eso no lo podemos saber con exactitud.

—Doctor, necesitamos hablar con Lara; serán solo unas preguntas.

Permaneció pensativo.

—Inténtenlo, pero les doy diez minutos; si la alteran, se acaba la conversación.

—Intentaremos que no se altere.

—No, inspectora, no lo intente; directamente, haga que no se altere. Síganme.

Carla saludó a los compañeros de la benemérita que custodiaban la puerta. Entraron y observaron a Lara. Mantenía sus ojos azules cerrados, con cables que recorrían cada centímetro de su débil cuerpo, una escayola en su pie derecho, bajo la mirada mezclada entre alegría y tristeza de sus padres. Carla se dirigió a ellos.

—Gracias por haber encontrado a nuestra hija—expresó Miguel Rodríguez.

—No las tiene quedar: es nuestro trabajo.

Belén Martínez se abalanzó sobre Carla y se fundió en un abrazo con ella.

—No sé cómo pagarles por todo lo que han hecho. Sin ustedes, mi hija no lo hubiera contado. Gracias, gracias.

—Lo importante es que Lara está bien.

—¿Qué le ha podido pasar?

—Intentaremos averiguarlo.

—Inspectora —interrumpió el doctor—, no se demore: el tiempo cuenta. Tiene diez minutos.

El doctor la despertó con movimientos ligeros. No quería que su paciente se alterase lo más mínimo. Lara abrió los ojos y, al hacerlo, volvió a contemplar a Carla de la misma manera que lo había hecho cuando la había rescatado de aquellas cuatro paredes.

—Hola, cariño —la saludó la madre—. ¿Cómo estás, princesa?

—Cansada. Me duele todo el cuerpo.

—Princesa —añadió el padre—, ¿te acuerdas de ella? —le preguntó en referencia a Carla.

—No, ¿quién es?

—Es la policía que te encontró.

Intentó incorporarse.

—No, no te muevas —le ordenó el doctor—. Quiere hacerte unas preguntas; intenta recordar lo que puedas.

—Lara —intervino la inspectora—, ¿recuerdas algo de la noche del viernes?

—Recuerdo ir a Madrid, pero no recuerdo nada más.

—Haz memoria, por favor; cualquier cosa que nos digas puede ayudar. ¿Recuerdas porqué fuiste?

—No, de verdad.

—¿Tampoco recuerdas que llamaste a Fidel a las once de la noche del viernes?

—No.

—¿Te acuerdas de algo de la semana?

—De eso sí me acuerdo, menos lo del viernes.

—Entonces recordarás que, el lunes, Fidel te fue a buscar la salida del bar Carlones.

—Espera —intervino el padre—. ¿Estuviste en ese bar? Nos dijiste que ibas a dar una vuelta con una amiga, ¿con quién estuviste? Dinos.

—Sola, papá, te lo juro.

—De eso ya hablaremos.

—¿Cómo te hiciste el corte en la mano, Lara? —indagó Carla.

Esta se miró la palma.

—No lo recuerdo.

—¿No recuerdas haber estado con un chico el viernes? Subiste a su coche y lo trajiste al pueblo. A continuación os dirigisteis hasta cerca

del lugar de donde te encontramos. Un lugar que tú conoces, tu lugar favorito, dado que, en tu cámara de video, observamos la grabación que hiciste el jueves en la montaña. Ambos lugares son el mismo.

—¿Yo hice eso? —preguntó sorprendida.

La doctora agarró el brazo de Carla y le susurró al oído: «No es buen momento para esta clase de preguntas».

Carla tenía consciencia de que las preguntas conllevarían a una exaltación por parte de Lara. Ahora bien, si Carla quería llegar hasta el final del asunto, las preguntas las tenía que hacer, aunque fuesen demoledoras para Lara y su familia.

—Inspectora—intervino el padre—. ¿Está segura de qué era mi hija?

—Tenemos a una testigo que afirma haberla visto, y una grabación donde se la ve subir al coche de nuestro detenido Edgar Vargas, ¿Te suena ese nombre, Lara?

—Es la primera vez que lo oigo.

—Este alega que, una vez en el coche, sacaste un cuchillo del bolso y se lo pusiste en el cuello. Edgar consiguió que lo quitaras de su garganta. Después, te rajaste la mano, te bajaste del coche, y te adentraste en el bosque.

—¡Eso es imposible! Papá, dile que eso es mentira.

—Lara, no es mentira; los hechos no mienten.

—Inspectora, ¿intenta acusar a mi hija de algo? Le recuerdo que ella es la víctima.

—Perdón, señor Rodríguez, no era mi intención. Solo queremos ayudar.

—Pues no lo parece.

—Y, de Silvia, ¿te acuerdas de ella?

—No conozco a ninguna Silvia.

—He leído tu diario. Hablas acerca de ella y que hiciste una cosa que la puso contenta. ¿Qué hiciste, Lara?

—No sé, no lo recuerdo.

—Sí, sí, lo sabes. ¿Quién es? Empezó a alterarse. Los pitidos de la máquina que controlaban su corazón anunciaron que su ritmo cardíaco se estaba elevando—.¿Qué hiciste, Lara? ¿¡Quién es Silvia!?

—¡Mamá, dile que me deje en paz!

—Inspectora Ruiz —intervino el doctor—, vayamos fuera.

Carla y Fede salieron al pasillo. La doctora Palomo se quedó en la habitación.

—¿Usted qué no entiende de las palabras: «No la alteren»?

—Lo siento, doctor pero, aparte de la situación de Lara, hallamos restos humanos a cinco kilómetros de donde la encontré. Unos restos que no corrieron la misma suerte que ella. Si no le importa, déjenos hacer nuestro trabajo. Es duro para ella y para sus padres, pero

necesitamos averiguar qué le ocurrió, y quién es Silvia.

—No es momento de atosigarla a preguntas.

—¿Y cuándo recuperará la memoria? El tiempo corre en nuestra contra; si hay un agresor suelto, puede estar buscando a su siguiente víctima.

—Mire, como ya mencioné, es difícil saber cuándo recuperará la memoria. Ahora necesita a su familia, y mucho descanso. Deberían centrarse en esos restos. Si recupera la memoria, les avisaré.

—Gracias, doctor.

Capítulo 10

Carla era consciente de que Lara Rodríguez ocultaba algo, pero no tenía conocimiento de qué podía ser. Se acordaba de lo que había hecho en la semana y, por ende, de meses atrás también. Ahora bien, cuando se le preguntó por Silvia, aparte de no recordarla (cuestión que a Carla le chirriaba puesto que, si recordaba meses anteriores, a ella también tenía que recordarla), se puso nerviosa al escuchar ese nombre. ¿Qué ocultaba Lara? ¿Estaba protegiendo a Silvia? De la misma manera, era imposible que no se acordara, ya que, meses atrás, había escrito sobre ella en su diario. Y, además, estaban los restos encontrados.

En vista de que no sacarían nada en claro de una amnésica Lara, procedieron a ir al Instituto de Antropología Forense, situado en la Ciudad Universitaria. Lo primero que hicieron de vuelta a Madrid fue ir a un bar de la calle Isaac Peral. Los dos llevaban desde las seis de la mañana con un par de tazas de café en su estómago. Carla llevaba un poco más, dado que, antes de salir de su casa, se comió un yogur natural sin azúcar.

Serían algo más de las siete de una tarde en la que ya había salido el sol cuando se plantaron en la puerta. Mostraron las credenciales a la secretaria, quien los llevó al laboratorio. Detrás de aquella puerta, se encontraban el antropólogo y el médico forense que habían recuperado los restos. Estuvieron trabajando a destajo, sin descanso, con sendas paradas de cinco minutos para relajar el cerebro y este no les estallase como un globo al hincharse demasiado.

El antropólogo continuaba examinando los restos. Los había colocado encima de una mesa larga y bajo la luz de una lámpara. Por otro lado, el médico forense trabajaba en el ordenador, con una mano en el ratón y sujetando con la otra un tentempié de pollo sacado de la máquina de la segunda planta.

—Buenas tardes, señores —saludaron Carla y Fede.

—Buenas tardes, inspectora, subinspector —respondió el forense.

El antropólogo no saludó; su mente trabajaba en el peroné de la pierna derecha.

—¿Recibiste el informe que mandó el forense de guardia sobre Lara Rodríguez?—se informó Carla.

—Esta mañana, a las diez.

—¿Y el cuchillo que le di a un técnico? ¿Lo habéis analizado?

—Tranquila, para el carro… qué impaciencia… todo a su debido tiempo. ¿Es así siempre? —cuestionó a Fede con relación a Carla.

—Lo suele ser; a veces, es peor.

—Bueno, va, contadnos, ¿qué tenéis para nosotros?

—Observad —pidió el antropólogo. La inspectora y su compañero caminaron hasta él—. Como podéis comprobar, el cuerpo se halla carbonizado sin llegar a la fase de carbonización cadavérica, puesto que no hay estallido craneal. Hice varias radiografías laterales del cráneo y del maxilar superior. He calculado el peso y la talla; diría que es una mujer caucásica, de entre diecinueve y veinte años, de un metro sesenta y cinco, y sesenta kilos. Los niveles de *carboxihemoglobina* revelan bajos niveles, entre un tres y un treinta por ciento. Eso significa que el agresor la prendió fuego en campo abierto.

—¿Murió por ser quemada viva? —inquirió Carla.

—No —continuó el forense—.Tampoco la quemó estando aún con vida. No hay existencia de quemaduras, hollín y material de combustión en epiglotis, laringe, tráquea y bronquios. Son niveles altos. Encontré barro en su estómago y pulmones; o estaba lloviendo, o había llovido. Me decanto por el hecho de que estaba lloviendo; por eso no llegó a carbonizarse del todo. Analicé los órganos internos. Presenta herida lineal monocortante por arma blanca en la parte superior del costado derecho con una profundidad de doce centímetros, que atravesó el hígado y le provocó una hemorragia con infiltración en los tejidos, una herida que le causó la muerte en poco menos de tres minutos. Por la posición de la herida, la víctima estaba sentada y el agresor se inclinó para apuñalarla. Ahora vamos con el cuchillo. Examinamos el mango y la hoja. En el mango, solo presenta huellas de Lara Rodríguez; en la punta de la hoja, hemos hallado un resquicio de sangre. La analizamos y no coincide con el cuerpo encontrado.

—Debe de ser de nuestro detenido. Lara le puso el cuchillo en la garganta. Lo más seguro es que ejerció un poco de presión, con la consecuencia de que lo llevó a expulsar un poco de sangre.

—La llamada «herida intimidatoria»… eso lo explicaría.

—Lo que queremos saber es si el arma atravesó el cuerpo de esta chica.

—Esa pregunta es bastante compleja. No puedo afirmar con certeza que sea el arma del crimen, puesto que no hay sangre de la víctima, tejido o algún fragmento del arma por fractura de la punta en el fondo de la herida. Si lo hubiera, la identificación del arma sería más sencilla. Ahora bien, basándome en el examen, comparando la herida con la hoja de arma y haciendo un cálculo aplicando el método geométrico en el que tuve en cuenta el ángulo de penetración de la hoja, la anchura, la longitud del corte (al igual que el filo), puedo decir que hay un noventa y nueve por ciento de que el cuchillo sea el arma homicida.

—¿Y del agresor qué me puedes decir?

—Termino de exponer el informe y, con ello, te podré hacer una hipótesis.

—Me parece bien.

—Prosigamos.—Se dirigió a una bandeja, cogió el cráneo y retornó —. Observa: presenta dos traumatismos craneoencefálicos. El primer golpe se evidencia en la zona del parietal, en la sutura escamosa, una zona entre el hueso parietal y el temporal. Indica que la víctima fue golpeada de lado, un golpe que la dejó aturdida. El segundo golpe (o golpes, mejor dicho, puesto que la zona está destrozada) fue realizado en la sutura sagital, la parte trasera, una vez muerta.

—El agresor…

—Voy a ello; analizando los ángulos de la herida por arma blanca, la fuerza del impacto en esta y en el cráneo, diría que es una persona de un metro sesenta, cincuenta kilos y diestra.

—¿Y el arma con que golpeó el cráneo?

—A juzgar por el dibujo irregular formado en el cráneo, lo más seguro es que fue una piedra.

—¿Tenéis más?

El forense afirmó con la cabeza.

—Hay varios huesos rotos de los brazos y de las piernas, una fractura en la mandíbula y una cicatriz interna de una extirpación de ovarios.

—¿El agresor le pegó una paliza? —quiso saber Fede.

—No, los huesos están soldados y la cicatriz es *antemortem*. Debió de haber sido una mujer maltratada.

—Tan joven y ya maltratada… ¿Puedes decirnos cuándo pudo ser el maltrato?

—A juzgar por la cicatriz y por la soldadura de los huesos, diría que entre enero y febrero de este año. Sufrió una fuerte agresión.

—¿Sufrió agresión sexual?

—No.

—¿Y las muestras qué recogiste?

—¿Te refieres a las que estaban en la cuadrícula de la pared, donde estaba el dibujo satánico?

—Esas.

—Resultó ser de sangre y piel de cordero; el tejido de la ropa pertenece a un hábito, un tejido de mala calidad, seguro que comprado en una tienda de disfraces. Será de algunos chavales que han estado invocando al maligno… demasiada televisión. Es irrelevante para el caso.

—¿Irrelevante?

—Sí, que carece de interés respecto de nuevos acontecimientos.

—Sé lo que es irrelevante, gracias. Pero el tejido, ¿por qué estaba ahí?

—Pues porque se asustarían, echarían a correr y a uno de ellos se le rajó. Tal vez llegaron a invocarlo—expresó con sorna.

—¿Y por qué puedes estar tan seguro de que no pertenece al caso?

—Como viste por ti misma, no había actividad de terceras personas en la cuadrícula de Lara. Entró sola, y estuvo sola hasta el rescate.

—¿Seguro? —Carla dudó.

—Subinspector, ¿su compañera suele cuestionar todo?

—No se fía ni de su nombre —contestó Fede con media sonrisa.

—Inspectora, no vea fantasmas donde no los hay.

—De acuerdo. Necesitaría una hora y fecha de la muerte del cuerpo encontrado.

—Calculando la necrosis y las larvas necrófagas, diría que en mayo de este año. ¿Tú qué opinas?—preguntó el forense al antropólogo.

—Estoy de acuerdo.

Carla observó los restos. Comenzó a reflexionar.

—Interesante. Lo malo es que no habéis podido identificar a la víctima.

—Debido a su estado, sin una ficha dental con la que poder comparar, imposible de esclarecer.

—Pero, si no sabemos quién es, no podemos conseguir nada.

—Exacto, inspectora.

—A ver, pensemos. Tenemos varios datos recabados, una chica de entre diecinueve y veinte años, caucásica, que fue fuertemente agredida entre enero y febrero. Supongo que tuvo que visitar el hospital cuando la agredieron.

—Seguramente —contestó Fede.

—Habrá que empezar por ese hilo.

A las ochoy media pasadas, estando en la calle, Carla telefoneó a Laura, una de las agentes que hacían equipo con la inspectora y el subinspector cuando estos necesitaban más ojos con los que observar, para pedirle que buscase a los demás compañeros y se reunieran con ellos en la sala para una sesión informativa. Laura estaba preparada para marcharse cuando recibió la llamada. Su turno había acabado; no obstante, acató la orden de la inspectora y localizó a todos los agentes que pudo. En la sala, tan solo había cinco compañeros, incluyendo a Laura; si bien era poca gente, diez ojos buscarían mejor que cuatro. Tan pronto como estaban todos sentados y atendiendo, sin dilación, Carla explicó lo que debían hacer: conseguir los listados de los hospitales donde figuraban las mujeres que habían sufrido violencia de género entre enero y febrero y, con ello, averiguar quién era la víctima que yacía en la mesa del forense. No pudo hacerlo al instante dado que, de la misma manera que Carla y Fede se encontraban cansados, ellos también lo estaban. Además, Carla prefería que esa

noche descansaran bien y que regresaran al día siguiente a las siete de la mañana con la energía recargada.

Terminada la visita, Fede dejó en el portal a Carla cinco minutos antes de que el reloj marcara la diez, y tomó la autovía de este para regresar a su casa en Vallecas. Se despidió de él con la mano, tomó las llaves del interior del bolso e introdujo la del portal en la cerradura; sin embargo, no la giró. No le apetecía subir a una casa vacía. No le importaba estar a veces sola; esa soledad era un tiempo que dedicaba a pensar en ella y meditar hacia dónde iba su futuro. De todos modos, ese momento, esa incertidumbre de girar la llave o no, no era bueno para esa soledad. Observó en derredor la calle: la terraza de la esquina aún estaba abierta, con una mesa que llevaba su nombre. Estar en la terraza, tomar algo para quitar el estrés y escuchar el ajetreo de personas le vendría bien. Extrajo la llave, guardó el manojo en el bolso y anduvo los quinientos metros que separaba su nido vacío de la terraza. El camarero, un hombre de cincuenta años, quien conocía a Carla pero que no la veía desde quizás una o dos semanas atrás, la saludó.

—¡Carlita! ¿Qué tal, cómo estás?

—Bien, Adri, ¿me puedo sentar? —preguntó señalando la mesa libre.

—Por supuesto…para ti siempre hay sitio; dame dos minutos y te atiendo.

—No tengo prisa.

Dejó el bolso encima de la mesa, retiró la silla y se sentó, dejando caer su cuerpo y pegando un suspiro de alivio, sobre todo debido a los riñones que la estaban crucificando. Durante la espera, sacó el móvil para ver los mensajes y los correros electrónicos, puesto que llevaba el día entero sin mirarlo. De correos electrónicos, su bandeja estaba a rebasar, sobre todo de propaganda de publicidad. Tenía varios wasap, entre estos, uno de su padre, que preguntaba cómo estaba su pequeña, y le recordaba que el próximo domingo había comida familiar en casa de su abuela. «Qué pereza», se dijo Carla. La pereza no era debido a la comida en sí, sino por tener que aguantar a sus primos y primas hablando de lo bien que les iba en el trabajo, en la pareja y con los niños que, según la inspectora, debían de haberse criado en la jungla. De la misma manera, la pereza se adueñó más de ella al recordar que se encontraría con Vanesa, la mujer de su primo Jesús, y sabía que, nada más se vieran, la tensión se podría cortar con un cuchillo. Carla la definía como una sabelotodo que, en realidad, no sabía nada. Carla era todo lo contrario. Si no sabía de algún tema, se callaba, acercaba el oído para escuchar, y aprendía. Tenía constancia de que se iba a pasar la velada, escuchando de su trabajo en una importante inmobiliaria de lujo en La Moraleja, presumiendo que se codeaba con

la flor y nata de la sociedad, con los mandamases que miran al trabajador por encima del hombro, como la prima política miraba a Carla y a toda la familia. Debido a eso, los choques entre esas dos «titanes» eran la primera hora de la velada. A Carla le importaba lo más mínimo con quién se codeaba aquella mujer. Y sin olvidar a la anfitriona de la casa que, cada vez que su nieta ponía un pie en el suelo, le preguntaba cuándo se iba a echar un novio, que se le iba a pasar el arroz. Carla, con una sonrisa en su rostro, siempre contestaba lo mismo: «Abuela, el arroz ya está *pegao*».

El camarero regresó para atenderla.

—Ya estoy contigo —mencionó limpiando la mesa con una bayeta —. ¿Qué tal todo?

—Bien, hoy cansada.

—Para eso tengo un vinito que va que ni *pintaó*.

—Me has leído el pensamiento. Pónmelo.

—¿Quieres cenar alguna cosa?

—¿Tienes pescado?

—Tengo emperador con patatas o con ensalada.

—Tráeme uno con ensalada.

—Marchando.

Continuó centrada en los mensajes. El siguiente que leyó la hizo esbozar una sonrisa que iluminaba su cansado rostro. Era el de Leire, su compañera de piso. No era texto: se trataba de una imagen, en la cual se veía a su compañera sentada en la terraza de la playa, sosteniendo un cóctel y con el hermoso atardecer de las islas Maldivas de fondo. Debajo la frase: «Ojalá estuvieras aquí, perra. Vuelvo en diez días. Te quiero». «Yo también a ti», contestó poniendo emoticonos de caritas sonrientes. A Carla le encantaba su trabajo; no obstante, en ocasiones, preferiría mandarlo todo a la mierda y estar tirada en una playa de cualquier isla del océano Índico, sin hacer nada, sin escuchar a nadie, lejos de todo y de todos, sin nadie que le dijera lo que tenía que hacer, sin ninguna prima política que le estuviera calentando la cabeza; solo ella, lo rojizo de la puesta de sol, ondeando la brisa su cabello rubio, escuchando el sonido de las olas al romper en la orilla mientras cerraba los ojos y se dejaba llevar. De igual forma, se imaginaba caminando por un mercado de Buenos Aires. Leire era la única que se asemejaba a ella. Todas las amigas de la inspectora estaban casadas y con niños. En el ritual de la ginebra con tónica de los viernes noche (ritual al que Carla llevaba un mes sin asistir), la conversación, al igual que con la familia, se centraba en los maridos o en los niños. O en ambas a la vez. Con Leire, la vida era distinta. Con ella podía hablar con sinceridad de lo que sentía, de si había tenido un día bueno o malo en el trabajo, sin que fuera interrumpida por nadie que hablara de la hazañas de su hijo por haber utilizado el baño él

solo. Compartían aficiones. Los martes tocaba Pilates en la junta municipal de Rivas y los miércoles, boxeo en el gimnasio de José, un hombre al que los constantes golpes en la cabeza dentro del cuadrilátero lo habían hecho colgar los guantes demasiado pronto. Los domingos lluviosos, no podía falta una sesión de palomitas y películas de terror. Leire era la hermana que siempre había querido tener y no tenía.

El camarero retornó con la copa de vino y con el emperador con ensalada. Cenó tranquila, observando a la gente pasear, a los niños que ya regresaban con sus padres a casa después de haber estado jugando en el parque, y sin poder sacar de su mente de quién eran los restos encontrados. Lo que sabía con certeza era que la mano ejecutora había sido la de Lara Rodríguez. Pidió la cuenta y se marchó a casa. Como de costumbre, fue a jugar unos minutos con Nala, pero esta no se encontraba por la labor. Cuando la veía apoyada en el poyete de la ventana (con rejas puestas en especial para ella), ello era sinónimo de que la dejasen en paz, de que era su momento gatuno de tranquilidad y de que, si acercabas la mano, había una alta probabilidad de llevarte un zarpazo. Si quería que le hicieran caricias en la tripa, ya iría ella. Su cansancio la llevó a darse una ducha y meterse en la cama.

Capítulo11

A las diez de la mañana, el equipo de la inspectora tenía en su poder varios listados proporcionados por diversos hospitales. Con la ayuda del subinspector, buscaron algún nombre relacionado, un nombre que les pudiera sonar. En caso de no ser así, sus ojos tendrían que ir verificando nombre por nombre, y eso les llevaría un par de días o incluso una semana. Aquella mañana de la última semana de agosto, cuando la gente estaba regresando de sus vacaciones, hallaron lo que con tanta ansia buscaban. El subinspector Federico Celada encontró un nombre en el listado del hospital Doce de Octubre. El nombre: Marina Heredia. Edad: veinte años.

—Esta es la chica que agredió a Lara Rodríguez—mencionó Fede.

—Sí, lo es —añadió Carla.

—¿Crees qué los restos son de Marina?

—No lo sé, pero tiene todas las papeletas.

—Y, si es ella, ¿piensas qué lo hizo Lara?

—Seguro que el cuchillo que llevaba es el que atravesó a Marina; un móvil tiene. ¿Qué fecha pone en la denuncia del hospital?

—Veintidós de febrero, a las diez de la mañana.

—¿Quién la llevó al hospital?

—Déjame que lo compruebe. —Buscó en la denuncia—. Aquí está. La llevaron dos agentes: Cristina Gutiérrez y Efrén Chaparro, de la comisaría de Villaverde.

—Habla con los compañeros; diles que vamos a hacerles una visita.

—Enseguida.

—Yo llamaré al hospital para que nos manden radiografías y todos los análisis que tengan de ella, para remitírselos al forense.

Luego de que Carla llamó al hospital, antes de que el sol se encontrase en su punto más álgido, condujeron desde la brigada provincial hasta la comisaría de Villaverde, situada en una calle llamada «Gigantes y Cabezudos». Aparcaron el coche en el lugar reservado para miembros del cuerpo. Mostraron la credencial al agente que custodiaba la entrada y, a continuación, se la colgaron al cuello. Avanzaron hasta el mostrador y preguntaron al agente por los compañeros.

—Un segundo, que aviso al jefe de equipo.

Caminó hasta ellos un señor de unos cincuenta años, con el pelo en escarola, bigote y apariencia de no haberse movido de la comisaría en años.

—Buenos días, ustedes serán la inspectora Ruiz y el subinspector Celada.

—Los mismos.
—Inspector jefe Jesús Villén.
—Mucho gusto, inspector—saludó Carla.
—Tengo constancia de que quieren hablar con los compañeros. Están esperando; por aquí, por favor.
—Gracias.
Lo siguieron por el pasillo hasta una puerta anterior a la del vestuario. Era una habitación pequeña, una sala donde los agentes podían hacer un parón cuando el crimen de Madrid les daba manga ancha, situación que ocurría muy pocas veces, y más en los barrios del sur. El inspector jefe llamó un par de veces con los nudillos. La agente Cristina Gutiérrez abrió.
—Agente —llamó el inspector jefe—. Le presento a la inspectora Ruiz, de la brigada provincial. El que está ahí sentado es el agente Efrén Chaparro.
—Buenos días, inspectora —añadieron los dos agentes.
—Agentes, la compañera quiere hablar con vosotros.
—¿De qué se trata? —preguntó la agente Gutiérrez.
—Es sobre una intervención que realizasteis el día veintidós de febrero. Llevasteis, al Hospital Doce de Octubre, a una chica de veintitrés años con fuertes lesiones. ¿Lo recordáis?
—Sí, recuerdo esa intervención —mencionó el agente Chaparro—. Los vecinos nos alertaron de que se estaba produciendo una disputa de pareja. Subimos a casa del sospechoso. Este nos abrió con la cadena puesta. Se puso chulo, y no quiso dejarnos entrar. Cristina observó a través de la puerta lo poco que pudo, y contempló a la víctima tendida en el suelo. Cuando el novio se dio cuenta de que Cristina había visto a su pareja en el suelo, nos cerró la puerta de golpe. Avisamos a los bomberos, que echaron la puerta abajo. Procedimos a la detención de su pareja y trasladamos a la víctima al hospital.
—¿Recordáis el nombre de su pareja?
—¿Que si lo recordamos? Se llama «Raúl»; lo llaman «El Loco» un taleguero de treinta años conocido en el barrio; lo hemos detenido en cientos de ocasiones.
—¿Debido a…?
—Puff, de todo: robo de coches, venta de droga, trata de blancas…
—¿Y no se pudre en la cárcel? —cuestionó el subinspector.
—Ya sabe cómo son las leyes —añadió el inspector jefe—. Por otro lado, la joyita tiene pasta. Vive en un cuchitril, pero el abogado que tiene es uno de los más caros y buenos de Madrid. Seguro que le suena: es el que tiene un bigote como Dalí y sale en la tele. Lo llaman «El abogado de los delincuentes».
—El Loco… interesante… —añadió Carla—. ¿Es peligroso?
—Últimamente está más calmado —mencionó el agente Chaparro.

—¿Por qué ese apelativo?

—Qué más da… —cuestionó Fede.

—Me gusta informarme de las cosas.

—Para responder a esa pregunta —continuó el agente Chaparro—, le diré que, hace un año, lo íbamos persiguiendo por la avenida de Andalucía, pasando la colonia Marconi. El Pájaro conducía una moto de gran cilindrada a toda velocidad. Se le fue la moto; chocó contra la media y salió, literalmente, volando. El casco se partió por la mitad, y en la cabeza se le hizo una raja que la dividía en dos, dejando el cerebro a la vista. Pues el tipo se levantó y comenzó a huir a pie entre las calles, sujetándose la cabeza.

Carla no esperaba esa respuesta.

—¿Dónde fue la intervención? —indagó Fede.

—En un lugar que llaman «Las Casitas».

—Necesitaremos la dirección exacta.

—Si el inspector jefe nos da permiso, os podemos acompañar.

—Por mí no hay inconveniente—añadió este—. Pero tened cuidado: la gente de uniforme no caemos bien.

—Se agradece—continuó Carla—.¿Quién es vuestro comisario?

—Comisaria: Otero, Virginia Otero.

—¿Está en Comisaría? Me gustaría saludarla.

—Se marchó a ver a un viejo amigo; era su compañero cuando esta era aún novata. No tengo ni idea de cuándo volverá.

—En otra ocasión. Agentes, cuando quieran.

Capítulo 12

Carla conocía poco aquel barrio del sur de Madrid. Sabía que era un barrio conflictivo en el cual, si querías sobrevivir, tendrías que usar más la reglamentaria que el cerebro. Para Carla, era al revés; estaba más acostumbrada a utilizar el cerebro que la reglamentaria.

En Villaverde, el crimen lo erradicaban los propios vecinos. Si había disputa, entre ellos lo arreglaban; si había muertos, ellos se encargarían de darles cristiana sepultura en cualquier descampado; si había que incinerar, lo harían en el maletero de un coche. La ley la marcaban los vecinos; si pisabas el barrio y no cumplías sus leyes, debías atenerte a las consecuencias, y estas se pagaban caras, muy caras. Los agentes los llevaron hasta un bloque de pisos de color rojizo, al lado de un culto gitano que, en la época de los noventa, era un bar conocido donde hacían más caja con los secuestros, asesinatos y el tráfico de drogas que con las cervezas que vendían. Aquel punto caliente era liderado por un señor de ochenta años, vestido de negro, con cara de pocos amigos y cuya herramienta para ejercer el puño de hierro en el barrio constaba de un sombrero y de un bastón. No articulaba palabra alguna; no lo necesitaba, puesto que era el bastón el que hablaba por él. Un golpe en el suelo significaba sí, y dos, no. Estacionaron el coche en la acera, sobre una explanada que ejercía de parquin exclusivo para el culto. Carla descendió del coche y, al pisar la acera, percibió, a través de su bota, las vibraciones de la música calé que salía del culto: una música que rajaba ventanas y que ponía a bailar a unos niños y niñas al ritmo de la guitarra española.

Con la mirada de aquella gente calé que iba siguiendo sus pasos, entraron al portal, un portal que, la mayoría de las veces, se encontraba abierto; así, las personas que iban a surtirse de droga podían entrar sin estar siempre llamando. En un descansillo rodeado de bolsas de basura, tumbado en el quinto peldaño, contemplaron a un hombre, cuya suciedad ocultaba unos rasgos que debían de otorgarle una edad de treinta años. Su vestimenta constaba de unos vaqueros rotos a altura de la rodilla, y con los bajos manchados. Solo Dios y ese hombre sabían la procedencia de aquellas manchas marrones y blancas que aquellos tenían. Carla lo contempló. Acercó su mirada al brazo derecho; la camisa la tenía remangada y con una aguja clavada en una vena,por la cual ya no corría sangre, sino heroína. El hombre se había *metido* un viaje mejor que los de cualquier piloto de Iberia. Sin molestarlo en su placentero viaje, subieron al tercer piso. Antes de llamar a la puerta, la agente Cristina Gutiérrez y el agente Efrén Chaparro ya mantenían sus manos en la

funda de la pistola. Los dos agentes sabían de buena mano que era la única manera de sobrevivir si no querían acabar en el descampado. Y ninguno quería acabar bajo tierra.

Cristina Gutiérrez aporreó la puerta.

—¡Raúl! ¡Abra! ¡Policía!

Se escucharon unos pasos desganados ir hasta la puerta. El novio abrió. Al hacerlo, el agente Chaparro dio una patada a la puerta; hizo dar al novio en la nariz, arrojando su cuerpo hacia atrás. Entre los gritos de dolor de la pareja de Marina Heredia, ambos agentes accedieron, apuntando con la reglamentaria a dos chicos que se encontraban sentados, jugando a la consola y consumiendo cientos de gramos de marihuana y unas posturas de hachís que estaban encima de una mesa redonda. Los chicos, al sentir el frío cañón sobre la piel de la frente, levantaron las manos sin oponer resistencia. Carla y Fede quedaron perplejos ante tal escena. Era algo que no solían ver todos los días.

—¡Hijo de perra! Tengo la nariz sangrando —mencionó Raúl tocándose la nariz.

—Peores cosas habrán hecho que sangren más—replicó la agente Gutiérrez.

—¿Qué quieren? Yo no hecho nada; no vengan a molestar.

—¿Podemos pasar? —preguntó Carla con ironía.

—Pasen, ya están dentro.

—Esta compañera quiere hablarte acerca de tu novia, Marina —prosiguió el agente chaparro.

—¿Y si no quiero contestar?

—No lo pongas más difícil, Raúl; si contestas a las preguntas de mi compañera, la próxima vez que te vea liándola, puedo ser bueno contigo.

—Esa furcia ya no es mi novia.

—Esa furcia, como tú la llamas, está muerta —indicó Carla.

—Siéntense si quieren. Vosotros, haced hueco
—ordenó a los dos chicos.

Estos se apartaron para que Carla y Fede se pudieran sentar. Sin embargo, no lo hicieron: prefirieron mantener las distancias con el tipo al que llamaban «El Loco».

—¿Por qué ya no es tu novia?

—Se fue de casa.

—¿Cuándo?

—A finales de marzo.

—Después de que le diste la paliza.

—¿A qué cojones han venido? —inquirió frunciendo el ceño, para luego llevarse un cigarro a la boca.

—¡Eh! Esa boca… respeta —alegó el subinspector.

—Cuéntanos porqué la agrediste —continuó Carla.

—Me pilló en un mal momento; yo no soy así. Ese día discutimos, y se me fue la mano. Me pasé con la bebida y con la cocaína. No hay día que no me arrepienta.

—Pero, ¿por qué fue la discusión?

—No me acuerdo; venía muy puesto.

—¿Te dijo adónde había ido o con quién?

—No, recogió sus cosas y se marchó.

—¿No volviste a saber de ella?

—Desapareció; ni me contestaba los mensajes, ni las llamadas.

—¿Tenía trabajo? —investigó Fede.

—Sí, llevaba desde diciembre trabajando.

—¿En dónde?

—En la tienda Mango. En el centro comercial Príncipe Pío.

—¿Desde cuándo llevabais juntos?

—Desde enero.

—¿Cuándo se vino contigo? —inquirió Carla

—A la semana de habernos conocido.

—¿Y os conocisteis en…?

—En una fiesta en la noche de Reyes, en un garito de Usera, el Olvido 15.

—¡Toma ya! Vaya regalito le diste por Reyes —apreció Fede—. ¿En una semana ya vivíais juntos?

—¿Qué quiere que le diga? Soy un imán para las pibitas —dijo soltando una carcajada.

Los chicos que estaban sentados hicieron lo mismo.

—¡Eh! Vosotros dos, menos risitas. ¿Qué creéis qué esto es un juego? No nos toquéis los huevos que acabareis mal —añadió el agente Efrén Chaparro.

—¿Sabes lo que pienso? —continuó Carla—. Que le diste la paliza porque quería dejar el estilo de vida que tú llevas. Sabemos que tienes antecedentes por temas de prostitución y de trata de blancas.

—Eso es solo un negocio que se me fue de las manos.

—Ya, como la paliza a Marina.

—Se equivoca; yo la quería.

—La querías, pero le pegas una paliza… —argumentó Fede.

—¿Cómo ha muerto?

—Eso no es de tu incumbencia —aclaró Carla—. Aunque creo que eso ya lo sabes.

—Lo sabía… ¿Vienen a por mí solo porque un día se me fue la mano? Es lo primero que ha hecho nada más verme: señalarme y pensar que fui yo.

—Le diste una buena paliza; quizás querías terminar lo que empezaste.

—Mira, madera…

—¡Eh! ¿Qué hemos dicho del respeto? —mencionó el agente Chaparro.

—Desde que me dejó, estoy yendo a terapia de grupo, a Alcohólicos Anónimos y a una psicóloga. Voy tres veces por semana. Ya no bebo como antes; estoy intentando dejar la coca.

—Eso espero, que…

Se escucharon unos disparos. «Baja hijo de puta, ¡te voy a matar!». La agente Cristina Gutiérrez se asomó por la ventana de salón que daba a la calle. Observó a dos familias calé envueltas en una trifulca, con los cubos de basura puestos en forma de barricada. Una reprendía a la otra porque su hijo había mantenido relaciones sexuales con su hija y se tenían que casar, le gustase o no. Aparte de los gritos e insultos, el padre, con una escopeta de caza en la mano, le recriminaba que había deshonrado a su hija.

—Tenemos que irnos —indicó la agente.

—Espero no tener que volver a pisar tu casa—deseó Carla.

—Descuide: yo tampoco quiero que la pise.

En la calle, las cosas se mantenían caldeadas. En el descenso por las escaleras, tuvieron que avisar por radio para pedir refuerzos y poder aplacar a la marabunta de familiares que se estaban aglomerando. Hasta llegar los refuerzos, fueron los cuatro quienes tuvieron que apaciguar a la masas. Carla no pensó que, al haberse levantado aquella mañana, tendría que sacar el arma y disparar al aire.

Capítulo 13

A la vez que Lara Rodríguez se curaba de sus heridas y secuelas, y asistía al psiquiatra, Marina Heredia había querido dar un giro de ciento ochenta grados a su malograda vida. Al margen de que tenía trabajo, aquella paliza de su exnovio la hizo sacar fuerzas y dar ese giro que su cuerpo y su mente necesitaban. ¿Se arrepentía de haber hecho daño a Lara? Según la religión dhármica, le llegó esa energía llamada «karma», dado que una vez había sido ella quien había pegado una paliza y aquella energía salida de lo más profundo y oscuro del cosmos se lo había devuelto de la peor manera posible, con la muerte a la edad de veinte años.

Continuando con la investigación y dejando atrás Villaverde, fueron al trabajo de Marina, a ver si alguna compañera podía aportar información de dónde vivía, y si tenía pareja. Conversaron con la dependienta, una muchacha que respondía al nombre de «Marta», con el pelo bicolor, tatuajes en los brazos y un aro en la nariz. Esta les contó que, desde los primeros días de mayo, nadie sabía de ella. De la misma manera, la dependienta les informó que llevaba tiempo con un chico con el cual se había ido a vivir. Según la descripción que aportó, era un chico de veinticinco años, alto, moreno, con un cuerpo trabajado en el gimnasio y bastante educado. Por lo visto, aquel chico iba a menudo por la tienda y, nada más haberse visto, los dos se enamoraron a primera vista, como una película romántica de las que acaban con un final feliz, un final de película que no pudo ser para Marina. La dependienta les proporcionó la dirección y un nombre: «Alberto», con vivienda en la calle Mozart, detrás del centro comercial.

De vuelta al coche, Carla recibió una llamada al móvil de un miembro del equipo. Las sospechas se hicieron realidad; el antropólogo comparó el ADN de los restos mortales con los análisis mandados por él. No hubo ninguna duda: se trataba de Marina Heredia. El antropólogo lo pudo comparar extrayendo tejido de la cámara pulpar de un molar. Por otra parte, para cerciorarse, comparó los huesos soldados con las radiografías mandadas por el hospital.

La calle Mozart era una calle angosta, donde su negro asfalto dividía la calle en casas a un lado y, al otro, un gigante muro de hormigón amarillo, con estandartes rojos que exponían el nombre del centro comercial. Había escasa afluencia de tránsito por aquella vía de sentido único. Los coches que circulaban lo hacían para meterse al subterráneo. Estando en el portal, llamaron al telefonillo sin obtener contestación. Estuvieron aguardando más de quince minutos por si el

nuevo novio se dejaba caer. Al ver que nadie aparecía, se cansaron de esperar, e hicieron ademán de volver al coche. Carla observó a un chico que iba hacia ella. Tenía los mismos rasgos que la dependienta: alto, moreno y con músculos. «Tiene que ser ese», dijo Carla a su compañero. Ella lo detuvo con la mano.

—Perdona, ¿eres Alberto?

—Sí, y tú eres…

—Inspectora Carla Ruiz —se presentó mostrando la placa—. Mi compañero, el subinspector Federico Celada.

—¿Ocurre algo? —inquirió confuso.

—Queremos hablar acerca de Marina.

Alberto se asombró.

—¿Qué pasa con ella? —cuestionó extrañado.

—Será mejor que hablemos en otro lugar.

—Por favor, subamos a mi casa.

El ascensor los dejó en la quinta planta. El chico abrió, y accedieron a un salón grande, de paredes blancas, con suelo de color gris antracita y amueblado con un estilo minimalista.

—¿Vives solo? —cuestionó el subinspector.

—Sí, el piso era de mi abuela; murió el año pasado, y mis padres viven en Valencia.

—Intentaremos no robarte mucho tiempo —continuó Carla.

—No hay problema. Siéntense, ¿quieren beber algo?

—No, gracias, estamos bien.

—Dijeron que quieren hablar de Marina, ¿no le habrá vuelto a pegar el cerdo de su exnovio?

—Lo que vamos a decirte es duro. Espero que estés preparado para oírlo.

—Seguro que nadie está preparado para lo que vaya a decir, inspectora. Dígalo sin rodeos.

—Marina ha muerto.

Alberto languideció. Sus ojos verdes entornaron a un color gris, al color de la tristeza.

—Pero… ¿cómo es posible?

—Alguien la golpeó con una piedra, la apuñaló, la quemó y la enterró en un monte de Becerril de la Sierra.

—Tengo que sentarme. —Se sentó—. No puede ser…

—Lo sentimos mucho —añadió Fede.

—Lo nuestro fue amor a primera vista. Desde el momento que la vi, supe que no quería estar con nadie más. Me enamoré de aquel pelo largo negro, de esos dientes de ratón y de aquellos ojos marrones que me miraron como nadie me había mirado en la vida. ¿No habrá sido el hijo de puta de su ex?; si es así, juro por Dios que me lo cargo. Le tengo muchas ganas a ese hijo de puta.

—No tenemos sospechas de que fue él. ¿Desde cuándo estabais juntos? —preguntó Carla.

—Desde abril; bueno, nos conocimos en las rebajas de febrero. Hablábamos, tonteábamos, pero me dijo que tenía novio. Llevaban uno o dos meses; no lo recuerdo bien. Marina lo quería dejar, pero no encontraba el momento.

—Y ese momento llegó a raíz de que el novio la agredió.

—Así es: vino a mi casa después de haber salido del hospital. A los dos o tres días, la llevé a recoger sus cosas. Quise subir y reventarle toda la boca, aunque me mataran allí mismo, pero Marina me suplicó que no lo hiciese. Gracias que no pasó nada ese día. Mire, lo que tenía con ese cerdo no era ni una pareja ni nada. Marina era una persona que no sabía estar sola; necesitaba a alguien que la cuidara… supongo que por la vida que había llevado.

—¿Puedes definirme eso?

—Después de haber dejado el instituto, se fue con unos okupas, hasta que dio con el exnovio.

—¿Consumía drogas? —indagó Fede.

—Conmigo no; con él sí lo hacía. Quería dejar esa mierda, y yo le brindé mi ayuda.

—Sabemos porqué dejó el instituto. ¿Lo sabes tú?

—Le pegó una paliza a una chica; Marina me lo contó todo. Conmigo se abrió; no tenía secretos.

—Esa chica —siguió Carla— se llama «Lara». La dejó con graves secuelas y acudiendo al psiquiatra.

—Y no había día que no se arrepintiera…

—¿No pensó en disculparse con ella?

—Quiso hacerlo, de verdad, pero le daba vergüenza; desde ese día, no volvió a pisar el pueblo. Decía que todo el mundo la iba a señalar. ¡Joder! Teníamos tantos planes… —Se echó las manos a la cabeza.

—¿Planes de iros a vivir juntos? —indagó Fede.

—No, eso ya lo hacíamos; Marina no tenía donde ir, y yo no la iba a dejar tirada. Eso se lo aseguro. Uno de nuestros planes era París; quería ver la torre Eiffel. Decía que lo quería ver en persona. En septiembre teníamos planeado el viaje.

—¿Marina tenía amigas? —preguntó Carla.

—No, a veces venía su compañera de trabajo con su novio a cenar aquí.

—¿Y por qué no denunciaste su desaparición? Si vivían juntos, ¿no sospechaste nada cuando no vino a dormir? Supongo que la llamarías al móvil al ver que no iba a tu casa.

—No hubo nada que denunciar, porque me dejó a primeros días de mayo.

—No entiendo; si dices que estabais muy bien, ¿cómo es que te

dejó? ¿Alguna pelea o alguna infidelidad?

—No, nada de eso. Por eso es extraño, dado que estábamos genial.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Una mañana, una chica que se presentó como amiga suya me dijo que Marina me dejaba y que ella venía a recoger sus cosas.

—Aguarda un momento, ¿qué amiga?

—No sé, una chica que vino. No me dio ningún tipo de explicación, salvo que me dejaba. Si estábamos bien… no entiendo nada. Llamé a su móvil varias veces, para que mediera un motivo, una mísera explicación por si había hecho algo mal o lo que fuere, pero nada: su móvil daba apagado todas las veces.

—¿Cómo era esa chica? —inquirió Fede.

—Morena, delgada; no sé, normal. Venía muy ligera de ropa y pintada.

—¿Te dijo su nombre? —preguntó Carla.

—Silvia, que era una amiga de toda la vida de Marina, y que ahora vivía con ella.

—Fede, ¿tienes la foto de Lara?

—No, está en la brigada.

—¿Qué ocurre? Ustedes saben algo, ¿verdad?

—Aún no lo tenemos claro. ¿Nos acompañarías a la brigada para mostrarte una foto?

—Sí, pero ¿qué ocurre?

—Me temo que te han engañado. Lo más seguro es que esa chica que vino no se llama «Silvia», sino «Lara Rodríguez». Creemos que ella puede ser la que la asesinó. Como tú bien sabes, Marina le pegó una paliza hace tiempo, lo que la mandó al hospital. Necesitamos que nos confirmes si es ella.

—Si puedo ayudar a descubrir quién fue, lo haré.

—Sentimos lo de tu novia.

—Gracias.

En el momento en que entró en la brigada, lo llevaron a la mesa del subinspector. Fede abrió el cajón y sacó la foto de Lara Rodríguez. No hicieron falta más que treinta segundos para que Alberto afirmara que la chica que sus ojos estaban contemplando era la chica que se había presentado en su casa como «Silvia». ¿Acaso Lara había suplantado la identidad de Silvia? ¿O Silvia era la artífice de todo y Lara, solo el brazo ejecutor? Sin embargo, para Carla, se le venían varias cuestiones, una de las cuales era la de buscar pruebas que la inculpasen.

Tercera parte

Capítulo 14

No había otra manera para el caso que la de volver hablar con Lara. A la mañana siguiente, a primera hora, se apersonaron en Becerril de la Sierra. Miguel Rodríguez se mostró reacio a tenerlos otra vez en su casa para molestar a su hija; aun así, el hombre fue educado y los invitó a entrar. El patio estaba recogido; la piscina hinchable, vaciada y guardada para el próximo verano, al igual que los utensilios para la barbacoa. Accedieron al salón. Sentada en el sillón, con una sonrisa en su rostro porque su pequeña estaba sana y salva y al fin la podía estrujar entre sus brazos, se hallaba Belén Martínez. A su izquierda, acurrucada en el sofá, con una ligera manta en las piernas y viendo la televisión, se encontraba Lara.

—Inspectora, ¿a qué debemos esta visita?—preguntó Miguel Rodríguez frunciendo el ceño.

—Solo quería ver cómo se encuentra Lara.

—Sigue necesitando reposo.

Esta se incorporó. Dejó de estar tumbada. Se sentó estirando la pierna escayolada encima de una silla y dejó un hueco a la inspectora.

—Siéntese, por favor —invitó el padre.

Carla se acomodó junto a Lara. Fede se quedó de pie junto a Belén Martínez.

—¿Qué tal estás, Lara?

—Cansada, como si me hubiera pasado un tren por encima. No consigo quitarme el susto.

—Estoy durmiendo con ella; no quiere dormir sola —comentó la madre.

—Es lógico; ya te lo quitarás con el tiempo. Hemos venido para ver si recuerdas algo; cualquier cosa que recuerdes nos sería de gran ayuda.

—De a ratos me vienen imágenes, pero no son tan claras como para poder describirlas. Cuando lo intento, no lo consigo; me empiezo a poner nerviosa, me agobio y la cabeza me empieza a doler, como si estuviera a punto de estallar.

Carla no pudo contener las ganas y soltó la frase:

—Lara, sabemos que estás encubriendo a Silvia.

—Inspectora, ¿otra vez con la misma canción?—cuestionó el padre.

—Señor Rodríguez, encontramos, cerca del lugar donde estuvo su hija con Edgar Vargas, el cuerpo de Marina Heredia.

Lara se sobresaltó. Comenzó a chillar y a llorar. En su mente anidaron, como aves presa, imágenes de la agresión sufrida a manos

de Marina Heredia. «¡Suéltame, por favor, no me pegues!», comenzó a gritar. Belén Martínez se abalanzó sobre ella, la rodeó con sus brazos e intentó que se calmara.

—¡Mira lo que le has hecho a mi hija! —le reprochó su madre—. ¿Es que no la van a dejar tranquila?

—Lo siento mucho; no era mi intención.

—Mamá, dile que se vaya —rogó entre sollozos.

—Tranquila, hija; se irán en seguida.

—Señor Rodríguez, ¿podemos hablar a solas?

El padre miró con semblante serio a Carla. No estaba seguro de si querer hablar con ella, o invitarla con amabilidad a salir de su casa, puesto que, para Miguel Rodríguez, todo le era indiferente desde el instante en que su hija había vuelto a su casa. Lo que ocurriese al otro lado de la puerta ni le interesaba, ni quería saberlo. Lo mismo le pasaba a su mujer, una madre con su hija hecha una bolita entre sus brazos, cuyas heridas de dolor empezaban a sanar. Y no quería que nada, ni nadie, volviera a romper el espejo de su alma, un espejo llamado «Lara Rodríguez». No obstante, el padre accedió a escuchar lo que tuviera que decir.

—Belén, llévate a la niña a nuestra habitación.

—Vamos, pequeña.

Se fueron. Los tres se quedaron en silencio unos segundos, hasta que Miguel rompió aquel silencio inquietante.

—Mire: de verdad, estamos cansados. No sé qué quiere conseguir con que mi hija recuerde. Ya está en casa, ¿no? Eso es lo que importa. Está en una situación vulnerable y ustedes… ¿la quieren destrozar más? ¿Qué clase de policías son ustedes que tratan a la víctima como delincuente?

—Nadie ha tratado a su hija como una delincuente; solo queremos averiguar la verdad, y esa verdad nos ha traído de vuelta aquí. Tenemos a un testigo, un exnovio de Marina, que ha señalado la foto de su hija. Este afirma que Lara recogió de su casa las cosas de Marina. Al parecer, es la última que la vio con vida. Y, lo peor de todo, el viernes llevaba un cuchillo, que desapareció. Edgar lo puede confirmar: dijo que Lara lo había atacado con este. Lo encontré dentro de una caja en la caseta. Pero todavía hay más: estamos seguros de que con ese cuchillo asesinaron a Marina. ¿Le importa si volvemos a echar un vistazo a la habitación de su hija?

—Sí, sí me importa. ¿Qué quieren encontrar?

—Alguna pista relacionada con Marina Heredia.

—No encontrarán nada.

—Podemos venir con una orden judicial, pero sería mejor que usted lo hiciera de buena fe con nosotros. Si Lara no ha hecho nada, no hay nada que temer.

Miguel Rodríguez estuvo a punto de, ya sin amabilidad, decirle que se marchara de su casa, y viniera con una orden judicial. Sin embargo, no lo hizo por su hija (además de que confiaba en ella), para que no pasara un mal trago observando a un equipo de personas desconocidas revolver entre sus cajones. Solo quería acabar con aquella visita cuanto antes.

—Haga lo que quiera, con tal de que nos deje en paz. Confío en mi hija.

—Gracias.

—Espere un momento; avisaré a mi mujer.

Se dirigió a su dormitorio. La inspectora y su compañero esperaron con paciencia en el salón.

—¿Qué buscas, Carla? —susurró Fede.

—¿Te acuerdas de que me dijiste que en el diario había páginas arrancadas y de que yo te había dicho que había debido de arrancarlas por algún motivo?

—Lo recuerdo.

—Pues esas páginas son el motivo.

—También recuerdo que te dije que vaya uno a saber dónde estaban esas páginas. Quizás las ha quemado o las ha tirado a la basura.

—Creo que las tiene guardadas, así como tenía guardados los videos de su intento de suicidio.

—Pero, ¿por qué lo iba aguardar? No tiene sentido.

—Sentido siempre hay. En este caso, tal vez para recordar lo que hizo. Para sentirse bien cuando leyera esas páginas.

—¿Para regocijarse?

—No como tú piensas; no es nada morboso: es para saber que ella ha vencido.

—Inspectora —llamó Miguel Rodríguez desde la habitación—. No tarden mucho.

Pusieron la habitación patas arriba. Todo seguía de la misma manera que cuando habían entrado por primera vez. Sacaron los cajones, los revolvieron y examinaron si había un doble fondo, o entre los cajones. No encontraron nada. Hicieron lo mismo en el armario, e incluso pisaron cada centímetro de la habitación, como en las películas, buscando esa baldosa falsa que delatara al asesino. En el suelo de Lara, todo era verdadero. Buscaron entre el colchón, el somier y debajo de la cama. A su vez miles de ácaros se introducían en sus fosas nasales; su frustración iba en aumento. Apartó, de encima de la cama, la muñeca de trapo, la misma que sostenía su madre la primera vez que la habían visto, para meter las manos en la funda de la almohada. Ahora sí, corriendo la decepción por los neurotransmisores de su cerebro, Carla se quedó parada, con la

mirada puesta en la pared, para dar paso a la meditación

—¿Se ha quedado convencida? ¿O tengo que llamar a los albañiles para que piquen en las paredes?—preguntó el padre en un tono enfadado.

Carla no le contestó, dado que, cuando estaba concentrada, tal como le había dicho Fede, nunca escuchaba a nadie. Aquella meditación fue interrumpida por la familia Rodríguez. Carla se giró para mirarlo.

—No, pero todavía está la incógnita de quién es Silvia.

—Esa muchacha no existe. El que señaló la foto de mi hija ha mentido.

Y era posible que el padre tuviera razón. Si bien la expareja de Marina había reconocido a Lara en la foto, esto no era prueba fehaciente para incriminarla. Podía ser que el exnovio se hubiera confundido, o no se acordaba de ella y señaló la foto de Lara, como podía haber señalado cualquier foto que la inspectora y su compañero le pusiera ante sus ojos. La mente de Carla continuaba pensando que, entre Lara y Silvia, habían asesinado a Marina. El móvil de Lara por el cual hubieran hecho semejante atrocidad sería la venganza. Venganza por haberle dado una paliza. ¿Y Silvia? ¿Dónde quedaba ella en todo esto? La única carta que barajaba Carla era que Silvia había sido otra víctima de Marina. Dos personas: una, el cerebro, y la otra, el brazo ejecutor.

—Si ya han terminado, pueden marcharse. Queremos estar los tres, como una familia.

—Inspectora —intervino Fede—. Aquí ya no tenemos nada que hacer. Vayámonos.

La inspectora observó la cara de Lara. Se encontraba abrazada a su madre; no obstante, Carla no se centró en aquel abrazo maternal, no: sus ojos se posaron en la mirada, una mirada que, en un par de minutos, la delataría. Una mirada que estaba señalando la muñeca de trapo. Carla la agarró. Comenzó a palparla a su vez que contemplaba los ojos de Lara. Cada vez que ella la tocaba, Lara abría más los ojos. Fue como jugar al juego de frío o caliente. Al final, Carla se quemó. En la espalda de la muñeca, había una cremallera. La bajó, y adentró su mano derecha. Comenzó a sacar algodón, que hacía de entrañas, y extrajo unas hojas enrolladas.

—Esto, ¿qué es? —cuestionó Carla.

—Ni idea, ¿qué es, Lara?—preguntó el padre.

—Es la primera vez que lo veo.

Carla lo desenrolló con cuidado para no dañarlas. En su mano se encontraba la condena de Lara, o su salvación. Se trataba de las dos páginas perdidas; una de estas, manchada de sangre. Sin embargo, a Carla no le chocó que la letra fuera distinta, sino al revés: con eso

verificaba que Lara había actuado con Silvia. Comenzó a leer por la página que no estaba manchada con la sangre de Marina Heredia.

20 de abril de 2015

Tienes que matarla. No puedes dejar que esa zorra se salga con la suya. Ni siquiera se acordaba de ti. Te ha menospreciado. No podemos dejar que se vaya de esa manera sin darla el castigo. Ella te humilló; te dio una paliza y ahora te sonríe a la cara. Nosotras la daremos la libertad que se merece.

—Inspectora —interrumpió su lectura Miguel Rodríguez—.¿Qué es eso que lee?

—Ahora no; deje que haga su trabajo —refutó Fede.

Carla se centró en la segunda página:

11 de mayo de 2015

Sabía que Lara no me fallaría. Ha tenido el valor de deshacerse de esa perra, de clavarle el cuchillo para darle la libertad que tanto necesitaba. Ahora me toca a mí darle a Lara lo que le prometí.

Carla había encontrado el motivo y la ejecución. De la misma manera, averiguó la fecha en la que había sido asesinada Marina.

—Señor Rodríguez, he de decirle que nos tenemos que llevar a Lara a la comisaría.

—¿A mi hija? Eso no va a ser posible. Ella no ha hecho nada.

—Tengo dos páginas escritas por su amiga Silvia, quien afirma que Lara asesinó a Marina con el cuchillo.

—¡¡¡Eso es mentira!!!¡Déjame ver eso!

Miguel se lanzó a quitarle aquella confesión. Fue interceptado por Fede.

—No lo ponga difícil, señor Rodríguez—le advirtió Fede.

—Esto es una prueba —continuó Carla—. Será mejor que vayamos todos para aclarar esto.

—Inspectora, ¿le pongo los grilletes?

—No, no es necesario.

Capítulo 15

A Belén Martínez tuvieron que administrarle un sedante. En el instante en que su pequeña entró por la puerta de la brigada, la ansiedad se apoderó de su cuerpo y de su mente. Por el contrario: a su marido, por poco lo llevan al calabozo. Entró agitado, gritando a los cuatro vientos que su hija era inocente. O que, de ser culpable, hubiera sido por la influencia de su amiga Silvia. Una amiga que nadie había visto y nadie conocía. Una amiga fantasma. Una sombra en la penumbra de la noche.

Carla telefoneó al exnovio de Marina para que fuera a la brigada, dado que querían realizar una rueda de reconocimiento entre él y la detenida. Sobre las cinco y media, Alberto pisó las dependencias. Un agente los condujo hasta la sala donde se llevaría a cabo. Allí esperaban Carla, su compañero y la abogada que Miguel Rodríguez había contratado para defender a su hija. En la sala contigua, pusieron a cinco compañeras de edades comprendidas entre los diecinueve y veinte años. Entre ellas, sosteniendo el cartel con el número cuatro, se encontraba Lara Rodríguez.

—Gracias por haber venido—mencionó la inspectora.

—Pensé que bastaba con haber señalado la foto.

—Con esto podremos cerciorarnos mejor. Quiero que observes con atención y me digas cuál de estas chicas estuvo en tu casa.

—De acuerdo.

—Tómate el tiempo que necesites.

Alberto observó, como le dijo la inspectora, con interés. Se acercó hasta casi tocar su nariz con el falso espejo y examinó de arriba abajo a las supuestas delincuentes. Al igual que había sucedido cuando le habían mostrado la foto, no tardó ni otros treinta segundos en levantar su brazo derecho y señalar con el dedo índice a la número cuatro.

—Esa es: la cuatro.

—¿Estás seguro?

—Completamente; esa es la chica que ha dejado mi vida hecha una mierda.

Carla apretó el botón del interfono.

—La número cuatro, un paso al frente.

Esta lo dio.

—Puedes volver a fijarte.

—No, no hace falta; sé que esa tiene la misma mirada que la que tenía cuando me dijo que Marina me dejaba.

—Bien, ya puedes irte. Solo hace falta que me firmes unos papeles.

A última hora de la tarde, el agente la sentó en la silla de la sala de

interrogatorios. Carla sentía lástima por ella. Se preguntaba, con todo lo que había pasado, cómo podía encontrarse ahora sentada en una silla en la que antaño se habían sentado cientos de ladrones, traficantes y asesinos. En ese momento, Carla mantenía en esa silla a una cría de de diecinueve años, asesina quizás pero, al fin y al cabo, una cría. Pese a todo ello, no tenía más remedio que hacer su trabajo. De todas formas, Carla no quiso hacer el interrogatorio con agresividad, como lo haría con cualquier asesino, puesto que Carla miraba a Lara como una madre mira a su hija. Pidió a Fede hacerlo ella sola. No quería que, al ver a los dos, Lara se sintiera intimidada y se cerrara en banda. Fede accedió, y permaneció en la sala adyacente para contemplar cada paso a través de un falso cristal.

Antes de hablar con Lara, Carla mandó hacer un análisis de ADN de la sangre, una prueba de dactiloscopia si la hubiera, y otra de grafología en las páginas del diario. El laboratorio tardó una hora en entregarlo. Apartaron los demás casos en los que trabajaban, para centrarse en examinarlo. Un compañero de laboratorio le acercó los resultados. Estando con Fede, Carla abrió la carpeta y leyó el informe. Entretanto devoraba aquella lectura, el subinspector observó cómo los ojos de Carla se abrían cada vez más, hasta ponerse como platos.

—¿Qué dice el informe? —inquirió Fede con cierto nerviosismo—. Cuéntame; no te quedes callada.

—Vas a alucinar. La sangre corresponde a Marina Heredia; solo hay huellas de Lara, y la letra pertenece a otra persona.

—¿Eso es imposible? Habría huellas de Silvia.

—El grafólogo lo ha confirmado.

—Pudo haberse puesto guantes para escribirlo.

—Si lo hubiera hecho, la letra sería ilegible: no se puede escribir bien con guantes.

—No entiendo nada. Una letra distinta a la de Lara, y solo huellas de ella.

—Hablaré con ella.

Carla accedió con la carpeta debajo del brazo, un vaso y una botella de agua. Lara se encontraba con la cabeza baja, las manos en la cara y sollozando, a su vez que la abogada de oficio designada para el caso intentaba calmarla.

—Hola, Lara.

—¿Por qué estoy aquí? Quiero irme a casa.

—No es posible; has matado a una persona. Toma. —Puso el vaso en la mesa y la botella. Desenroscó el tapón y vertió agua en el vaso —. Bebe un poco.

—No quiero beber; quiero irme a casa: yo no hecho nada. ¿Dónde están mis padres? Quiero que entren.

—Lo siento, pero tus padres no pueden ayudarte; yo sí puedo

ayudarte si hablas conmigo. Lara, ¿Por qué no me cuentas acerca de Silvia?

—Ya no sé cómo decirlo: no conozco a esa chica.

Carla abrió la carpeta. Sacó las dos páginas del diario guardadas en una bolsa de pruebas.

—Mira esto. —Se las entregó—. ¿Las reconoces? ¿Puedes decirme de quién es la letra?

—No, no sé qué es.

—Sí que lo sabes: estaban dentro de tu muñeca. Tú misma me viste sacarlas. Es la letra de Silvia. Ella estuvo contigo cuando golpeaste a Marina; luego quemaste su cuerpo y lo enterraste. Después, las dos fuisteis a tu casa y escribió en tu diario. El motivo por el que lo hizo lo desconozco. ¿Fue por venganza?

—Está usted loca.

—Solo pretendo aclarar la situación. Dime porqué asesinaste a Marina Heredia.

—¡Estás mintiendo!¡Yo no hice nada!

—No es mentira, Lara; tú sabes que es cierto. ¿Por qué no dejas de encubrirla? ¿Qué consigues con eso? Eres tú quien irá a la cárcel. ¿Dónde la conociste?

—No la conozco.

—¿Dónde podemos encontrarla?

—Te digo que no lo sé.

—¿Era Silvia otra víctima de Marina?

—No lo sé.

—¿Y por qué estas páginas están escritas por una mano que no es la tuya?

—¡Que no lo sé!

—Inspectora—añadió la abogada—, está haciendo exaltar a mi defendida.

—En esas páginas, Silvia escribió que Marina te sonrió y que no se acordaba de ti. Eso significa que la viste antes de cometer el asesinato. Te entró la rabia y, unido a la astucia de Silvia, te hizo cometer ese acto. Tenemos constancia de que fuiste a casa del novio de Marina a recoger sus cosas y a decirle que Marina lo dejaba. Eso significa que ya la habías visto antes; si no, ¿cómo ibas a saber dónde vivía? ¿Dónde la viste, Lara?

—Me lo puede preguntar de mil formas, que le diré lo mismo: no conozco a ninguna Silvia, ni he estado en casa de ese chico.

—Tus padres me dijeron que estabas en una fase rebelde, ¿fue Silvia quien te hizo ser así? Porque, según tus padres y tu amigo Fidel, antes eras una chica cariñosa, humilde.

—¿Antes de qué?, ¿de qué me mandaran al hospital? —Carla quedó en silencio—. No, ahora no se calle; dígalo.

—Sí, de la paliza. Sé qué te cortaste las venas y lo grabaste en video, ¿fue Silvia quien te dijo que lo hicieras?

—Lo hice porque me dio la gana. No hace falta que me lo diga nadie.

—Entonces, con Marina, lo hiciste porque quisiste.

—No sé nada de eso.

—El lunes, antes de tu desaparición, te tuvo que recoger Fidel de un bar de copas, ¿te acuerdas?

—¿Y qué? No hay nada de malo en beber: todos lo hacen. Seguro que tú te pones hasta el culo.

—Fidel nos comentó que te pusiste cariñosa con él.

—Porque me picaba, ¿a ti no te pica? ¿Eres una frígida?

—Tus padres tienen razón; no pareces la misma.

—¿Y usted qué sabe? ¿Acaso me conoce?

—Aparte de estar con Edgar, ¿recuerdas haber estado con alguien más?

—No me acuerdo ni de haber estado con él.

—Pero recuerdas haber ido a Madrid.

—Sí.

—¿Y no recuerdas con quién?

—No.

—Tampoco recuerdas haberte subido al coche de Edgar Vargas.

—No.

El interrogatorio era un tira y afloja. Carla no iba a sacar nada en claro de Lara. De todos modos, no desistió. Intentó tocar la fibra a Lara llegando a la raíz del problema.

—Háblame de la agresión.

—Inspectora —añadió la abogada—. Eso es irrelevante para el caso.

Lara cerró los ojos. Las imágenes volvieron otra vez a su mente: «¡Por favor! ¡No me pegues! ¡Ayuda, ayuda!».

Se levantó de la silla y comenzó a agitar los brazos y a taparse la cara y el estómago, como si estuviera intentando zafarse de los golpes de Marina. Carla hizo lo mismo que la abogada; ambas intentaron reducirla. Sin embargo, dada la fuerza hercúlea brotada de lo más profundo de sus entrañas, de lo más hondo de una rabia que todavía perduraba en su joven consciencia, no pudieron conseguirlo. Carla miró al falso espejo. «¡¡Fede, necesitamos ayuda!!».

Entró raudo a la sala, y sujetó a Lara por las piernas a su vez que la inspectora lo hacía con los brazos. Fueron momentos de mucha tensión. Quizás Carla no tenía que haber tocado aquel tema tan espinoso; no obstante, la baraja de la inspectora se estaba quedando sin cartas. Una vez que las aguas se apaciguaron, Carla decidió dar un receso de una hora para que las aguas volvieran a su cauce normal.

Capítulo 16

En ese receso, y antes de que el reloj marcara las ocho de la tarde, la doctora Elena Palomo hizo acto de presencia en la brigada. A Carla la sorprendió que hubiera ido, puesto que no había solicitado que estuviera. Solo la telefoneó para decirle que su paciente estaba detenida. Se hallaban en la calle; la inspectora refrescaba su garganta con un refresco sin gas de limón, y su compañero hacía lo mismo, aunque este refrescaba la suya con un poco de nicotina. La doctora fue hasta ellos.

—Doctora, ¿qué hace aquí?

—Siento presentarme de esta manera, sin avisar. Cuando me llamó, no me dio tiempo a decírselo, y prefiero hablar con usted en persona. Tengo una teoría, si la quieren escuchar.

—Adelante —expresó Carla terminando el refresco.

—Estuve repasando los informes de Lara y comprobándolos con otros pacientes.

—¿Y bien? —inquirió Fede.

—No quiero poner la mano en el fuego y quemarme; primero me gustaría hablar con Lara, ¿podría ser?

—Si con eso nos puede ayudar, por mí, perfecto—continuó Carla —. Antes, tuvo un ataque de pánico; logramos que se calmara un poco, pero lleva tres cuartos de hora dando voces en el calabozo, diciendo que ella no ha sido.

Con la doctora en escena para exponer su teoría, se acabó el receso de una hora y procedieron a continuar. Esta vez el interrogatorio fue dirigido por la doctora.

—Hola, Lara, ¿cómo te encuentras?

—¿Se ha traído a una amiga para que me haga hablar?

—¿No te acuerdas de mí? Soy yo, tu psiquiatra, la doctora Elena Palomo. Estuvimos hace nada en el hospital.

—Es verdad: no lo recordaba.

—¿Cómo te encuentras?

—Cansada, ¿y usted? ¿No tendrá alguna pastilla para darme?

—No. Lara, ¿eres consciente de lo que has hecho?

—Yo no he hecho nada.

—Sí, has matado a una persona. A tu agresora.

—Si es una agresora, se lo merecía… o no… no sé… me duele la cabeza. Deme una pastilla.

—Te he traído unas imágenes para que las veas.

—No, no me apetece.

—Es solo un momento.

La doctora sacó el portafolio del maletín. Lo abrió y comenzó a pasar lo que parecían láminas con dibujos y manchas de tinta. Agarró una con los colores rojo, azul, amarillo y naranja, y se la mostró.

—¿Qué ves aquí, Lara?—Esta lo observó.

—No sé; parecen dos personas que están ardiendo.

—Bien, eso es todo, Lara.

—¿Ya me puedo ir a casa?

—No. —Se dirigió a Carla—. Inspectora, ¿podemos hablar fuera?

Carla quedó sorprendida. Solo le había hecho un par de preguntas que a la inspectora no le habían significado nada.

—Sí.

Retornaron a la sala con Fede.

—¿Ya está? ¿Esa es la ayuda? —cuestionó Carla frunciendo el ceño.

—Sí, con eso he tenido suficiente.

—Explíquese.

—A ver cómo lo digo. Esa chica que está ahí no es Lara.

—Espere —interrumpió el subinspector—. ¿Dice que esa no es Lara Rodríguez? Eso es imposible.

—Es y no lo es. Lara sufre lo que llamamos «TDI»:«Trastorno de Identidad Disociativo» o, lo que es lo mismo, desdoblamiento de la personalidad.

—¿En qué se basa, doctora, para hacer ese diagnóstico? —cuestionó Carla.

—Varios apuntes. En el hospital, me ocurrió lo mismo que ahora: me llamó de usted. Lara jamás habría utilizado ese pronombre conmigo, desde que la conozco; la hice llamarme «Elena» por eso de estrechar lazos y ganarme su confianza. Segundo, cuando hablo con Lara, siempre esta cabizbaja, tímida y le cuesta hablar, pero esa chica de ahí… me habla con total naturalidad, una naturalidad que Lara no tiene. Por último, la lámina que le mostré es la número nueve del Test de Rorschach. Es su lámina favorita. La primera vez que se la enseñé, me dijo que parecían dos jirafas: le encanta África; dice que algún día visitará ese continente. Sin embargo, la chica que está sentada mencionó que eran dos personas que estaban ardiendo. Dos respuestas opuestas para un mismo dibujo. Dos respuestas de dos personalidades distintas.

—Entonces, según usted, ¿quién es esa chica?

—Físicamente, Lara; la personalidad, ustedes ya saben quién es.

—¿Quién? —inquirió Carla.

—¿No es evidente? Es Silvia.

A Carla se le cayó la boca al suelo.

—No puede ser; tengo que comprobarlo.

—¿Qué vas a hacer? —cuestionó Fede.

—Doctora —siguió Carla—. Usted permanezca aquí. Fede, tráeme la página ensangrentada que encontramos.

—Ahora mismo.

Encaminaron en direcciones opuestas mientras eran observados por la doctora. Carla fue a por un folio y a por un bolígrafo. Tan pronto como lo obtuvo de su mesa, sin decirles de qué se trataba, entró en la sala.

—¿Me vas a tener aquí más tiempo? Por lo menos, llévame a mear; no querrás que me haga encima.

—Primero, escribe aquí tu nombre.

—¿Para qué?

—Es solo una comprobación; después, un agente te llevará al servicio.

Comenzó a escribir su nombre: «Lara Rodríguez».

Carla recogió la hoja, salió, y le pidió a un agente que la llevase al baño.

—Diez minutos —indicó al agente para, luego, regresar con Fede y con la doctora.

—Bueno, ¿qué?, ¿no vas a contar de qué va esto?—solicitó Fede.

—Dame la página.

Se la entregó.

—Doctora, está es una página del diario de Lara, escrita por su otra personalidad. La tenía escondida. Afirma que Silvia le hizo clavar un cuchillo a su víctima. Quiero comprobar una cosa. —Carla comparó la letra de la página con aquella con la que acababa de redactar—. Diría que son iguales, ¿qué opináis? —Les pasó las hojas—. Fijaos en el rabillo de la *i*.

—A mí también me lo parecen —añadió Fede.

Le tocó el turno a la doctora.

—De esto no entiendo, pero sí: parecen iguales.

—Entonces, esa no es Lara —continuó la inspectora.

—A raíz de la agresión sufrida, su cerebro, poco a poco, fue forjando a Silvia.

—Sin embargo, ella repite que no la conoce —destacó Fede.

—Está protegiendo su personalidad; para que lo entienda, es como si Silvia hubiera estado a su lado, como una amiga imaginaria, diciéndole lo que tiene que hacer y decir. Hay dos personalidades: la dominante, y la dócil. En este caso, Lara es la dócil. Su otra personalidad ha jugado con ella como una niña juega con sus juguetes. Suele aflorar cuando suelen ponerse nerviosos.

—Hay algo que no entiendo —habló Carla—. ¿Se acuerda o no se acuerda del asesinato?

—Tendrá lagunas de memoria, pero lo más seguro es que sí sepa lo que hizo.

—Dice que no sabe nada.

—Lo sabe; lo que pasa es que intenta tapar su personalidad.

—¿Y cómo podemos saber qué ocurrió? Lo que nos interesa es averiguar cómo sucedió el asesinato y qué hizo cuando desapareció.

—Hay una forma de sacarlo a la luz o, por lo menos, de intentarlo.

—Usted dirá.

—¿Ha oído hablar de la hipnosis clínica?

—No.

—¡Por Dios!—exclamó Fede soltando una carcajada—. Esto es un caso real, con una muerte real, no una barraca de feria.

—Fede, deja hablar a la doctora.

—Subinspector —continuó esta—: la hipnosis clínica es real y no tiene nada que ver con lo que se muestra en los programas de televisión: no la vamos a convertir en gallina, ni le vamos a decir que se crea que está desnuda. Está científicamente probado que lo nuestro funciona. Y, en este caso, puede funcionar.

—Inspectora, suya es la decisión.

—Hagamos la prueba; total, no perdemos nada. Sabemos que fue ella; tenemos las páginas con la sangre manchada de Marina, y el exnovio de Marina la reconoció en la rueda. ¿Lo haría usted?

—No, yo no trabajo ese campo, pero tengo un amigo que es un erudito en eso, y seguro que estará dispuesto a ayudar.

—Llame a quien haga falta.

—Una cosa: se tendrá que hacer fuera de estas paredes, en un sitio más relajado y en el que ella se sienta segura. Pongo a disposición mi consulta. Sería el lugar idóneo.

—De acuerdo, hablaré con sus padres. Pediré una orden al juez para poder realizarlo. Espero que lo apruebe.

—Mañana a las nueve se podría hacer.

—Pues queda todo dicho.

Capítulo 17

En un primer momento, luego de que Carla le expuso al juez las pruebas, ella le pidió hacer una hipnosis, a lo que este se manifestó incrédulo. Desde que había llegado a casa por la noche y hasta que se había acostado, estuvo buceando por el mar de internet en busca de información que aportar al juez para que le concediera el visto bueno. Dio con varios estudios que afirmaban la eficacia de la regresión en este tipo de pacientes. De los varios que encontró, Carla lo convenció exponiendo un artículo datado en 1998 con el título: «Peritaje psicológico en procedimientos civiles y penales», firmado por los doctores Antonio Cano, y Héctor González Ordí. El juez firmó la orden y mandó que se realizase bajo la vigilancia de un secretario judicial.

Todo estaba organizado para la sesión. Carla, su compañero, y el secretario judicial, un señor de cincuenta años llamado «Martín» que, sin comerlo ni beberlo, se había visto envuelto en una situación que escapaba a su raciocinio. Llevaban desde las ocho en la consulta de la doctora. A las ocho y media, se presentó el doctor Eduardo Núñez, de sesenta años, con traje marrón y con una barba blanca con el bigote del mismo color que el traje, y un pelo moreno alborotado: parecía que había metido los dedos en el enchufe. Todo su ser se asemejaba más a un ratón de biblioteca que a un experto en hipnosis. A las nueve menos cuarto, Lara llegó a la consulta acompañada por sus padres y escoltada por dos agentes. Estos acompañaron a Lara al interior de la sala en donde se iba a proceder la sesión. Los agentes se mantuvieron firmes a su lado mientras los padres hablaban con Carla y con los doctores. El secretario se mantuvo al margen. Su presencia se limitaba tan solo a anotar lo que creyera oportuno.

—No sé cómo hemos podido acceder a esto; mi hija no es ninguna loca.

—Señor Rodríguez, ha sido el juez quien ha accedido y, con el debido respeto, su hija no es ninguna loca: solo está enferma —aclaró Carla.

—Estamos intentando ayudar —continuó la doctora Palomo—. Su hija tiene un grave trastorno mental.

—¿Irá a la cárcel? —cuestionó Belén Martínez.

—Intentaremos que no vaya. Pediré al juez su ingreso en una institución mental para resolver su trastorno.

—Vamos… a un loquero. A ver si me queda claro: mi hija sufrió acoso, estuvo al borde de la muerte, desarrolló esos trastornos mentales, ¿y la culpa es de ella?—preguntó Miguel Rodríguez par seguido dirigirse a su esposa.—: ¿Tú no tienes nada que decir?,

también es tu hija.

—Que hagan lo que tengan que hacer.

—Vaya respuesta.

—Señor Rodríguez, su hija asesinó a Marina—añadió Carla—. Y, como ha mencionado la doctora, intentaremos que vaya a una institución mental.

—Ustedes lo han dicho. Lo hizo por su trastorno causado por la paliza que Marina le dio a mi hija.

Carla no contestó. No supo qué decir. ¿Qué podría decir en ese caso?

—Perdón, no me quiero meter donde no me llaman, pero creo que no es el momento de culpar a nadie. Estamos para ayudar a su hija. Si no tienen inconveniente, empezaremos la sesión —dispuso el doctor Núñez.

—Esto es un disparate —sentenció Miguel Rodríguez.

Antes de dar comienzo, el doctor Núñez explicó a los presentes cómo iba a ser la sesión en la que no habría un péndulo de por medio. Constaría de una hora y media; durante los primeros quince minutos, sería una conversación rutinaria con Lara. A continuación, se trataría en cuatro fases: inducción, profundización, sugestión terapéutica y deshipnotización.

—¿Alguna pregunta?

—Sí, doctor, ¿está seguro de que podemos averiguar lo que necesitamos? —cuestionó Carla.

—No le quepa la menor duda. Una vez que Lara se encuentre en estado de sugestión, es muy difícil que mienta. Profundizaremos en esos recuerdos. Lo explicaré un poco por encima. Nuestro cerebro tiene dos hemisferios: el dominante y el no dominante. El dominante se encarga de las funciones más racionales, como la lógica y el lenguaje, mientras que el no dominante, más activo en el sueño, se encarga de la creatividad, la imagen y las emociones. Nuestro objetivo es potenciar el hemisferio no dominante para averiguar la información emocional y los recuerdos.

Ni a Carla ni a su compañero les quedó demasiado claro, y menos al secretario judicial. Cada palabra que el doctor mencionaba era como si fuera dicha en un idioma desconocido. Sin embargo, si el doctor era capaz de hacer que Lara contase lo que había ocurrido, adelante.

—Sigo pensando que esto es una locura: trastear en la cabeza de mi niña, como si fuera un conejillo de indias —se quejó Miguel Rodríguez.

—Señor Rodríguez, nadie va a trastear la cabeza de su hija. Solo nos dirá lo que la preguntemos. Puede estar tranquilo.

—¿Tranquilo? ¿Tienen a mi hija esposada, y me piden

tranquilidad?

—Miguel —continuó Belén Martínez—. Ya basta; nuestra hija está enferma. Cuanto antes lo asumamos, mejor para Lara y para nosotros.

—Una vez que la hipnoticemos, será la doctora Palomo quien haga las preguntas.

—En todo caso, las haríamos el subinspector o yo —aclaró Carla.

—Es mejor que lo haga la doctora. Para Lara, es una voz amiga, una voz que ya conoce. La suya, inspectora, la puede intimidar.

—Inspectora —continuó la doctora Palomo—. Usted me dice las preguntas, y yo se las transmito.

—De acuerdo; lo que haga falta para que nos cuente.

—Sin más dilación, podemos empezar —dispuso el doctor Núñez.

—Y nosotros, ¿podemos estar? —inquirió Miguel Rodríguez.

—Es mejor que no. Podrían escuchar cosas desagradables, que no querrán escuchar —aclaró Carla.

Entre tanta dilación, la sesión empezó a las nueve y media. A la consulta entraron los doctores, el secretario judicial, Carla y su compañero. Los padres aguardaron en la sala de espera. Los agentes se mantenían firmes al lado de una desafortunada Lara Rodríguez.

Para la sesión, el doctor hizo tumbarse a Lara en el diván. Cogió una grabadora de la bolsa que traía, y la colocó en una mesa supletoria. A continuación, de la misma bolsa, sacó un trípode flexible, lo estiró y puso una cámara de video encima.

—Perdone, señor secretario, suelo grabar las sesiones para documentarlo. ¿Le importa si la grabo?

—No hay inconveniente, siempre y cuando esa grabación no salga de su consulta y cumpla con la protección de datos.

—Solo son para mis estudios personales.

—En ese caso, adelante; eso sí: una copia del archivo es para Su Señoría.

—Faltaría más.

Continuando con los preparativos, sacó un reproductor de música, unos altavoces auxiliares y los colocó detrás de Lara. Terminados de preparar los instrumentales, explicó a Lara lo que iba hacer. Se encontraba nerviosa; la doctora, para tranquilizarla, se puso junto a ella para decirle: «Todo saldrá bien».

El doctor pidió a su colega que apagara la luz, y él procedió a encender la del escritorio. Pidió a los presentes absoluto silencio, y accionó el reproductor de música para hacer sonar una música relajante, con el sonido de las olas del mar, las gaviotas y el silbar del viento. Unos sonidos para que Lara se dejase llevar y poder comenzar, así, el ejercicio de focalización.

—Bien, Lara, antes de empezar, quiero que me digas si eres zurda o diestra.

—Diestra.

El doctor colocó el dedo índice de su mano derecha entre las cejas de Lara.

—Quiero que observes bien mi dedo unos segundos.

Estuvo diez segundos observándolo.

—¿Lo tienes?

—Sí.

—Ahora quiero que cierres los ojos, y visualices mi dedo.—Lara los cerró. El doctor quitó el dedo y alteró su voz por una más grave, una voz más penetrante—.Bien, Lara, a partir de este momento, vas a notar cómo las pestañas se entrelazan unas con otras, cada vez más entrelazadas, hasta que parezca que están pegadas con pegamento. Mientras lo haces, inhala por la nariz, exhala por la boca… Eso es… Ahora, con los ojos cerrados y visualizando mi dedo, quiero que mires a la izquierda, derecha, arriba, y abajo…—Lara hizo los movimientos según dijo el doctor—. Deja que tus pensamientos entren y salgan, sin importarte cuáles; déjalos fluir. Adopta una posición cómoda, extiende los brazos, las manos sueltas y distendidas… Deja caer tu cuerpo por su propio peso y presta atención a todo lo que te rodea, manteniendo siempre ese estado de relajación en el que te encuentras. Vamos a realizar un viaje en el cual vas a utilizar la visualización y la memoria. Atenta a todo lo que te rodea, a todos los ruidos; el teléfono, el timbre, el claxon de coche, el jaleo de la gente en la calle, los motores de los vehículos… Cualquier ruido que pueda afectar a tu estado ocúltalo, guárdalo en un rincón del cerebro. Para ti, Lara, esos ruidos no existen, solo mi voz. Cuando los tengas guardados, házmelo saber con el movimiento de un dedo de tu mano derecha. —Lara movió el dedo corazón—. Ahora, inspira aire con el abdomen, retenlo unos segundos y, cuando lo expulses, con ello expulsarás todos tus miedos y todas tus inseguridades.—Terminado el primer ejercicio, y con una Lara Rodríguez adentrada en su propio cerebro, el doctor continuó con un ejercicio llamado «potenciador».

La finalidad de este era que *cabalgase* hasta su inconsciente—. Ahora, vas a dejarte caer girando en espiral, hacia lo más profundo de tu inconsciencia. Voy a contar de diez hasta cero y, con cada número que diga, te dejarás caer. Al llegar a cero, estarás en lo más hondo, en lo más profundo de tu inconsciencia. Ese será tu suelo. Diez… nueve… ocho… sigues cayendo en espiral… siete… caes más y más; seis… cinco… cayendo y girando, girando y cayendo… cuatro… tres… dos… estás a punto de tocar el suelo… uno… cero. Levanta y camina. ¿Ves una puerta?

—Sí.

—¿Está abierta?

—No.

—Te entregaré la llave; cuando diga la palabra «relax», abrirás esa puerta. En su interior, encontrarás calma y serenidad. Guarda la llave.

Capítulo 18

Las agujas del reloj marcaban las once en punto. En la consulta se cernía el silencio, salvo la música relajante y la respiración fluida y sosegada de Lara Rodríguez. Luego de varios ejercicios más, el doctor la tenía en completa sugestión. Carla, Fede y el secretario judicial se encontraban cerca de la puerta, sin mover ni un músculo, atentos y quizás fascinados por lo que ocurría.

—Lara, ahora vas a apartar mi voz a un lado, y quiero que te centres en la que vas a escuchar. Es una voz que conoces, que te trae sosiego, una voz por la cual dejarás fluir tus sentimientos. ¿De acuerdo?

—Sí.

La doctora tomó una silla, y se sentó enfrente de Lara.

—Inspectora, ¿por dónde quiere qué empiece?

Carla quiso comenzar por el asesinato de Marina Heredia.

—Doctora, pregúntele por el once de mayo.

—Lara, ¿recuerdas qué hiciste el día once de mayo?

—Lo recuerdo.

—Cuéntanos.

—Es sábado. Me levanto. Son las nueve de la mañana; mamá ha preparado el desayuno de los sábados: hoy toca tortitas. Me encantan. Me visto y voy a desayunar.

La doctora miró a Carla.

—Doctora, pregúntele si está Silvia con ella.

—Lara, ¿está Silvia contigo?

—Sí, vamos juntas a todos los lados. No nos separamos: es mi mejor amiga.

—Continúa.

—Desayuno; Silvia me dice que coja fuerzas para lo que nos espera hoy.

—¿Qué os espera hoy, Lara?

—Esta noche es nuestra noche. Es la noche que mataremos a Marina.

—¿Por qué, Lara? ¿Por qué la quieres matar?

—Por todo lo que me hizo.

—¿Y qué te hizo?

—Joderme la vida.

—¿Cómo te sentiste?

—Humillada.

La doctora volvió a mirar a Carla.

—Pregúntele si la vio antes de esa noche.

—Anteriormente, ¿la viste?

—Un mes antes, en Madrid, en la tienda donde trabajaba. Fui con mis padres de compras, y allí estaba tan feliz, como si no le hubiera jodido la vida a alguien.

—¿Qué ocurrió? —inquirió la doctora.

—La veo colgando unos pantalones. Me acerco a ella; quiero decirle lo mal que lo he pasado. Le digo quién soy, pero ella no se acuerda de mí, o no quiere acordarse. Aquella noche lloré en mi habitación.

—*Tienes que hacer algo, tienes que darle su castigo.*

—No, Silvia, no quiero.

—*Hazlo; esa perra te hundió la vida; si no lo haces, no seremos amigas y te quedarás sola.*

—¡¡¡He dicho que no!!! ¡¡Déjame!! ¡¡Sal de mi cabeza!!

Las piernas de Lara comenzaron a temblar; sus manos emanaban un sudor propio de una persona que está entrando en un estado de nerviosismo. Giraba su cuerpo de izquierda a derecha, elevaba los brazos, se rascaba lacara, intentando controlar una personalidad que la estaba consumiendo, agotándola, pisándola. Si hubiera estado conectada a una máquina de ritmo cardíaco, esta hubiera explotado cual bomba de relojería. Sin embargo, la bomba de Lara podía estallar en cualquier momento. No había reloj.

—Doctor, por favor —pidió su colega.

—Sujetadla.

—Carla y Fede sujetaron sus brazos y sus piernas.

—Lara, tranquilízate; escucha mi voz, relax, abre la puerta.

Comenzó a calmarse.

—Bien, Lara; lo estás haciendo muy bien. Doctora, puede continuar.

—Lara, volvamos al once de mayo, al momento en que decides ir a por ella. ¿Qué estás haciendo?

—Voy en coche a buscarla al trabajo. La espero a que salga. Es de noche; está lloviendo. No hay mucha gente en la calle. La veo salir; la sigo. Está caminando por la calle principal; gira en la esquina a la derecha; continúa andando. Es una calle oscura. Me acerco a ella; me bajo del coche. Tengo en la mano el antirrobo. Ella está de espaldas; levanto el brazo, y golpeo su espalda. A continuación, la meto en el coche.

—Sigue, ¿dónde estáis ahora?

—Camino de la montaña, a mi lugar favorito. Sigue lloviendo. La saco del coche. Silvia dice que con ello seré feliz, que me libraré del sufrimiento al igual que tengo que librar del suyo a Marina. Le doy con la mano en la cara para despertarla. Ella intenta huir, agarro una piedra, la golpeo, y cae al suelo. Después, la apoyo sentada en un

árbol.

—«¿Quién eres? ¡Qué hago aquí! ¿Por qué me haces esto? ¿Yo que te he hecho, si no te conozco?», me pregunta Marina. Su voz suena ahogada y débil.

—*Hazlo, despójala de su sufrimiento.*

—¿No me recuerdas? Me llamo «Lara Rodríguez» y ¡me jodiste la vida! Me diste una paliza en el baño de un centro comercial. ¿O es que ya no te acuerdas?

—Lo siento; te pido perdón. No tuve que hacerlo; esa no era yo. He cambiado; por favor, déjame ir…

—*Te está mintiendo; las personas como ella nunca cambian; hazlo… no la escuches.*

—Saco el cuchillo. Lo miro.

—*Hazlo…*

—No puedo hacerlo.

—Déjame ir; no se lo contaré a nadie.

—*Su perdón no te devolverá tu vida.*

—No quiero hacerlo. ¿No la ves? Está arrepentida y muerta de miedo.

—*¿Arrepentida? Esa gente nunca se arrepiente; en cambio, si no lo haces, la que sufrirás serás tú.*

—Por favor, deja que me vaya; te lo suplico —me dice Marina.

—*Esa perra te jodió la vida.*

—¡Callaos las dos!

—*¡Mátala, mátala!*

—Cállate, Silvia.

—*¡Te ordeno que la mates!*

—La miro a los ojos y le clavo el cuchillo. —¡Lo siento!—Marina grita.

—*Grita todo lo que quieras, perra, nadie oirá tus gritos.*

—¡Mira lo que hice! ¿Estás contenta?

—*Yo lo hubiera hecho mejor.*

—¡¡¡Que te calles!!! —Agarro otra piedra y la golpeo en la cabeza una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez —narró Lara haciendo el gesto de golpearla—. Marina ya no grita, ya no dice nada.

—*Ahora, quema su cuerpo; lo purificará.*

—Abro el maletero y cojo gasolina de la motosierra de mi padre. Rocío su cuerpo, enciendo una cerilla y se la lanzo.

—*Lanza la piedra también.*

—Lo lanzo al fuego. Veo cómo arde su cuerpo, cómo se va carbonizando hasta que la lluvia lo apaga. Después, lo entierro.

—*Lo has hecho muy bien, Lara, recoge el cuchillo y volvamos a casa.*

Capítulo 19

Los presentes quedaron atónitos con el relato de Lara Rodríguez, el cual consiguió erizar la piel de Carla; por otro lado, todavía faltaba que su piel se erizara una última vez. El secretario, que antes había estado apuntando lo que él consideraba oportuno, a mitad del relato, paró de escribir. Sus oídos estaban tan abiertos escuchando aquel relato frío y aterrador, aquellas palabras que harían derramar lágrimas al mismo diablo, que dejó a un lado la mano.

Luego de que la inspectora bebió agua para pasar el mal rato y para que su estómago volviera a su ser, le dijo a la doctora que contara acerca de la noche de la desaparición.

—¿Qué pasó el viernes, Lara? —inquirió la doctora—. Remontémonos al viernes trece de agosto, la noche de tu desaparición. ¿Qué recuerdas?

—Voy con Silvia a Madrid. Quiere que me acueste con un chico como recompensa. Veo que está Edgar; lo conozco: es el camarero de un bar en Navacerrada. Me acerco a su coche, hablo con él y me subo. Le digo que me lleve a mi rincón en el monte. No quiero hacerlo, pero Silvia sí: controla toda mi vida.

—Es tu oportunidad; demuéstrame que eres de las mías.

—No quiero hacerlo.

—¿Vas a ser una mojigata toda tu vida? Ningún chico querrá estar contigo.

—¿Y para qué me has hecho venir? —me pregunta Edgar.

—Me pongo muy nerviosa; saco un cuchillo del bolso, y se lo pongo en el cuello a Edgar. «¡Tú cállate!», le digo.

—Me callo, pero quita eso de mi garganta.

—Vuelven los dolores de cabeza.

—Hazlo…

—¡¡Qué no!!—. Al no querer, Silvia me obliga a rajarme la mano como castigo. Me bajo del coche y comienzo a correr dirección al pueblo; en un momento dado, me paro.

—Si huyes, te abandonaré y nunca estaremos juntas.

—No quiero hacerte caso; sal de mi cabeza.

—No puedo hacer eso; somos una. Te vas a quedar sola; nadie te querrá: ni tus padres, ni tu amiga María, ni Fidel. Yo soy lo único que tienes.

—¿Qué quieres que haga?

—Me has desobedecido. Quítate la ropa; no me mereces ir vestida como yo.

—Me la quito; la arrojo al río.

—Adéntrate en el bosque.

—No, no voy a jugar a tus juegos… Esto se acaba aquí; ya no quiero que seas mi amiga.

—¡Eres una perra y una asquerosa! Con todo lo que hice por ti… ¿y así me lo pagas? ¿Ya no te acuerdas de qué eres libre por mí? ¿Quién te ayudó y te dio la fuerza para dar su merecido a Marina Sin mí, no eres nadie, ¿me has oído? ¡Nadie!

—Intento pelear con ella. Me golpeo en la cabeza con la mano, en los oídos; no quiero escuchar más esa voz aguda, esa voz que atraviesa mi cerebro como los cristales rotos de una ventana.

—No puedes huir de mí. Estamos hechas para estar juntas.

—No quiero escucharte; sal de mi cabeza por favor…

—Yo soy lo único que tienes; eres mía.

—Silvia me sonríe; hace que levante el brazo y me ponga el cuchillo en la tripa.

—Tienes razón, Lara; esto se acaba aquí. Correrás la misma suerte que Marina.

—La punta atraviesa un poco mi piel; intento no hacerlo, pero ella es más fuerte que yo. —No lo hagas, por favor…

—No hay vuelta atrás; lo siento.

—Pienso en mi padre, mi madre, sobre todo, en ella.

—Ahora, seremos una para siempre…

—No… ¡¡No!!

—Jamás podrás huir de mí. Estaré allá donde vayas.

—Corro hacia el interior del bosque. Estoy asustada, desorientada. Silvia me persigue.

—¡¡Ven aquí, puta!! No podrás esconderte.

—Me giro; su sombra me acecha. A cada paso que doy, ella está más cerca de mí.

—¡¡¡Déjame!!! ¡¡¡Déjame!!!

—Sigo corriendo; me pinchan los matorrales, me tropiezo con una piedra y me caigo por un montículo. Mis ojos se cierran.

—¿Qué ocurrió al abrirlos? ¿Qué recuerdas?—averiguó la doctora.

Es de día; no recuerdo qué fecha es. Intento levantarme, pero me caigo; me miro el tobillo: está hinchado. No sé en qué parte del bosque estoy. A lo lejos, entre los árboles, veo a un padre y a su hijo con las bicis; intento gritarles con todas mis fuerzas, pero es inútil: mi voz no sale de mi garganta. Veo cómo se alejan y, con ello, mis esperanzas de vivir.

—Inspectora, ¿algo más?

—No, es todo cuanto necesitamos. Sabemos qué pasa después. Bueno sí, hay algo más: pregúntele si Silvia está con ella.

—Lara, ¿sigue Silvia contigo?

—Sí.

—¿Qué te dice?

—Nada; sigue enfadada.

—¿Seguís siendo amigas?

—Claro; es la única que me entiende.

—Doctor, puede despertarla.

El doctor así lo hizo. Lara abrió los ojos. No recordaba nada de la sesión; sin embargo, se la veía más tranquila: ya no tenía esa cara de tristeza. Se había quitado un peso de encima.

Carla dio por cerrado el caso. La doctora Elena Palomo pidió al juez su ingreso en la clínica López Ibor. El juez lo concedió. Lara pasó a estar bajo control médico el tiempo suficiente para sanar su trastorno disociativo y su esquizofrenia. El tratamiento podría durar meses, años, o incluso toda la vida.

¡Muchas gracias por leerme!, has llegado hasta el final y confío en que te hayas divertido/interesado/entusiasmado tanto como yo cuando escribí este libro.

Tu opinión es muy importante para mí, esto me dará feedback para mis próximos libros y hará que Amazon muestre esta historia a más lectores.

Me encantará leer tus comentarios.

Puedes hacer aquí:

La muñeca de trapo: Thriller en español eBook : Raven, AJ: Amazon.es: Tienda Kindle

Y si te quieres unir a mi lista de correo para no perderte ninguna novedad, o quieres contactar conmigo, aquí puedes hacerlo:

ajraven-escritor@ajraven.com

Sígueme en Amazon:

Amazon.es: A.J Raven: books, biography, latest update

Unirse a la lista de correo

Unirse

También puedes unirte a mi grupo de lectores en facebook:

Lectores de AJ Raven | Facebook

Books By This Author

Serie Andrés Hurtado

Se trata de una serie negra, escrita por el autor del betseller Llueve sangre sobre el asfalto, AJ Raven. Esta es la serie perfecta para todos aquellos que se consideran fans de los géneros relacionados al ámbito criminal.

LLueve sangre sobre el asfalto

AJRaven te muestra una novela negra con todos los ingredientes del género.

Sinopsis

Chicago, una ciudad donde el crimen y la corrupción acechan en cada callejón de una calle oscura o en el amplio y luminoso despacho de un juez. El detective Henry Dupont, junto a su nuevo compañero, el detective James Ryan, deberá investigar el caso de una asesina en serie a su vez que tendrá que lidiar con un trauma del pasado.